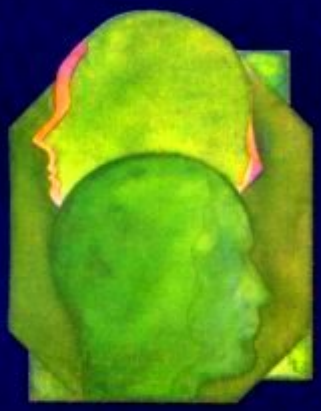
Solaris



Stanislav Lem

MINOTAURO

Stanislav Lem

SOLARIS

Título original:
Solaris
Traducción de Matilde Horne y F. A.
Primera edición: abril de 1985
© Stanislav Lem, 1961
© Ediciones Minotauro, 1977 y 1985
Avda. Diagonal, 519–521. 08029 Barcelona
Impreso en España
Printed in Spain

La llegada

A las diecinueve horas, tiempo de a bordo, me encaminé al área de lanzamiento. Alrededor del foso los hombres se apartaron para dejarme pasar; descendí por la escala y entré en la cápsula.

En el estrecho habitáculo casi no podía separar los codos del cuerpo. Conecté el tubo de la bomba a la válvula de mi escafandra, que se infló rápidamente. A partir de ese instante ya no podría hacer ningún movimiento; yo estaba allí, de pie, o más bien suspendido, enfundado en mi traje neumático, incorporado al caparazón de metal.

Alcé la vista; por encima del globo transparente vi una pared lisa, y allá, en lo alto, la cabeza de Moddard asomado por la abertura del foso. Moddard desapareció, y de pronto fue de noche. Acababan de bajar el pesado cono protector.

Oí repetido ocho veces el zumbido de los motores eléctricos que ajustaban las tuercas, y luego el siseo del aire comprimido en los amortiguadores. Mis ojos se habituaban a la oscuridad; distinguí el cuadrante fosforescente del contador.

Una voz resonó en los auriculares.

—¿Listo, Kelvin?

— Listo, Moddard — respondí.

— No te preocupes por nada — dijo Moddard—. La Estación te recogerá en vuelo. ¡Buen viaje!

Se oyó un chirrido, y la cápsula osciló. Casi involuntariamente apreté los músculos. No hubo ningún otro ruido, ningún otro movimiento.

—¿Para cuándo la partida? — pregunté.

Un susurro en el exterior, como una llovizna de arena fina.

—¡Estás en ruta, Kelvin, buena suerte! — respondió la voz de Moddard, tan cercana como antes.

Una ancha mirilla se abrió a la altura de mis ojos, y vi las estrellas. El *Prometeo*navegaba por las inmediaciones de Alfa de Acuario, pero traté, en vano, de orientarme. Un polvo centelleante llenaba el ojo de buey; el cielo de aquella región de la galaxia me era desconocido, y no pude identificar ni una sola constelación. Yo esperaba que en cualquier momento se me apareciera alguna estrella aislada; no distinguí ninguna. El centelleo se atenuaba; las estrellas huían, confundidas en una vaga luminosidad purpúrea; así me enteré de la distancia que había recorrido. Rígido el cuerpo, oprimido en mi funda neumática, hendía el espacio con la impresión de encontrarme suspendido en medio del vacío, y teniendo como única distracción el calor que aumentaba lenta, progresivamente.

De pronto, hubo un crujido, un ruido áspero, como una lámina de acero que se desplaza sobre una placa de vidrio mojada. Y comenzó la caída. Si no hubiese visto las cifras que saltaban en el cuadrante luminoso, no habría notado el cambio de dirección. Desaparecidas mucho antes todas las estrellas, la mirada se perdía, ahora y siempre, en la pálida claridad rojiza del infinito. El corazón me golpeaba el pecho, pesadamente. Sentía en la nuca el soplo fresco del climatizador, y sin embargo me ardían las mejillas. Lamentaba no haber localizado al *Prometeo;*sin duda ya se había perdido de vista aun antes que los comandos automáticos abrieran las persianas del ojo de buey. Una violenta sacudida estremeció el vehículo, y en seguida otra. La cápsula se puso a vibrar; atravesando mi envoltura neumática, la vibración me alcanzó y me corrió por el cuerpo, de pies a cabeza; multiplicada, la fosforescencia del cuadrante del contador se desplegó en todas direcciones. Ignoré el miedo. ¡No había emprendido ese largo viaje para pasar ahora por encima de la meta!

Llamé:

—¡Estación Solaris! ¡Estación Solaris! ¡Estación Solaris! ¡Creo que me voy desviando, corrijan la trayectoria! ¡Estación Solaris, aquí la cápsula del *Prometeo!*¡Conteste, Solaris, escucho!

¡Acababa de perder un precioso instante, la aparición del planeta! Solaris se extendía ante mis ojos, inmenso ya, chato; no obstante, me pareció que yo estaba lejos todavía, a juzgar por el aspecto de la superficie. O mejor dicho, que yo estaba todavía a gran altura, puesto que había dejado atrás esa frontera imperceptible donde la distancia que nos separa de un cuerpo celeste empieza a medirse en términos de altitud. Me sentía caer. Sí, ahora sentía la caída hasta con los ojos cerrados. Los abrí en seguida, pues no quería perderme nada.

Esperé un minuto en silencio; luego reanudé los llamados. Ninguna respuesta. En los auriculares, sobre un rumor de fondo bajo y profundo, que imaginé era la voz misma del planeta, las crepitaciones venían en salvas. Un velo cubrió el cielo anaranjado, y el ojo de buey se oscureció; instintivamente, me acurruqué todo lo que pude en la funda neumática; casi en seguida comprendí que atravesaba una capa de nubes. Como aspirada hacia las alturas, la masa de nubes partió en vuelo. Yo planeaba, ya a la luz, ya a la sombra; la cápsula giraba alrededor de un eje vertical. Gigantesca, la esfera solar se mostró al fin delante del vidrio, emergiendo por la izquierda, y desapareciendo por la derecha.

Una voz lejana me llegó a través del rumor y las crepitaciones:

—¡Atención, Estación Solaris! Aquí Estación Solaris. Todo en orden. Está usted bajo el control de la Estación Solaris. La cápsula se posará en tiempo cero. Repito, la cápsula se posará en tiempo cero. Repito, la cápsula se posará en tiempo cero. ¡Prepárese! Atención, empiezo. Doscientos cincuenta, doscientos cuarenta y nueve, doscientos cuarenta y ocho…

Maullidos secos entrecortaban las palabras: un dispositivo automático articulaba frases de bienvenida. Y eso era en todo caso sorprendente. Por lo general, los hombres de una estación del espacio se apresuran a dar la bienvenida al recién llegado, sobre todo cuando éste viene directamente de la Tierra. No tuve oportunidad de sorprenderme mucho tiempo, pues la órbita del Sol, que hasta ese momento me rodeaba, se desplazó de pronto, y pareció que el disco incandescente danzaba en el horizonte, mostrándose ya a la izquierda, ya a la derecha del planeta. Yo oscilaba como la pesa de un péndulo gigante, en tanto el planeta, superficie estriada de surcos violáceos y negruzcos, se alzaba delante de mí como una pared. Empezaba a marearme cuando descubrí una superficie ajedrezada por puntos verdes y blancos: la señal de orientación. Algo se desprendió, con un chasquido, del cono de la cápsula; el largo collar del paracaídas desplegó con furor sus anillos, y el ruido que llegó hasta mí me evocó irresistiblemente la Tierra: por primera vez al cabo de tantos meses, el rugido del viento.

Luego, todo fue muy rápido. Hasta ese momento, yo sabía que estaba cayendo. Ahora, lo veía. El tablero verde y blanco crecía rápidamente, y pude ver que estaba pintado sobre un cuerpo oblongo y plateado, en forma de ballena, los flancos erizados de antenas de radar; observé que el coloso metálico, atravesado por varias hileras de orificios sombríos, no descansaba sobre la superficie del planeta, sino que estaba suspendido en el aire, proyectando sobre un fondo de tinta una sombra elipsoidal de un negro más intenso. Divisé las ondas apizarradas del océano, animadas de un débil movimiento, y de golpe las nubes subieron a gran altura, circundadas por un deslumbrante fulgor escarlata; más allá, el cielo leonado se volvió ceniciento, lejano y apacible; y todo se borró; yo estaba cayendo en espiral.

Un golpe seco estabilizó la cápsula: a través de la mirilla, volví a ver las olas del océano como centelleantes crestas de mercurio; los cabos se soltaron de pronto y los anillos del paracaídas, llevados por el viento, volaron en tumulto más allá de las olas; la cápsula descendió; un campo magnético artificial la hizo oscilar lentamente, de un modo raro. Todavía tuve tiempo de ver las barandillas de las plataformas de lanzamiento, y en la cúspide de las torres caladas, los espejos de dos radiotelescopios. Hubo un estrépito de acero que rebotaba sobre acero, y la cápsula se inmovilizó; se abrió una trampa, y con un largo suspiro ronco el capullo metálico que me aprisionaba llegó al fin del viaje.

Oí la voz inanimada del centro de información.

— Estación Solaris. Cero y cero. La cápsula se ha posado.

Con ambas manos (sentía una vaga opresión en el pecho y las vísceras me pesaban desagradablemente) tomé las palancas y corté los contactos. Una señal verde se iluminó: llegada; la pared de la cápsula se abrió. La cama neumática me empujó ligeramente por la espalda, y para no caer tuve que dar un paso adelante.

Con un silbido ahogado, resignado, la escafandra expulsó el aire.

Me encontraba bajo un embudo plateado, tan alto como la nave de una catedral. Haces de tubos de colores descendían a lo largo de las paredes inclinadas y desaparecían en orificios redondeados. Me volví. Los pozos de ventilación refunfuñaban, aspirando los gases emponzoñados de la atmósfera que se habían infiltrado mientras mi vehículo entraba en la Estación. Vacía, como el capullo de una mariposa, la cápsula de forma de cigarro se erguía circundada por un cáliz, sobre un zócalo de acero. El revestimiento exterior,

calcinado durante el viaje, era de un sucio color pardusco.

Descendí por una pequeña rampa. Abajo, el suelo metálico había sido recubierto de un enduido plástico rugoso. En algunos tramos las ruedas de los vagones que transportaban los cohetes habían carcomido el tapizado plástico, descubriendo el acero desnudo.

Bruscamente, los fuelles de los ventiladores dejaron de funcionar, y hubo un silencio. Miré a mi alrededor, un poco indeciso, esperando que alguien apareciese; pero no había signos de vida. Una flecha de neón flameaba solitaria, señalando una plataforma mecánica que se desplazaba sin ruido. Me dejé llevar hacia adelante. El cielo raso de la sala bajaba describiendo una perfecta curva parabólica hasta la entrada de una galería. En los huecos de la galería había montones de garrafas de gas comprimido, varillas graduadas, paracaídas, cajones, y muchos objetos heterogéneos echados allí de cualquier modo.

La plataforma mecánica me depositó al final de la galería, en el umbral de una rotonda. El desorden que reinaba allí era aun más evidente. Bajo una pila de latas volcadas se extendía un charco aceitoso; un olor nauseabundo infestaba la atmósfera; huellas de pasos, manchas viscosas, se alejaban en diferentes direcciones. Una maraña de cintas magnetofónicas, de papeles rotos, toda clase de desperdicios se amontonaban sobre las latas.

Una flecha verde se encendió de nuevo, indicándome la puerta central. Detrás de la puerta había un corredor estrecho, que no hubiese permitido el paso de dos hombres juntos. Claraboyas de vidrio, incrustadas en el cielo raso, alumbraban el pasadizo. Había otra puerta más, de cuadros verdes y blancos, que estaba entornada. Entré.

La cabina de paredes curvas tenía una gran ventana panorámica que una bruma ardiente teñía de púrpura; bajo el ventanal, las crestas fuliginosas de las olas pasaban en silencio. Contra las paredes se alineaban unos armarios abiertos, repletos de instrumentos, libros, vasos sucios, recipientes calorífugos cubiertos de polvo. Cinco o seis mesitas rodantes y sillones desvencijados se apretujaban sobre el piso manchado. Había un único sillón inflado, el respaldo convenientemente echado hacia atrás. Lo ocupaba un hombrecito esmirriado, quemado por el sol; la piel de la nariz y de los pómulos se le desprendía a jirones. Lo reconocí. Era Snaut, un especialista en cibernética, el suplente de Gibarían. En otro tiempo, había publicado artículos sumamente originales en el anuario solarista. Yo nunca había tenido oportunidad de conocerlo. Vestía camisa de malla, que dejaba pasar de tanto en tanto los pelos grises de un pecho descarnado, y pantalón de lona con muchos bolsillos, un pantalón de mecánico que había sido blanco y estaba ahora manchado en las rodillas y agujereado por los reactivos. Tenía en la mano una de esas peras de material plástico que utilizaban para beber en los vehículos del espacio que carecen de sistema de gravitación interno. Me observaba con los ojos muy abiertos, asombrado. La pera se le escapó de entre los dedos y rebotó varias veces, esparciendo un poco de líquido transparente. Snaut me parecía cada vez más pálido. Yo estaba demasiado sorprendido para hablar, y esta escena muda duró tanto tiempo que poco a poco fui contagiándome del terror de Snaut. Di un paso adelante. Snaut se apelotonó en el sillón.

— Snaut… — murmuré.

Snaut se estremeció, como si yo lo hubiese golpeado. Mirándome con un horror indescriptible, articuló, con voz enronquecida:

— No te conozco… no te conozco… ¿qué quieres?

El líquido derramado se evaporaba rápidamente. Aspiré una vaharada de alcohol. ¿Bebía? ¿Estaba borracho? Pero ¿por qué tenía tanto miedo? Yo seguía de pie en el centro de la cabina. Sentía flojas las piernas; creía tener los oídos tapados con algodones. De algún modo, el suelo bajo mis pies no parecía real. Detrás del combado cristal de la ventana, un movimiento regular animaba el océano. Snaut no apartaba de mí los ojos inyectados en sangre. El terror se le había retirado de la cara, pero la expresión era aún de una repugnancia invencible.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? — murmuré.

Snaut me respondió con una voz apagada.

— Te preocupas… ¡Ah! ¿Así que te preocupas, entonces? ¿Por qué preocuparte por mí? Yo no te conozco.

—¿Dónde está Gibarían? — pregunté.

Snaut contuvo el aliento; en el fondo de los ojos, vidriosos de nuevo, una luz débil se le encendió y extinguió.

— Gi…, Giba… ¡no! ¡no! — Una risa sofocada, una risa de idiota lo sacudió de arriba abajo; en seguida pareció calmarse un poco. — ¿Has venido por Gibarían? ¿Por Gibarian? ¿Para qué lo quieres?

Me miraba como si de pronto yo hubiera dejado de ser una amenaza para él. En las palabras de Snaut, o más bien en el tono, había odio y provocación.

Atolondrado, farfullé:

—¿Qué pasa?… ¿dónde está?

—¿No lo sabes?

Estaba borracho, obviamente, y había perdido por completo la cabeza. Me sentí furioso. Hubiera tenido que dominarme y salir, pero perdí la paciencia.

—¡Basta! — vociferé—. ¿Cómo podría saber dónde está si acabo de llegar?… ¡Snaut! ¿Qué sucede?

Snaut abrió la boca. Estaba otra vez sin aliento, y un resplandor diferente le iluminó los ojos. Se aferró a los brazos del sillón; se levantó con dificultad; le temblaban las rodillas.

—¿Qué dices?… Acabas de llegar… ¿De dónde has venido? — balbuceó, casi decepcionado.

Le repliqué con rabia:

—¡De la Tierra! ¿Acaso has oído hablar de la Tierra? ¡Nadie lo diría!

— De la… cielo santo… ¿entonces, tú eres… Kelvin?

— Sí. ¿Qué te pasa que me miras de esa manera? ¿Qué tengo de extraño?

Snaut parpadeó rápidamente:

— Nada — dijo, enjugándose la frente—. Nada… Discúlpame, Kelvin, no es nada, te lo aseguro, la sorpresa, simplemente… no esperaba verte.

—¿Cómo que no esperabas verme? Se les avisó meses atrás, y Moddard habló hoy mismo desde el *Prometeo*…

— Sí, sí, por supuesto, sólo que, te das cuenta, en estos momentos, estamos un poco… desor-ganizados.

— En efecto… ¡me doy cuenta! — respondí secamente.

Snaut giró a mi alrededor, inspeccionando mi escafandra, una escafandra muy común, con los habituales arreos de alambres y cables sobre el pecho.

Tosió y se tanteó la nariz huesuda:

—¿Tal vez quieras darte un baño? Te sentará bien… la puerta azul, del otro lado.

— Gracias, conozco la Estación.

—¿Tienes hambre quizá?

—¡No!… ¿Dónde está Gibarían?

Snaut no contestó, y se acercó a la ventana. Visto de espalda parecía mucho más viejo. El cabello, cortado al ras, era gris. Profundas arrugas le surcaban la nuca quemada por el sol.

Detrás de la ventana rielaban las crestas de las olas; el agua se elevaba y descendía en movimientos lentos. Mirando así el océano, se tenía la impresión — simple ilusión, sin duda— de que la Estación se desplazaba imperceptiblemente, como si se deslizara en un zócalo invisible; luego, parecía recobrar el equilibrio, antes de inclinarse hacia el otro lado, con un idéntico movimiento perezoso. Abajo, la espuma espesa, del color de la sangre, se acumulaba en lo profundo de las olas. Durante una fracción de segundo, se me oprimió la garganta, y añoré la disciplina severa, a bordo del *Prometeo,*recordando una existencia que súbitamente me pareció dichosa y perdida para siempre.

Snaut se volvió, frotándose nerviosamente las manos.

— Escucha — dijo inopinadamente—, por el momento estoy solo aquí… Hoy tendrás que contentarte con mi compañía. Llámame Rata Vieja, y basta de historias: ya que has visto mi fotografía, imagínate que me conoces desde hace tiempo. Todo el mundo me llama Rata Vieja. No hay modo de evitarlo. Además, supongo que es un nombre predestinado; mis padres siempre tuvieron aspiraciones cósmicas…

Obstinado, repetí mi pregunta:

—¿Dónde está Gibarían?

Snaut parpadeó rápidamente.

— Lamento haberte recibido en esta forma. Pero… de veras, no es mi culpa. Me había olvidado por completo.. Han ocurrido muchas cosas por aquí, entiendes…

— Está bien… Entonces ¿Gibarían? ¿No está en la Estación? ¿Ha salido en vuelo de reconocimiento?

Snaut contempló una pila de rollos de cable.

— No, no ha salido. Y ya no volará. Justamente…

Yo seguía con los oídos taponados, y oía cada vez peor.

—¿Cómo… qué significa esto? — pregunté—. ¿Dónde está?

— Has comprendido bien — dijo Snaut con una voz distinta, y mirándome fríamente a los ojos. Me estremecí. Snaut estaba borracho, pero sabía lo que decía.

— No habrá ocurrido…

— Sí.

—¿Un accidente?

Snaut sacudió la cabeza, asintiendo vigorosamente y espiando mi reacción.

—¿Cuándo?

— Esta mañana, al alba.

Sentí una emoción que no tenía ninguna violencia. Ese intercambio de preguntas y respuestas concisas

me había calmado en cierto modo. Empezaba a explicarme el extraño comportamiento de Snaut.

—¿Qué clase de accidente?

— Ve a tu cabina y quítate esa escafandra… vuelve aquí… dentro… dentro de una hora, digamos.

— Bueno — dije finalmente.

En el momento en que ya me iba hacia la puerta, Snaut me llamó:

—¡Espera! — Tenía una mirada extraña, y quizá deseaba decirme alguna otra cosa, pero no se decidía. Al cabo de un momento, continuó:— Eramos tres, y ahora, contigo, somos de nuevo tres. ¿Conoces a Sartorius?

— Como te conocía a ti, en fotografía.

— Está arriba en el laboratorio, y no creo que salga antes de la noche, pero… en todo caso, tú lo reconocerías. Si vieras a alguien más, entiendes, a alguien que no fuera yo, ni Sartorius, entiendes, entonces…

— Entonces ¿qué?

¡Yo estaba soñando, todo aquello no era sino un sueño! Aquellas olas negras, de reflejos sanguinolentos, bajo el sol hundido, y aquel hombrecito que acababa de volver al sillón, cabizbajo otra vez, y que miraba un montón de cables.

— Entonces, no hagas nada.

Me enfurecí.

—¿Qué podría ver? ¿Un fantasma?

— Claro, tú crees que estoy loco. No. No, no estoy loco. No puedo decirte nada más. En todo caso, no olvides mi advertencia.

—¡Habla más claro! ¿De qué se trata?

— Domínate, prepárate para afrontar… cualquier cosa. Ya sé que es imposible. Inténtalo, de todos modos. Es el único consejo que puedo darte.

— Pero ¿qué es lo que podría afrontar? — grité.

Viéndolo allí, sentado, mirándome de soslayo, la cabeza fatigada y quemada por el sol, me era difícil contenerme; hubiera querido tomarlo por los hombros y sacudirlo con todas mis fuerzas.

Penosamente, arrancándose las palabras una a una, Snaut me respondió:

— No lo sé. En cierto sentido, depende de ti.

—¿Alucinaciones?

— No, es… es real. No ataca. ¡Y recuerda mi consejo!

—¿Qué quieres decirme?

No reconocí mi propia voz.

— No estamos en la Tierra.

—¿Una forma polítera? — grité—, ¡No tienen nada de humano!

Iba a abalanzarme sobre él, para sacarlo del trance en que había caído, provocarlo quizá por las palabras descabelladas que él mismo pronunciara, cuando Snaut murmuró:

— Por eso mismo son de temer. ¡Recuerda lo que te he dicho, y no te descuides!

—¿Qué le ocurrió a Gibarían?

Snaut no respondió.

—¿Qué hace Sartorius?

— Vuelve por aquí dentro de una hora.

Di media vuelta y salí. Al cerrar la puerta, lo miré por última vez. Enclenque, acurrucado, la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre el manchado pantalón, seguía allí sentado e inmóvil. Entonces, sólo entonces, le vi la sangre coagulada en el dorso de las manos.

Los Solaristas

El corredor estaba desierto. Me detuve un instante, detrás de la puerta cerrada. El gemido del viento envolvía el pasadizo tubular. Sobre el panel de la puerta, pegado de través, al descuido, había un cuadrado de esparadrapo con una inscripción en lápiz: « Hombre ». Miré la palabra, garabateada con trazos borrosos, y pensé en volver a la cabina de Snaut; me eché atrás.

Las advertencias dementes de Snaut me vibraban aún en los oídos. Avancé por el corredor, los hombros hundidos bajo el peso de la escafandra. De puntillas, escapando no del todo conscientemente de algún observador invisible, volví a la rotonda; al salir del corredor, encontré dos puertas a mi derecha y dos a mi izquierda. Leí los nombres de los ocupantes: Dr. Gibarían, Dr. Snaut, Dr. Sartorius. No había ningún marbete en la cuarta puerta. Titubeé, apreté apenas el picaporte, y abrí lentamente la puerta. En ese

instante tuve el presentimiento, casi la certeza, de que había alguien en la habitación. Entré.

No había nadie. Una ventana panorámica cóncava, apenas más pequeña que el mirador de la cabina donde descubriera a Snaut, dominaba el océano. Aquí, a la luz del sol, el agua brillaba con un resplandor grasoso, y las olas mismas parecían segregar un aceite de tintes rosáceos. Reflejos escarlatas inundaban todo el aposento, que por la disposición recordaba un camarote de barco. De un lado, rodeada por anaqueles atestados de libros, había una cama retráctil, replegada contra la pared; del otro, entre los numerosos armarios, colgaban bastidores de níquel — series de fotografías aéreas, sujetas todo a lo largo con cintas adhesivas— y una variedad de probetas y retortas con tapones de algodón. Frente a la ventana, dos hileras de cajas de metal esmaltado obstruían el paso. Levanté algunas tapas; las cajas estaban repletas de toda clase de instrumentos, confundidos con tubos de material plástico. En cada rincón de la cabina había un grifo, un equipo de refrigeración, un dispositivo vaporífugo. Un microscopio había sido depositado directamente en el suelo, pues en la gran mesa adosada a la ventana ya no había espacio libre. Al volverme, descubrí cerca de la puerta de entrada un armario alto; estaba entreabierto, y vi trajes del espacio, blusas de laboratorio, mandiles aisladores, ropa interior, botas de exploración planetaria, cilindros de aluminio: oxígeno para aparatos portátiles. Dos de estos aparatos, provistos de las respectivas máscaras, colgaban de la manivela del lecho vertical. En todas partes el mismo caos, un desorden que habían tratado de disimular burdamente. Husmeé el aire; reconocí un débil olor a reactivos químicos, y vestigios de otro olor más acre; ¿cloro? Busqué instintivamente las rejillas de las bocas de ventilación, bajo el cielo raso; las cintas de papel, sujetas a los barrotes, flotaban suavemente; la circulación del aire era normal. Desocupé dos sillas abarrotadas de libros, aparatos y herramientas que deposité en el otro extremo del cuarto, amontonándolos de cualquier manera, obteniendo así un espacio relativamente libre alrededor de la cama, entre ésta y las bibliotecas. Tiré de un brazo adosado a la pared, para colgar mi escafandra. Tomé entre los dedos la lengüeta del cierre, y casi en seguida la solté. Dominado por la idea de que me despojaba de una defensa, no me decidía a abandonar la escafandra. Una vez más recorrí la habitación con los ojos, verifiqué que la puerta estaba bien cerrada, y que no tenía cerradura, y luego de una breve vacilación arrastré hasta el umbral algunas de las cajas más pesadas. Habiéndome así atrincherado por un tiempo, con tres rápidos movimientos me libré de aquel caparazón rechinante. Un espejo estrecho, empotrado en la puerta de un armario, reflejaba una parte del cuarto; por el rabillo del ojo, sorprendí una forma que se movía; pero no era otra cosa que mi propia imagen.

Bajo la escafandra, el jersey estaba empapado en sudor. Me lo quité y empujé un armario corredizo; se deslizó a lo largo de la pared, revelando los muros brillantes de un pequeño cuarto de baño. En el hueco de la pileta, bajo la ducha, había una cajita chata y alargada. La llevé sin dificultad a la habitación. Cuando la dejé en el suelo, un resorte hizo saltar la tapa, descubriendo varios compartimientos, todos con objetos extraños: figuras casi informes de metal, réplicas grotescas de los instrumentos que yo había visto en los armarios. Ninguno de los objetos de la caja era utilizable: estaban mellados, atrofiados, fundidos, como si salieran de un horno. Y cosa más extraña aún, hasta los mangos de cerámica, prácticamente incombustibles, aparecían deformados. Ningún horno de laboratorio, calentado a temperatura máxima, hubiese podido fundirlos, sólo quizás una pila atómica. De la alforja de mi escafandra saqué un contador de radiaciones, pero el pico negro permaneció mudo, cuando lo acerqué a aquellos despojos.

Ya no me quedaba sobre el cuerpo más que la ropa interior. Me apresuré a quitármela, arrojándola lejos de mí, y me precipité bajo la ducha. El impacto del agua me hizo bien. Girando bajo el chorro duro y quemante, me friccioné vigorosamente, salpicando las paredes, expulsando, extirpando de mi piel toda aquella grasitud de aprensiones, confusas que me impregnaba desde mi llegada.

Registré el armario y encontré un equipo de entrenamiento, que también podía llevarse bajo la escafandra. En el momento en que pasaba a un bolsillo la totalidad de mis menguados bienes, palpé un objeto duro, metido entre las hojas del anotador; era una llave, la llave de mi casa allá abajo, en la Tierra; indeciso, hice girar la llave entre mis dedos. Por último, la dejé sobre la mesa. De pronto, se me ocurrió que podría necesitar un arma. Un cortaplumas no era lo más adecuado, pero no tenía otra cosa, y no iba a ponerme a buscar una pistola radiactiva o algo por el estilo. Me senté en un taburete tubular, en el claro del piso. Quería estar solo. Satisfecho, comprobé que disponía de más de media hora; por naturaleza yo respetaba escrupulosamente mis compromisos, importantes o no. Las agujas del reloj de pared — la esfera estaba dividida en veinticuatro partes— señalaban las siete. El sol empezaba a descender. Las siete aquí; las veinte a bordo del *Prometeo.*Solaris, en las pantallas de Moddard, no era más que una indiscriminada partícula de polvo, confundida con las estrellas. Bueno ¿qué me importaba ahora el *Prometeo?*Cerré los ojos. No se oía otra cosa que el gemido de las cañerías y un grifo que goteaba en el cuarto de baño.

Gibarían había muerto. Poco tiempo antes, si yo había entendido bien. ¿Qué habían hecho con el cuerpo? ¿Lo habrían sepultado? No, en este planeta era imposible. Medité largamente acerca de esta cuestión, preocupado tan sólo por la suerte del cadáver; luego, entendí que esos pensamientos eran

absurdos, y me levanté y eché a caminar de un lado a otro. Mi pie tropezó con un morral que asomaba bajo un montón de libros; me agaché y lo recogí. Dentro del morral había un frasco de vidrio oscuro, un frasco tan liviano que parecía soplado en papel. Lo examiné frente a la ventana, al resplandor purpúreo de un crepúsculo lúgubre, invadido por brumas de hollín. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué dejarme distraer por divagaciones, o por la primera fruslería que me caía en las manos?

Me sobresalté; las lámparas se habían encendido, activadas por una célula fotoeléctrica; el sol acababa de ponerse. ¿Qué iba a pasar? Estaba tan tenso, que la sensación de un espacio vacío a mis espaldas me era insoportable. Decidí luchar contra mí mismo. Acerqué una silla a la biblioteca y escogí un volumen que me era familiar desde hacía tiempo, el segundo tomo de la vieja monografía de Hughes y Eugel, *Historia Solaris.* Apoyé en las rodillas el grueso volumen sólidamente encuadernado, y me puse a hojearlo.

El descubrimiento de Solaris se remontaba a unos cien años antes de mi nacimiento.

El planeta gravita alrededor de dos soles, un sol rojo y un sol azul. En los cuarenta años que siguieron al descubrimiento, ninguna nave se acercó a Solaris. En aquel tiempo, la teoría de Gamow-Shapley — la vida era imposible en planetas satélites de dos cuerpos solares— no se discutía. La órbita en torno de los dos soles es modificada constantemente por las variaciones de la gravitación.

A causa de estas fluctuaciones de la gravedad, la órbita se aplana o se distiende, y los organismos, si aparecen, son destruidos irremediablemente, ya sea por una intensa radiación de calor, ya por una caída extrema de la temperatura. Estas modificaciones ocurren en un tiempo estimado en millones de años, es decir, un período muy corto; según las leyes de la astronomía o de la biología, la evolución necesita de centenares de millones, si no billones de años.

De acuerdo con los primeros cálculos, en quinientos mil años Solaris se acercaría media unidad astronómica al sol rojo, y un millón de años más tarde sería devorado por el astro incandescente.

Sin embargo, ya al cabo de algunas decenas de años, se creyó descubrir que la órbita no estaba sujeta en modo alguno a las modificaciones previstas: era estable, tan estable como la órbita de los planetas de nuestro sistema solar.

Se repitieron, con una precisión extremada, las observaciones y los cálculos, que confirmaron simplemente las primeras conclusiones: la órbita de Solaris era inestable.

Unidad modesta entre los centenares de planetas descubiertos año tras año, que las grandes estadísticas reducían a unas líneas sobre las particularidades de las órbitas, Solaris se elevó poco a poco a la jerarquía de cuerpo celeste digno de mayor atención.

Cuatro años después de esta promoción, volando sobre el planeta con el *Laakon*y dos naves auxiliares, la expedición de Ottenskjold emprendió el estudio de Solaris. Esta experiencia no podía ser otra cosa que un reconocimiento preparatorio, más aún, improvisado, pues los científicos no estaban equipados para posarse en el planeta. Ottenskjold emplazó en órbitas ecuatoriales y polares una gran cantidad de satélites-observatorios automáticos, cuya función principal consistía en medir los potenciales de gravitación. Se estudió asimismo la superficie del planeta, cubierta por un océano tachonado de islas innumerables, que podían definirse como altiplanicies. La superficie total de estas islas es inferior a la superficie de Europa, aunque el diámetro de Solaris sobrepasa en un quinto el diámetro de la Tierra. Esas extensiones de territorio rocoso y desolado, distribuidas en forma irregular, están principalmente agrupadas en el hemisferio austral. Se analizó también la composición de la atmósfera, desprovista de oxígeno, y se midió la densidad del planeta, determinándose el albedo, así como otras características astronómicas. Como era previsible, no se descubrió rastro alguno de vida, ni sobre las islas ni en el océano.

En los diez años siguientes, Solaris fue el centro de atracción de todos los observatorios que estudiaban esta región del espacio; el planeta, entre tanto, mostraba una, tendencia desconcertante a conservar una órbita que hubiera tenido que ser inestable, sin ninguna duda. El asunto cobró casi visos de escándalo: puesto que los resultados de las observaciones eran necesariamente erróneos; en nombre de la ciencia se intentó reducir a silencio a los sabios implicados, y a las computadoras implicadas.

La falta de créditos retardó en tres años la partida de una verdadera expedición solarista. Por último, Shannahan, luego de reunir la tripulación adecuada, obtuvo del Instituto tres unidades de tonelaje C, las naves cósmicas más grandes de la época. Un año y medio antes de la llegada de esta expedición, que partió de Alfa de Acuario, una segunda flotilla, actuando en nombre del Instituto, había puesto en órbita solarista un sateloide automático: Luna 247. El sateloide, luego de tres reconstrucciones, separadas por varias decenas de años, funciona todavía hoy. Los datos suministrados por el sateloide confirmaron definitivamente las observaciones de la expedición Ottenskjold acerca del carácter activo de los movimientos oceánicos.

Una de las naves de Shannahan se mantuvo en órbita; las otras dos, luego de algunas pruebas, se posaron sobre un territorio rocoso, de unos mil kilómetros cuadrados, en el hemisferio austral de Solaris. Los trabajos de la expedición duraron dieciocho meses, y se hicieron en condiciones favorables, si se

exceptúa un accidente lamentable provocado por el funcionamiento defectuoso de los aparatos. El equipo de sabios se dividió entre tanto en dos campos contrarios, siendo el océano el motivo de la disputa. De acuerdo con los análisis, se había admitido que el océano era una formación orgánica (nadie, en aquellos tiempos, se había atrevido aún a llamarla viviente). Pero en tanto los biólogos lo consideraban como una formación primitiva (una especie de entidad gigantesca, una célula fluida, única y monstruosa que llamaban « formación prebiológica » y que rodeaba el globo como una envoltura coloidal, en algunos lugares de un espesor de varios kilómetros), los astrónomos y los físicos afirmaban en cambio que aquella era una estructura organizada, que había evolucionado de modo extraordinario; según ellos, el océano era una entidad mucho más compleja que las estructuras orgánicas terrestres, puesto que era capaz de influir eficazmente en el trazado de la órbita. En efecto, no se había descubierto ninguna otra causa que pudiese explicar el comportamiento de Solaris; además, los astrofísicos habían encontrado alguna relación entre ciertos procesos del océano plasmático y el potencial de gravitación medido localmente, potencial que se modificaba de acuerdo con las « transformaciones materiales » del océano.

Así pues, fueron los físicos, y no los biólogos, los que propusieron esta denominación paradójica, « máquina plasmática », es decir una formación quizá privada de vida, de acuerdo con nuestras concepciones, pero capaz de emprender actividades útiles; claro que en escala astronómica.

A raíz de esta disputa — cuyos ecos llegaron, en pocas semanas, a oídos de las autoridades más eminentes— la doctrina de Gamow-Shapley, indiscutida desde hacía ochenta años, se tambaleó por primera vez.

Algunos continuaban apoyando aún las afirmaciones de Gamow-Shapley, repitiendo que el océano no tenía nada en común con la vida, que no era una formación « parabiológica » ni « prebiológica », sino una formación geológica, poco común por cierto, cuya única habilidad consistía en estabilizar las órbitas de Solaris, pese a las variaciones en las fuerzas de atracción; para apuntalar este argumento, recurrían a la ley de Le Chatelier.

En oposición a esta actitud conservadora, se adelantaron nuevas hipótesis — entre ellas la de Civito-Vitta, una de las más elaboradas— proclamando que el océano era el resultado de un desarrollo dialéctico: a partir de la forma primitiva preoceánica, una solución de cuerpos « químicos de reacción lenta, y por la fuerza de las circunstancias (los amenazadores cambios de órbita) había llegado de un solo salto, sin pasar por los distintos grados de la evolución terrestre, al estado de « océano homoestático », evitando las fases unicelular y pluricelular, la evolución vegetal y animal, el desarrollo de un sistema nervioso y cerebral. En otras palabras, y a diferencia de los organismos terrestres, no se había adaptado al medio a lo largo de algunos centenares de millones de años, para dar nacimiento al fin a los primeros representantes de una especie dotada de razón, sino que lo había dominado inmediata-mente.

E1 punto de vista era original; no obstante, se ignoraba aún de qué manera aquella envoltura coloidal podía estabilizar la órbita del cuerpo celeste. Se conocían, desde hacía casi un siglo, dispositivos capaces de crear campos artificiales de atracción y gravitación: los gravitadores; pero nadie alcanzaba a imaginar cómo aquella informe masa viscosa podía provocar un efecto similar, pues los gravitadores necesitaban de reacciones nucleares complicadas y temperaturas extraordinariamente altas. Los periódicos de aquella época, azuzando la curiosidad del lector medio y la indignación del sabio, rebosaban de las fábulas más inverosímiles sobre el tema del « misterio Solaris »; un cronista llegó a pretender que el océano era… ¡un pariente lejano de la anguila eléctrica!

Cuando en cierta medida se logró desembrollar el problema, se comprobó que la explicación — como se repitió luego a menudo en el campo de los estudios solaristas— reemplazaba un enigma por otro, acaso todavía más sorprendente.

Las observaciones demostraron, al menos, que el océano no actuaba de acuerdo con los principios de nuestros gravitadores (lo que por otra parte hubiera sido imposible), sino que imponía directamente la periodicidad de la órbita; esto provocaba entre otras cosas discrepancias en la medida del tiempo a lo largo de algún meridiano de Solaris. Así pues, el océano no sólo conocía, en un determinado sentido, la teoría de Einstein-Boevia; también sabía aprovechar las complicaciones de esa teoría. (Nosotros no podríamos decir otro tanto.)

La enunciación de esta hipótesis desencadenó en el seno del mundo científico una de las tempestades más violentas del siglo. Teorías venerables, universalmente admitidas, se desmoronaron; artículos audazmente heréticos invadieron la literatura especializada; « océano genial » o « coloide gravitante », la disyuntiva enardecía los espíritus.

Todo esto ocurría varios años antes de mi nacimiento. Cuando yo era estudiante — en el intervalo se habían recogido nuevos informes— se admitía ya en general la existencia de vida en Solaris, aunque limitada a un único habitante…

El segundo tomo de Hughes y Eugel, que yo seguía hojeando maquinalmente, comenzaba con una sistematización tan ingeniosa como divertida. La tabla de clasificaciones incluía tres definiciones: Tipo:

Polítero; Orden: Sincitialia; Categoría: Metamorfo.

Como si conociéramos una infinidad de ejemplares de la especie, cuando en realidad no había más que uno, aunque pesaba, es cierto, setecientos billones de toneladas.

Bajo mis dedos revoloteaban figuras abigarradas, gráficas pintorescas, extractos de análisis y diagramas espectrales que mostraban el tipo y ritmo de las transformaciones básicas así como las reacciones químicas. Rápida, infaliblemente, el grueso volumen me arrastraba al terreno sólido de la fe matemática. Podía concluirse que teníamos ahora un conocimiento cabal de aquel representante de la categoría Metamorfo, que se extendía a algunos centenares de metros bajo la carena de la Estación, velado en este momento por las sombras de una noche que duraría cuatro horas.

En realidad, no todos estaban convencidos aún de que el océano fuera realmente una « criatura » viva, y menos todavía, huelga decirlo, una criatura racional. Volví a poner el libraco en el estante y tomé el volumen siguiente. Estaba dividido en dos partes. La primera, resumía innumerables experiencias, destinadas todas a lograr un contacto con el océano. En la época de mis estudios, lo recuerdo perfectamente, esa búsqueda daba motivo a infinidad de anécdotas, bromas, e ironías; comparada con la abundancia de especulaciones suscitadas por este problema, la escolástica medieval parecía un modelo de evidencias luminosas. La segunda parte, casi mil trescientas páginas, comprendía únicamente la bibliografía relativa al tema. Los textos no hubieran cabido en la cabina donde yo estaba ahora.

En el primer intento de comunicación se recurrió a aparatos electrónicos especialmente concebidos que transformaban los estímulos emitidos bilateralmente. El océano participó de modo activo en estas operaciones, puesto que remodeló los aparatos. Todo esto, empero, seguía siendo bastante oscuro. ¿En qué consistía, exactamente, esa « participación » del océano? El océano modificó ciertos elementos en los instrumentos sumergidos, alterando por consiguiente el ritmo previsto de las descargas; los aparatos registraban innumerables señales, testimonios fragmentarios de una actividad fantástica que eludía en realidad todo análisis posible. Estos datos ¿traducían un estado momentáneo de estimulación, o impulsos regulares relacionados con las estructuras gigantescas que el océano creaba en algún sitio, en las antípodas de la región que estaban investigando? Los aparatos electrónicos ¿habían registrado una manifestación críptica de, los venerables secretos del océano? ¿Nos había entregado el océano sus obras maestras? ¡Cómo saberlo! El estímulo no había provocado dos reacciones idénticas. Unas veces los aparatos casi llegaban a estallar bajo la violencia de los impulsos; otras, el silencio era total. No conseguíamos repetir ningún fenómeno observado previamente. Se creía estar, una y otra vez, a punto de descifrar la masa creciente de señales registradas. ¿No se habían construido con este propósito cerebros electrónicos de una capacidad de información prácticamente ilimitada, como ningún problema anterior lo había exigido nunca? A decir verdad, se obtuvieron resultados. El océano — fuente de impulsos eléctricos, magnéticos y gravitatorios— se expresaba en un lenguaje en cierto modo matemático; además, recurriendo a una de las ramas más abstractas del análisis, la ley de los grandes números, fue posible clasificar ciertas frecuencias en las descargas de corriente; aparecieron entonces homologías estructurales, ya observadas por los físicos en ese sector de la ciencia que trata de las relaciones recíprocas entre la energía y la materia, los componentes y los compuestos, lo finito y lo infinito. Esta correspondencia convenció a los sabios; estaban en presencia de un monstruo dotado de razón, de un océano-cerebro protoplasmático que envolvía todo el planeta y perdía el tiempo en consideraciones teóricas extravagantes acerca de la realidad del universo. Nuestros aparatos habían interceptado fragmentos minúsculos de un monólogo prodigioso e inacabable que se desarrollaba en las profundidades de un cerebro desmesurado, y escapaba forzosamente a nuestra comprensión.

Esto en cuanto a los matemáticos. Semejantes hipótesis, decían algunos, subestimaban los recursos de la mente humana; se inclinaban ante lo desconocido, proclamando una doctrina que exhumaban ahora con insolencia: *ignoramus et ignorabimus.*Otros pensaban que las hipótesis de los matemáticos no eran más que desatinos estériles y peligrosos, pues contribuían a crear una mitología contemporánea, fundada en el cerebro gigante (electrónico o plasmático, poco importaba) como objetivo último de la existencia y suma de la vida.

Otros en cambio… pero los sabios eran legión y cada uno tenía su propia teoría. Si se comparaba la escuela del « contacto » con otras ramas de los estudios solaristas, donde la especialización se había desarrollado rápidamente, en particular durante el último cuarto de siglo, se observaba que un solarista especializado en cibernética tenía dificultades para entenderse con un solarista simetriadólogo. Veubeke, director del instituto en la época de mis estudios, había preguntado un día, en broma: « ¿Cómo quieren comunicarse con el océano cuando ni siquiera llegan a entenderse entre ustedes? » La broma contenía una buena parte de verdad.

La decisión de clasificar al océano en la categoría metamorfa nada tenía de arbitrario. Aquella superficie ondulante era capaz de generar muy diversas formaciones, que en nada se parecían a lo conocido en la Tierra, y la función — proceso de adaptación, de reconocimiento o vaya a saber qué— de esas bruscas

erupciones de « creatividad » plasmática continuaba siendo un enigma.

Levantando con ambas manos el pesado volumen, lo devolví al anaquel y me dije que nuestra erudición, la información acumulada en las bibliotecas, no era otra cosa que un fárrago inútil, un pantano de testimonios y conjeturas, y que desde el comienzo de las investigaciones, sesenta y ocho años atrás, no habíamos avanzado un solo paso; la situación era ahora mucho peor que en la época de los precursores, pues los esfuerzos asiduos de tantos años no habían conducido ni a una sola certeza incontrovertible.

La suma total de nuestros conocimientos era estrictamente negativa. El océano no se servía de máquinas; en ciertas circunstancias, empero, parecía capaz de construirlas; durante el primero y el último año de los trabajos de exploración, había reproducido los elementos de algunos aparatos sumergidos; luego ignoró pura y simplemente las experiencias que nosotros continuábamos con una paciencia benedictina, como si ya no tuviera interés en nuestros instrumentos y nuestras actividades, en verdad como si ya no le importáramos nosotros. No tenía sistema nervioso — continuando el inventario de nuestro « desconocimiento negativo » — ni células, y la estructura no era proteiforme. No siempre reaccionaba a los estímulos, aun los más poderosos (« ignoró » del todo, por ejemplo, el accidente catastrófico de la segunda expedición de Giese: un cohete auxiliar que cayó desde una altura de trescientos mil metros y se estrelló contra la superficie del planeta; la explosión radiactiva de las reservas nucleares destruyó el plasma en un radio de dos mil quinientos metros).

Poco a poco, en los medios científicos, se llegó a considerar el « asunto Solaris » como una « partida perdida »; especialmente entre los administradores del instituto, donde en los últimos tiempos algunas voces habían sugerido cortar los créditos y suspender las investigaciones. Nadie, hasta entonces, se había atrevido a hablar de una liquidación definitiva de la Estación; semejante decisión habría significado demasiado manifiestamente la derrota. Por lo demás, en el curso de reuniones oficiosas, no pocos de nuestros sabios preconizaban abandonar el « asunto Solaris » de acuerdo con una estrategia de repliegue tan « honorable » como fuera posible.

Muchos hombres de ciencia, en cambio, sobre todo entre los jóvenes, llegaron insensiblemente a considerar el « asunto Solaris » como piedra de toque de los valores del individuo. « Mirándolo bien — decían—, lo que aquí se discute no es sólo la investigación sola-rista; se trata esencialmente de nosotros, de los límites del conocimiento humano. »

Durante algún tiempo prevaleció la opinión (difundida con celo por la prensa cotidiana), de que el « océano pensante » de Solaris era un cerebro gigantesco, prodigiosamente desarrollado, que le llevaba varios siglos de ventaja a nuestra propia civilización; una especie de « yogui cósmico », un sabio, una manifestación de la omnisciencia, que mucho tiempo atrás había comprendido la vanidad de toda actividad, y que por esta razón se encerraba desde entonces en un silencio inquebrantable. La opinión era errónea, pues el océano viviente actuaba; no, claro está, de acuerdo con las nociones de los hombres; no edificaba ciudades ni puentes, no construía máquinas volantes; no intentaba abolir las distancias ni se preocupaba por la conquista del espacio (criterio decisivo, según algunos, de la superioridad incontestable del hombre). El océano se entregaba a transformaciones innumerables, a una « autometamorfosis ontológica ». (¡La jerga espe-cializada no falta en la descripción de las actividades solaristas!) Por otra parte, todo hombre de ciencia que se dedique al estudio de la Solariana tiene la indeleble impresión de percibir los fragmentos de una construcción inteligente, genial acaso, mezclados sin orden con producciones absurdas, aparentemente engendradas por el delirio. Así nació, en oposición a la concepción « océano-yogui », la idea del « océano-autista ».

Dichas hipótesis exhumaron uno de los más antiguos problemas filosóficos: las relaciones entre la materia y el espíritu, entre el espíritu y la conciencia. Du Haart no carecía de audacia cuando sostuvo, por primera vez, que el océano estaba dotado de conciencia. El problema, que los metodólogos se apresuraron a declarar metafísico, alimentó no pocas discusiones y polémicas. ¿Era posible que el pensamiento estuviese privado de conciencia? Por lo demás ¿se podía dar el nombre de pensamiento a los procesos observados en el océano? ¿Una montaña es acaso un guijarro enorme? ¿Un planeta es por ventura una montaña gigantesca? Uno seguía teniendo la libertad de elegir su terminología, pero la nueva escala de magnitudes introducía normas y fenómenos nuevos.

La cuestión se planteaba como una trasposición contemporánea del problema de la cuadratura del círculo. Todo pensador « independiente se esforzó por introducir su aporte personal en el tesoro de los estudios solaristas. Las nuevas teorías proliferaban: el océano estaba pasando por un estado de degeneración, de regresión, una fase de « plenitud intelectual »; era luego de un neoplasma divagante, nacido del cuerpo de los habitantes anteriores del planeta, un planeta que los había devorado, engullido a todos, y cuyos residuos había fundido bajo esa forma eterna, autorreproducible, de estructura supracelular.

A la luz blanca de los tubos fluorescentes, pálida imitación de la claridad de un día terrestre, retiré de la mesa los aparatos y libros que la atestaban; sobre la superficie de material plástico desplegué el mapa de

Solaris y lo observé, con los brazos separados, las manos apoyadas en el borde cromado de la mesa. El océano viviente tenía bajíos y fosas; las islas, recubiertas de un sedimento mineral en descomposición, participaban sin duda de la naturaleza del fondo del océano; ¿era él quien ordenaba la erupción o el hundimiento de las formaciones rocosas sepultadas en los abismos? Nadie lo sabía. Examinando la proyección plana de los dos hemisferios, en distintos tonos de azul y violeta, un estupor vertiginoso me dominó de nuevo, como en tantas otras ocasiones; un estupor que yo había sentido por vez primera en la escuela, cuando me enteré de la existencia de Solaris.

Absorto en la contemplación de ese mapa portentoso, no pensaba en nada, no más en el misterio que rodeaba la muerte de Gibarían que en la incertidumbre de mi propio porvenir.

Las diferentes secciones del océano llevaban los nombres de los sabios que las habían explorado. Yo estudiaba la región acuosa de Thexall, que baña los archipiélagos ecuatoriales, cuando de pronto tuve la impresión de que alguien me miraba.

Yo seguía inclinado sobre el mapa, pero ya no lo veía; una somnolencia invencible había invadido todos mis miembros. Unas cajas y un armario pequeño defendían la puerta, frente a mí. Es un robot, me dije; sin embargo, no había encontrado ninguno en el cuarto, y ninguno hubiera podido entrar sin que yo lo notara. En la nuca y la espalda, me ardía la piel; el peso de esa mirada insistente, inmóvil, me era ya insoportable. La cabeza hundida entre los hombros, me apoyaba cada vez más contra la mesa, que empezó a deslizarse lentamente; ese movimiento me liberó. Di media vuelta.

La habitación estaba vacía. No había allí nada más que la amplia ventana convexa, y del otro lado la noche. Pero la impresión persistía. La noche me miraba, la noche amorfa, ciega, inmensa, sin fronteras. Detrás del vidrio, ninguna estrella iluminaba la oscuridad. Corrí las cortinas. No hacía ni una hora que me encontraba en la estación y ya mostraba síntomas mórbidos. ¿Sería un efecto de la muerte de Gibarían? Yo hubiera dicho en otro tiempo que Gibarían no era hombre que perdiera fácilmente la cabeza. Ahora no estaba tan seguro.

Yo seguía de pie en el centro del cuarto, junto a la mesa. Ya respiraba mejor; el sudor se me enfriaba en la frente. ¿En qué había pensado un instante antes? Ah, sí, ¡en los robots! Me sorprendía no haber tropezado con ninguno. ¿Dónde podían estar? El único que se había comunicado conmigo — desde lejos— pertenecía a los servicios de recepción de vehículos. ¿Y los otros?

Miré mi reloj. Era hora de reunirme con Snaut.

Unos filamentos luminosos que corrían a lo largo del cielo raso alumbraban tenuemente la ro-tonda. Me aproximé a la puerta de Gibarían y me quedé allí inmóvil, largo rato. El silencio era total. Tomé el picaporte. En realidad, no tenía intención de entrar, pero el picaporte cedió, la puerta se entreabrió, mostrando una hendedura negra; en seguida se encendieron las lámparas. Traspuse rápidamente el umbral, y sin ruido, volví a cerrar la puerta. Luego me volví.

Rocé con los hombros el batiente de la puerta. La habitación era más grande que la mía; una cortina tachonada de florecillas rosadas y azules, traída sin duda de la Tierra con los efectos personales, y no prevista en el equipamiento de la Estación, velaba tres cuartas partes de la ventana panorámica. A lo largo de las paredes se alineaban las estanterías, separadas entre sí por armarios. Los armarios y bibliotecas, pintados con un esmalte de color verde pálido y reflejos de plata, estaban vacíos, y había pilas de cosas hacinadas entre los sillones y las banquetas. A mis pies, dos mesas rodantes derribadas obstruían el paso, sepultadas bajo un montón de periódicos que escapaban de unos abultados portafolios, de costuras reventadas. Los libros, de folios desplegados en abanico, estaban manchados con líquidos de colores que se habían derramado de retortas y botellas rotas, de tapones corroídos; recipientes de un vidrio tan grueso que una simple caída, aun desde una altura considerable, no hubiera podido destrozarlos de esa manera. Debajo de la ventana había un escritorio volcado, aplastando una lámpara articulada. Dos patas de un taburete se hundían en un cajón entreabierto. Una verdadera inundación de papeles de todos los tamaños cubría el piso. Reconocí la letra de Gibarían. Mientras me inclinaba a recoger las hojas sueltas, advertí que mi mano proyectaba una sombra doble.

Me enderecé rápidamente. El cortinado rosa flameaba, atravesado por una línea incandescente de color blanco azulado, cada vez más ancha. Descorrí la cortina. Un resplandor insoportable avanzaba por el horizonte, persiguiendo a un ejército de sombras espectrales que se levantaban entre las olas y se alargaban hacia la estación. Amanecía. Luego de una hora nocturna, el segundo sol del planeta, el sol azul, subía en el cielo.

Cuando volví al montón de papeles, el interruptor automático apagó las lámparas. Tropecé ante todo con la minuciosa descripción de un experimento decidido tres semanas antes: Gibarían tenía la intención de exponer el plasma a una radiación extremadamente intensa de rayos X. De acuerdo con el tenor del texto, comprendí que estaba destinado a Sartorius, quien organizaría las operaciones: lo que yo tenía en mis manos era una copia del proyecto.

La blancura de las páginas me lastimaba los ojos. Ese nuevo día era distinto del anterior. A la tibia claridad del sol anaranjado, unas brumas rojizas habían planeado por encima del sol negro, de reflejos sanguinolentos, y una cortina purpúrea había velado casi constantemente las olas, las nubes, el cielo. Ahora, el sol azul atravesaba con una luz de cuarzo la tela floreada. Mis manos bronceadas parecían grises. La habitación había cambiado: todos los objetos de reflejos rojizos parecían empañados, y eran de un color gris pardusco, mientras que los objetos blancos, verdes y amarillos tenían un brillo más intenso, como si irradiaran una luz propia. Entornando los ojos, me aventuré a echar otra ojeada por la abertura del cortinado: una superficie de metal fluido vibraba y palpitaba bajo un cielo de llamas blancas. Cerré los ojos, y retrocedí. Sobre la repisa del lavabo (de borde recientemente mellado) encontré un par de grandes anteojos negros; me cubrían la mitad de la cara. La cortina irradiaba ahora una luz de sodio. Juntando las hojas y colocándolas sobre la única mesa utilizable, continué leyendo. Había lagunas en el texto; en vano recorrí una y otra vez las páginas dispersas.

Encontré un informe de las experiencias ya realizadas y me enteré de que durante cuatro días consecutivos Gibarían y Sartorius habían sometido el océano a una radiación intensa en una cierta zona, a dos mil kilómetros de la posición actual de la Estación. Ahora bien, el empleo de rayos X estaba prohibido por una convención de la ONU (los efectos eran demasiado nocivos) y yo tenía la absoluta certeza de que nadie había pedido a la Tierra que lo autorizaran a llevar a cabo estos experimentos. Levantando la cabeza, vi mi imagen en el espejo de la puerta entreabierta de un armario: un rostro macilento enmascarado con anteojos negros. También el cuarto, poblado de reflejos blancos y azules, tenía un aspecto curioso. De pronto oí un chirrido prolongado: unas celosías exteriores, herméticas, se deslizaron por delante de la ventana. Hubo un instante de oscuridad, y en seguida se encendieron las luces, que me parecieron muy débiles. Hacía cada vez más calor; la monótona cadencia de los aparatos de refrigeración era un chillido exasperado. Sin embargo, el calor sofocante no dejaba de aumentar.

Oí pasos. Alguien caminaba en la rotonda. De dos saltos silenciosos estuve junto a la puerta. Los pasos se hacían más lentos; el desconocido estaba detrás de la puerta. El picaporte bajó; maquinal, irreflexivamente, lo sujeté; la presión no aumentó ni se debilitó. Nadie, del otro lado de la puerta, alzó la voz. Nos quedamos así un momento. Aferrados los dos al picaporte. De pronto, la manija se levantó, y se me escapó de las manos. Los pasos se alejaron sigilosos. Escuché de nuevo, la oreja pegada al panel. No oí nada más.

Los visitantes

Guardando apresuradamente en mi bolsillo las notas de Gibarían, me acerqué al armario: trajes de labor y otras prendas habían sido empujadas a un costado, como si un hombre hubiese buscado refugio en el fondo del guardarropa. Del montón de papeles, en el suelo, asomaba el ángulo de un sobre. Lo alcé. Estaba dirigido a mí. La boca seca de aprensión, rasgué el sobre. Adentro había una hoja; tuve que hacer un esfuerzo para decidirme a desdoblarla.

En la letra regular, perfectamente legible aunque muy menuda de Gibarían leí dos líneas:

Suplemento A. Solar. Vol. I: Vot. Separat.

Messenger ds aff F.; Ravintzer: Pequeño Apócrifo.

Eso era todo. Ni una palabra más. ¿Encerrarían esas dos líneas alguna información importante? ¿Cuándo las habría escrito? Me dije que tendría que consultar cuanto antes los ficheros de la biblioteca. Conocía el suplemento del primer volumen del anuario de estudios solaristas; es decir, no lo había leído pero sabía de su existencia. ¿No se decía que tenía un valor meramente histórico? En cuanto a Ravintzer y el *Pequeño Apócrifo,* nunca los había oído nombrar.

¿Qué hacer?

Llevaba ya casi un cuarto de hora de retraso. De espaldas a la puerta, examiné el cuarto una vez más. Sólo entonces vi la cama, puesta verticalmente contra la pared, y que ocultaba un gran mapa de Solaris. Algo colgaba detrás del mapa; un magnetófono de bolsillo. Habían grabada nueve décimas de la cinta. Retiré el magnetófono del estuche, que colgué de nuevo detrás del mapa, y deslicé el aparato en el bolsillo.

Me volví a la puerta, y con los ojos cerrados, escuché atentamente. Nada. Abrí la puerta a un abismo de oscuridad, hasta que al fin se me ocurrió sacarme los anteojos; los filamentos luminosos, bajo el cielo raso, alumbraban débilmente la rotonda.

Repartidos entre las cuatro puertas de los dormitorios y el pasadizo de la cabina de radio, se abrían en estrella muchos corredores. De pronto, saliendo de un corredor que llevaba al cuarto de baño común, apareció una elevada silueta, apenas visible en aquella penumbra.

Quedé paralizado, clavado al suelo. Una mujer negra, gigantesca, se acercaba en silencio, contoneándose. Alcancé a ver el brillo del blanco de los ojos y oí el blando golpeteo de los pies desnudos.

La mujer vestía como única prenda una falda amarilla, de paja trenzada; los senos enormes se bamboleaban libremente, y los brazos negros eran gruesos como muslos. Cruzó a mi lado — apenas a una distancia de un metro— y ni siquiera me echó una mirada. Moviendo rítmicamente la falda de paja, prosiguió su camino, parecida a esas estatuas esteatopigias de la Edad de Piedra que pueden verse en los museos de antropología. Abrió la puerta de Gibarían. La silueta se perfiló nítidamente en el vano de la puerta, envuelta en la luz más viva del interior del cuarto. Luego cerró otra vez la puerta. Yo estaba solo. Me tomé la mano izquierda con la derecha y apreté un rato, hasta que me crujieron las articulaciones. Miré sin ver la sala vacía. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era aquello? De pronto, vacilé; recordé las advertencias de Snaut. ¿Qué significaba eso? ¿Quién era esta monstruosa Afrodita? Di un pasó, sólo uno, hacia la cabina de Gibarían. Sabía que no iba a entrar. Husmeé el aire. ¿Por qué? Ah, sí. Instintivamente, había esperado percibir algún olor, pero no había notado nada, ni siquiera en el momento en que habíamos estado a un paso el uno del otro.

Ignoro cuánto tiempo me quedé allí, apoyado contra el fresco tabique metálico, sin oír otro ruido que el rumor lejano, monótono de los climatizadores. Al fin reaccioné, sacudí la cabeza, y fui a la cabina de radio. Apoyé la mano en el picaporte y oí una voz áspera:

—¿Quién anda por ahí?

— Soy yo, Kelvin.

Snaut estaba sentado a una mesa, entre un montón de cajones de aluminio y el aparato transmisor; comía concentrado de carne, que sacaba directamente de la lata.

¿No saldría nunca de la cabina? Me quedé mirando un rato cómo movía las mandíbulas; de pronto me di cuenta de que yo también tenía hambre. Me acerqué a las alacenas, elegí el plato menos polvoriento, y me senté frente a Snaut. Comimos en silencio.

Snaut se levantó, destapó un termo, y llenó dos cubiletes de caldo caliente. Puso luego la botella en el suelo — no había lugar sobre la mesa—, y me preguntó:

—¿Viste a Sartorius?

— No… ¿dónde está?

— Arriba.

Arriba significaba el laboratorio. Seguimos comiendo, sin decir nada más. Snaut raspó pacientemente el fondo de la lata. Desde el cielo raso, cuatro globos iluminaban la sala. Una celosía exterior cerraba la ventana. Los reflejos de los globos luminosos vibraban sobre la tapa plastificada del transmisor.

Snaut vestía ahora un jersey negro y suelto, de puños deshilachados. Unas venillas rojas le jaspeaban la tensa piel de los pómulos.

—¿Qué te pasa? — me preguntó.

— Nada… ¿por qué?

— Estás sudando a mares.

Me enjugué la frente. Era verdad, chorreaba sudor; una respuesta, sin duda, a aquel encuentro inesperado. Snaut me observaba atentamente. ¿Tendría que contarle? Si me hubiera demostrado más confianza… ¿Qué juego incomprensible se jugaba aquí, y quién era el adversario de quién?

— Hace calor. Yo esperaba que los climatizadores funcionaran mejor aquí.

— La regulación es automática, con intervalos de una

hora. — La mirada de Snaut era ahora insistente.

— ¿Es sólo el calor? ¿Estás seguro?

No respondí. Snaut arrojó los utensilios y las latas vacías en el fregadero. Volvió al sillón y continuó interrogándome.

—¿Qué intenciones tienes?

— Eso depende de ustedes — respondí fríamente—. Supongo que habrá un plan de investigaciones, ¿no? Un nuevo estímulo, quizá rayos X, o algo semejante…

Snaut frunció el ceño.

—¿Rayos X? ¿Quién te lo dijo?

— No me acuerdo. Alguien me habló. Tal vez en el *Prometeo.*Entonces ¿ya han comenzado?

— No estoy al tanto de los detalles. Era una idea de Gibarían. El y Sartorius prepararon todo. Me pregunto cómo puedes saberlo.

Me encogí de hombros.

—¿No estás al tanto de los detalles? Tendrías que estarlo, ya que tú…

No terminé la frase; Snaut callaba.

El murmullo de los climatizadores había cesado. La temperatura se mantenía a un nivel soportable, pero se oía aún un sonido agudo, como el agónico zumbido de una mosca.

Snaut dejó el sillón y fue a inclinarse sobre el tablero del transmisor. Movió las perillas, sin orden ni resultado, pues había dejado el interruptor en punto muerto. En eso se entretuvo un instante; luego observó,

de espaldas:

— Habrá que cumplir las formalidades…

—¿Sí?

Snaut se volvió y me miró con hostilidad. Yo no había querido molestarlo, pero ignorando la partida que se jugaba, estaba obligado a mantenerme en una actitud de espera reticente.

La manzana de Adán le sobresalía a Snaut en el escote del jersey.

— Estuviste en la habitación de Gibarían — me acusó de pronto.

Lo miré tranquilamente.

—¡Estuviste allí! —repitió.

Amagué un movimiento de cabeza — Si insistes…

—¿Había alguien? — me preguntó.

Así que él la había visto, o al menos sabía que existía.

— Nadie… ¿Quién podía haber estado?

— Entonces ¿por qué no me dejaste entrar?

Le sonreí.

— Porque tuve miedo. Me acordé de tus advertencias. Cuando el picaporte se movió, lo retuve maquinalmente. ¿Por qué no dijiste que eras tú? Te hubiera dejado entrar.

— Creía que era Sartorius — respondió Snaut, con voz insegura.

—¿Y entonces?

Snaut replicó nuevamente con otra pregunta.

—¿Qué piensas tú? ¿Qué habrá pasado?

Titubeé.

— Tú tendrías que saberlo, mejor que yo… ¿dónde está?

— En la cámara fría. Lo transportamos en seguida, esta mañana.

—¿Donde lo encontraste?

— En el ropero.

—¿En el ropero? ¿Ya estaba muerto?

— El corazón le latía aún, pero ya no respiraba.

—¿Intentaste reanimarlo?

— No.

—¿Por qué?

— No tuve tiempo. Cuando lo acosté, estaba muerto.

—¿Estaba de pie en el guardarropa? ¿Entre esos trajes?

— Sí.

Snaut tomó una hoja de papel del escritorio rinconera y me lo tendió.

— He redactado un acta provisional… Después de todo, no me desagrada que hayas visto el cuarto. Causa del deceso, inyección de pernostal, dosis mortal. Aquí está escrito…

Recorrí con la vista la hoja de papel y murmuré:

— Suicidio… ¿Por qué razón?

— Perturbaciones nerviosas, depresión, llámalo como quieras… Tú entiendes de eso más que yo.

Yo había permanecido sentado; Snaut se erguía ante mí. Lo miré a los ojos, y le dije:

— Sólo sé lo que he comprobado yo mismo.

—¿Qué quieres decir? — me preguntó él con calma.

— Se inyectó pernostal y se escondió en el ropero, ¿no es así? En ese caso, no se trata de perturbaciones nerviosas ni de una crisis de depresión, sino de un estado muy grave, de una psicosis paranoica… — Hablando cada vez más lentamente y sin sacarle los ojos de encima, añadí:— Creía ver algo, sin duda.

Snaut volvió a jugar con las llaves del transmisor.

Al cabo de un instante, proseguí:

— Aquí veo tu firma. ¿Y la de Sartorius?

— Está en el laboratorio. Ya te lo dije. No viene por aquí. Supongo que…

—¿Qué?

— Que se ha encerrado.

—¿Que se ha encerrado? Ah, se ha encerrado… ¿Se habrá atrincherado acaso?

— Es posible.

— Snaut.. hay alguien en la Estación, alguien más.

Snaut había soltado las llaves y me miraba torciendo el cuerpo.

—¡Tú viste algo!

— Tú me pusiste en guardia. ¿Contra quién? ¿Contra qué? ¿Una alucinación?

—¿Qué viste tú?

—¿Un ser humano?

Snaut calló. Se había vuelto contra la pared, como para ocultarme el rostro. Golpeaba con las puntas de los dedos la chapa metálica. Le miré las manos. Ya no tenía rastros de sangre entre los dedos. Tuve un breve vahído.

En voz baja, casi en un soplo, como si le confiase un grave secreto, le dije a Snaut:

— No se trata de un espejismo sino de una criatura real, que uno puede… tocar, que uno puede… herir, y que tú has visto hoy mismo.

—¿Cómo lo sabes?

De cara a la pared, Snaut no se había movido; mis palabras lo alcanzaban por la espalda.

— Antes de mi llegada… muy poco antes de mi llegada, ¿no es cierto?

Snaut encogió el cuerpo, y me miró aterrorizado.

—¡Y tu! — Se le estrangulaba la voz. — ¿Quién eres tú?

Creí que iba a abalanzarse sobre mí. Yo no había esperado esa reacción. La situación me pareció grotesca. Snaut no creía que yo fuese quien pretendía ser. ¿Qué significaba eso? Me miraba cada vez más asustado. ¿Deliraba? ¿Lo habrían intoxicado las emanaciones mefíticas de la atmósfera? Todo era posible. Sí, y yo… yo la había visto, a la mujer, aquella criatura.. Entonces, ¿también yo?

—¿Quién es? — pregunté.

Estas palabras calmaron a Snaut. Por un instante, me escrutó con atención, como si todavía dudara de mí. Luego se dejó caer blandamente en el sillón y se tomó la cabeza entre las manos; antes de que él hubiera abierto la boca, yo ya sabía que no iba a responderme directamente.

— Estoy agotado — dijo en voz baja.

Repetí mi pregunta:

—¿Quién es?

— Si tú no lo sabes…

— Entonces ¿qué?

— Nada.

— Snaut… Estamos aislados, lejos de todo. ¡Pongamos las cartas sobre la mesa! Las cosas están ya bastante embrolladas.

—¿Qué quieres?

— Que me digas qué viste.

—¿Y tú? —me replicó, con desconfianza.

— Bueno, yo te responderé, y luego tú me responderás. Tranquilízate, no pensaré que estás loco…

—¿Loco? ¡Santo Dios! — Snaut intentó sonreír. — No has comprendido nada, absolutamente nada… A él nunca se le ocurrió que estuviera loco. Si se le hubiera ocurrido, estaría aún con vida.

— Por lo tanto tu acta, esa historia de perturbaciones nerviosas, es una mentira.

— Claro.

—¿Por qué no escribirla verdad?

—¿Por qué? —repitió él.

Siguió un largo silencio. No, decididamente, yo no entendía nada. Creía haberlo convencido de mi sinceridad, había imaginado que resolveríamos juntos el enigma. ¿Por qué entonces se rehusaba a hablar?

—¿Dónde están los robots?

— En los depósitos. Los encerramos a todos. Sólo dejamos en sus puestos al personal de recepción.

—¿Por qué?

Una vez más Snaut no contestó.

—¿No quieres hablar?

— No puedo.

Yo tenía la impresión de que Snaut se encontraba una y otra vez a punto de ceder, y que a último momento se echaba atrás. Quizá conviniera que yo subiese a ver a Sartorius. Recordé la carta y entendí entonces que era de una importancia capital.

—¿Piensan continuar los experimentos?

Snaut se encogió de hombros desdeñosamente.

—¿De qué serviría?

— Ah… Y entonces ¿de qué nos ocuparemos?

Snaut calló otra vez. Se oyó a los lejos un débil ruido de pasos: unos pies desnudos que golpeaban contra el suelo. Los ecos sordos de ese andar arrastrado resonaban extrañamente entre los instrumentos de níquel y plástico, entre los altos encofrados, atravesados por tubos de vidrio, que guardaban las complicadas instalaciones electrónicas.

No pude dominarme y me puse de pie. Escuchaba los pasos que se acercaban, y observaba a Snaut. Snaut entornaba los ojos, y no parecía asustado. ¿No tenía miedo, entonces?

—¿De dónde viene? — pregunté—. ¿No quieres decírmelo?

— No lo sé.

— Bueno.

El sonido de pasos se alejó y murió.

—¿No me crees? — dijo—. Te lo juro. No lo sé.

En silencio, abrí el armario de las escafandras y aparté los pesados trajes. En el fondo, como yo esperaba, colgaban las pistolas de gas para maniobrar en el vacío. Tomé una, verifiqué la carga, y me pasé la correa por encima del hombro. No era un arma propiamente dicha, pero yo no tenía nada mejor.

En el momento en que yo ajustaba la correa, Snaut tuvo una sonrisa socarrona, que descubrió unos dientes amarillos.

—¡Buena caza! — me dijo.

Me encaminé a la puerta.

— Gracias.

Snaut saltó del sillón.

—¡Kelvin!

Lo miré. Snaut ya no sonreía. Yo nunca había visto un rostro que mostrara tanto cansancio.

— Kelvin — balbuceó Snaut—. Yo… de veras, no puedo…

Esperé. Snaut movía los labios, pero no se oía ningún sonido. Di media vuelta y salí.

Sartorius

Avancé por un largo corredor desierto, y luego doblé a la derecha. Nunca había estado en la Estación, pero durante mi adiestramiento en la Tierra yo había vivido seis semanas en una réplica exacta, y sabía a dónde llevaba la pequeña escalera de aluminio.

La biblioteca estaba a oscuras. Busqué a tientas el conmutador, y luego de consultar el índice, marqué en la computadora las coordenadas del primer volumen del anuario de estudios solaristas y el suplemento. Se encendió una luz roja. Volví al registro: los dos volúmenes habían sido retirados por Gibarían, así como el *Pequeño Apócrifo.*Apagué la luz y bajé nuevamente al piso inferior.

Aunque había oído que los pasos se alejaban, temía volver a la habitación de Gibarían. ¿Y si ella regresaba? Permanecí largo rato detrás de la puerta. Finalmente, apreté el picaporte y me obligué a entrar.

No había nadie en la habitación. Me puse a revolver los libros desparramados frente a la ventana, interrumpiendo un instante mi búsqueda para ir a cerrar el ropero: me molestaba ese lugar vacío en medio de los trajes del espacio.

El suplemento no estaba bajo la ventana y me dediqué a levantar metódicamente, uno por uno, los libros tirados por todo el cuarto; llegué al último montón, entre la cama y el ropero, y allí descubrí el volumen.

Esperaba encontrar una marca, y en efecto, había un señalador entre las páginas del índice; un nombre, desconocido para mí, había sido subrayado con lápiz rojo: André Berton. Las cifras que seguían al nombre remitían a dos capítulos diferentes. Eché una ojeada a la primera referencia y me enteré de que Berton era piloto de reserva en la nave de Shannahan. La otra referencia aparecía unas cien páginas más adelante.

Al principio, la expedición había actuado con extrema prudencia; luego, al cabo de dieciséis días, se tuvo la certeza de que el océano plasmático no sólo no mostraba señales de agresividad, sino que rehuía todo contacto directo con los aparatos y los hombres, retrocediendo cada vez que un cuerpo cualquiera se aproximaba a su superficie; por lo tanto, Shannahan y el suplente, Timolis, dejaron de lado algunas precauciones que entorpecían los trabajos.

La expedición se dividió entonces en pequeños grupos de dos o tres hombres, que volaban por encima del océano, a veces cubriendo un radio de cientos de kilómetros. Las cercas irradiantes, utilizadas hasta entonces para delimitar y proteger los trabajos, fueron transportadas de vuelta a la base. Pasaron cuatro días y no hubo ningún accidente, excepto algunas averías en el equipo de oxígeno de las escafandras: los efectos de la corrosión eran insólitos, y había que reemplazar las válvulas casi diariamente.

En la mañana del quinto día, el vigésimo primero en Solaris, dos sabios, Carucci y Fechner (el primero era radiobiólogo, el segundo físico) salieron a explorar el océano. Navegaban en un aeromóvil, una nave que se deslizaba sobre una almohada de atmósfera comprimida. Seis horas más tarde, no habían regresado. Timolis, que administraba la base en ausencia de Shannahan, dio la alarma y organizó la búsqueda llamando a todos los hombres.

Por una fatal conjunción de circunstancias, el contacto inalámbrico se había interrumpido ese día una hora después de la partida de los grupos de exploración; una gran mancha había oscurecido el sol rojo, y las

partículas energéticas bombardeaban pesadamente las capas superiores de la atmósfera. Sólo los transmisores de onda ultracorta continuaban funcionando, y los contactos estaban limitados a un radio de treinta y tantos kilómetros. Para colmo de males, antes de la puesta del sol cayó una niebla espesa y hubo que interrumpir la búsqueda.

Las patrullas de rescate regresaban ya a la base, cuando un helicóptero descubrió el aeromóvil a unos cien kilómetros de la nave de comando. El motor funcionaba, y el aparato, a primera vista indemne, flotaba por encima de las olas. En la cabina translúcida sólo se veía a Carucci, y parecía inconsciente.

El aeromóvil fue remolcado a la base. Atendieron a Carucci, que no tardó en recuperar el conocimiento. Pero nada pudo decir de la desaparición de Fechner. En el momento en que habían decidido regresar, la válvula del aparato de oxígeno había fallado, y una pequeña cantidad de gases tóxicos había entrado en la escafandra.

Fechner, empeñado en reparar el equipo de Carucci, se había desprendido el cinturón de seguridad y se había puesto de pie. Eso era lo último que Carucci recordaba. De acuerdo con la opinión de los técnicos, que habían reconstruido el episodio, Fechner había abierto el techo de la cabina, pues la cúpula baja le trababa los movimientos; el procedimiento era admisible, ya que en estos vehículos no había cabinas herméticas, y la cúpula de vidrio era en verdad una pantalla contra las infiltraciones atmosféricas y el viento. Mientras Fechner trabajaba en el equipo de Carucci, se quedó también sin oxígeno, y sin saber lo que hacía había trepado al techo del aparato y de allí había caído al océano.

Fechner fue pues la primera víctima del océano. Aunque la escafandra flotaba en el agua, el cuerpo no apareció. Por supuesto era posible que la escafandra estuviese flotando en alguna otra parte; la expedición no estaba equipada para examinar minuciosamente este inmenso desierto ondulante, envuelto en jirones de bruma.

A la hora del crepúsculo todos los vehículos habían regresado a la base, excepto un helicóptero madre piloteado por André Berton.

El helicóptero de Berton reapareció en la primera hora de la noche, cuando ya se iba a dar la alarma. Berton sufría evidentemente de conmoción nerviosa; se desprendió del traje y en seguida echó a correr en todas direcciones, como un loco. Al fin lo dominaron, pero Berton continuó gritando y llorando. Era una conducta bastante sorprendente sobre todo en un hombre que había navegado diecisiete años, y estaba acostumbrado a los peligros de los viajes cósmicos.

Los médicos suponían que también Berton había absorbido gases tóxicos. Ya bastante recobrado, Berton sin embargo se negó a abandonar la base, o aun acercarse a la ventana que miraba al océano. Al cabo de dos días, pidió permiso para dictar un informe sobre el vuelo, insistiendo en la importancia de lo que iba a revelar. El consejo de la expedición estudió el informe y dictaminó que se trataba de la creación mórbida de un cerebro intoxicado por gases atmosféricos nocivos; las supuestas revelaciones interesaban no a la historia de la expedición, sino al desarrollo de la enfermedad de Berton, por lo tanto no se las describía.

Esto decía el suplemento. Me pareció que el informe de Berton podía proporcionar al menos una clave del misterio. ¿Qué fenómeno había podido desquiciar de ese modo a un veterano del espacio? Busqué de nuevo entre los libros, pero el *Pequeño Apócrifo*no aparecía. Me sentía cada vez más fatigado; postergué la búsqueda para el día siguiente y salí del cuarto.

Al pasar al pie de una escalera, vi unas rayas de luz reflejadas en los peldaños de aluminio. ¡Sartorius estaba aún arriba trabajando! Decidí ir a verlo.

Arriba hacía más calor. Sin embargo, en las bocas de ventilación las cintas de papel se movían frenéticamente. El corredor era bajo y ancho. Una placa de vidrio esmerilado enmarcada en cromo cerraba el laboratorio principal. En el interior, un cortinado oscuro velaba la puerta; la luz entraba por unas ventanas, encima del dintel. Apreté el picaporte; la puerta no cedió. Yo no había esperado otra cosa. El único sonido que me llegaba del laboratorio era una especie de gorjeo intermitente, como el silbido de un quemador de gas defectuoso. Golpeé; no hubo respuesta.

—¡Sartorius! ¡Doctor Sartorius! — llamé—. ¡Soy yo, Kelvin, el nuevo! ¡Necesito verlo, ábrame por favor!

Hubo un rumor de papeles arrugados.

—¡Soy yo, Kelvin! ¡Usted ha oído hablar de mil He llegado del *Prometeo*hace algunas horas. — Yo gritaba ahora, con; los labios pegados al ángulo de la puerta y al montante metálico. — ¡Doctor Sartorius! ¡Estoy solo! ¡Se lo suplico, abra!

Ni una palabra. Luego, el mismo rumor de antes. En seguida, el tintineo de unos instrumentos de acero sobre una bandeja. Y a continuación… yo no creía a mis oídos… una serie de pasos pequeñísimos, el trotecito de un niño, el golpeteo precipitado de unos pies minúsculos, o de unos dedos notablemente hábiles que remedaban ese andar tamborileando sobre la tapa de una caja vieja.

—¡Doctor Sartorius! — vociferé—. ¿Abre usted, sí o no?

Ninguna respuesta, sólo ese trotecito de niño, y simultáneamente los pasos de un hombre que camina en

puntas de pie. Pero si el hombre se movía, no podía imitar al mismo tiempo la marcha de un niño. No pude contener mi furia.

—¡Doctor Sartorius! — estallé—, ¡No he hecho un viaje de dieciséis meses para ponerme a jugar con usted! Cuento hasta diez. ¡Si no abre, derribo la puerta!

Yo no estaba seguro, desde luego, de poder forzar fácilmente esa puerta, y la descarga de una pistola de gas no era muy poderosa. No obstante, estaba resuelto a llevar a cabo mi amenaza de algún modo, aun cuando tuviera que recurrir a explosivos que abundaban sin duda en el almacén de municiones. No podía permitirme una concesión, es decir, no podía seguir jugando un juego de locos con esas cartas trucadas que la situación me ponía en las manos.

Hubo ruido de lucha. ¿O de unos objetos empujados de prisa? La cortina se abrió a los lados, y una sombra alargada se proyectó sobre el vidrio esmerilado, que centelleaba a la luz.

Una voz ronca, chillona, habló:

— Abriré, pero prométame que no entrará.

— En ese caso, ¿para qué abrir?

— Saldré yo.

— Bueno. Prometido.

La silueta retrocedió y la cortina volvió a cerrarse.

Del interior del laboratorio llegaron unos ruidos confusos. Oí un chirrido como si arrastraran una mesa. Al fin la cerradura chirrió, el panel de vidrio se abrió, y Sartorius apareció en el corredor.

Se quedó allí, apoyado de espaldas contra la puerta. Era muy alto, flaco, todo huesos bajo el jersey blanco. Se había anudado al cuello un pañuelo negro. Bajo el brazo, llevaba un delantal de laboratorio, quemado por los reactivos. La cabeza, extraordinariamente angosta, se inclinaba a un lado. No le veía los ojos; unos lentes negros le escondían la mitad de la cara. La mandíbula inferior era alargada; tenía los labios azules, y las orejas enormes, azuladas. No se había afeitado. Unos guantes antirradiación de color rojo le colgaban de las muñecas, sujetos por los cordones.

Nos miramos un rato con una aversión no disimulada. Los cabellos hirsutos de Sartorius (evidentemente él mismo se los había recortado) eran de color plomo; la barba entrecana. Como Snaut, tenía la frente quemada, pero sólo la mitad inferior; por encima era pálida; se ponía sin duda alguna clase de gorra, cuando se exponía al sol.

— Bueno, estoy escuchando — me dijo.

Yo tenía la impresión de que no le importaba lo que yo quería decirle; tenso, y pegado siempre a la placa de vidrio, estaba atento sobre todo a lo que ocurría a sus espaldas.

Desconcertado, yo no sabía cómo empezar.

— Me llamo Kelvin… Sin duda ha oído hablar de mí. Soy, o mejor dicho era, colega de Gibarían.

El rostro enjuto de Sartorius, todo planos verticales — así me lo imaginaba yo a Don Quijote— era inexpresivo; y esto no me ayudaba a encontrar las palabras.

— He sabido que Gibarían… ha muerto.

Me interrumpí.

—¡Si! Lo escucho — dijo Sartorius, impaciente.

—¿Se suicidó? ¿Quién encontró el cadáver? ¿Fue usted o Snaut?

—¿Por qué me lo pregunta a mí? ¿No le ha informado el doctor Snaut?

— Deseaba oír la versión de usted.

— Usted ha estudiado psicología, doctor Kelvin, ¿no es cierto?

— Sí. ¿Y entonces?

—¿Usted sirve a la ciencia?

— Sí, por supuesto. ¿Qué relación?…

— Usted no es comisario ni empleado de la justicia. En este momento son las dos y cuarenta, y usted, en lugar de ocuparse de las tareas que le fueron asignadas, no sólo ha amenazado forzar la puerta del laboratorio sino que además me interroga como si me considerase sospechoso.

La transpiración le corría por la cara. Yo estaba decidido, y dije, apretando los dientes:

—¡Usted es sospechoso, doctor Sartorius! — y continué, furioso—: ¡Además, lo sabe perfectamente!

— Kelvin, si no se retracta y me pide disculpas, enviaré una denuncia contra usted.

—¿Por qué le pediría disculpas? ¿Porque se encierra y se atrinchera en este laboratorio, en vez de salir a saludarme, en vez de decirme la verdad sobre lo que pasa aquí? ¿Ha perdido por completo la cabeza? Y usted, sí, ¿quién es usted? ¿Un sabio o un mísero cobarde? ¡Responda!

No sé qué otras cosas le grité. Sartorius ni siquiera se inmutó. Unas gruesas gotas le resbalaban por las mejillas de poros dilatados. De pronto, comprendí: ¡no me había oído! Las manos cruzadas a la espalda, sujetaba con todas sus fuerzas la puerta que se sacudía, como si alguien, del otro lado, ametrallara el panel.

Con una voz extraña, aguda, Sartorius gimió:

—¡Váyase! Se lo suplico… ¡Retírese, por amor de Dios! Baje, yo iré a reunirme con usted, haré cuanto quiera, pero ahora se lo suplico, ¡váyase!

La voz revelaba tal agotamiento que tendí maqui-nalmente los brazos, para ayudarlo a retener aquella puerta. Sartorius lanzó un grito de horror, como si yo le hubiese apuntado con un cuchillo. Empecé a retroceder, mientras él gritaba con voz de falsete: —¡Váyase! ¡Váyase! Ya voy, ya voy, ya voy. ¡No! ¡No!

Entreabrió la puerta y se precipitó en el cuarto. Me pareció que un objeto amarillo, un disco reluciente le había brillado un instante sobre el pecho.

Un rumor sordo llegaba ahora del laboratorio; la cortina voló de costado; una gran sombra se proyectó sobre la pantalla de vidrio; luego la cortina volvió a caer y no vi nada más. ¿Qué ocurría en la habitación? Oí unos pasos precipitados, como si se hubiese entablado una persecución, enloquecida: luego un estruendo de vidrios rotos, y la risa de un niño…

Las piernas me temblaban; yo miraba la puerta con ojos extraviados. El silencio había sucedido al pandemónium. Me senté en el alféizar plastificado de una ventana y allí me quedé, un cuarto de hora quizá, no sé, esperando a que algo ocurriese o sintiéndome tan anonadado que ya no tenía ganas de levantarme. Me estallaba la cabeza. Se oyó un chirrido y una luz creciente iluminó el rellano.

Desde mi sitio, no veía más que una parte del corredor que rodeaba el laboratorio. Yo estaba ahora en la cúspide de la Estación, bajo el casco mismo de la superestructura; las paredes eran cóncavas e inclinadas, con ventanas oblongas a intervalos de unos pocos metros de distancia. Los postigos exteriores se levantaron, el día azul tocaba a su fin. Un resplandor incandescente atravesó los ventanales. Las molduras de níquel, los pestillos, las bisagras: todo centelleó. En la puerta del laboratorio — el panel de vidrio— brillaron unas iridiscencias pálidas. Me miré las manos, apoyadas sobre las rodillas; eran grises a la luz espectral. Mi mano derecha sostenía la pistola de gas; no me había dado cuenta, ignoraba que había retirado la pistola de la funda. La enfundé de nuevo. Sabía ya que ni siquiera una pistola radiactiva me habría ayudado. ¿De qué me hubiera servido? Yo no podía derribar la puerta y tomar por asalto el laboratorio.

Me incorporé. El disco solar se hundió en el océano, como una explosión de hidrógeno; bajaba yo la escalera cuando me alcanzó con un abanico de rayos horizontales, que sentí como una quemadura.

En mitad de la escalera me detuve a reflexionar y subí de nuevo. Fui por el pasillo, alrededor del laboratorio, y luego de recorrer un centenar de pasos me encontré frente a otra puerta de vidrio, idéntica a la anterior. No intenté abrirla; sabía que estaba cerrada.

Escudriñé la pared, buscando una abertura, una mirilla cualquiera. La idea de espiar a Sartorius se me había ocurrido muy naturalmente. No me sentía avergonzado. Estaba decidido a terminar con las conjeturas y a conocer la verdad, aunque como ya imaginaba, la verdad fuera incomprensible.

Recordé que las salas del laboratorio estaban iluminadas por claraboyas, dispuestas en la cúpula exterior de la Estación; desde afuera sería posible entonces espiar a Sartorius. Ante todo yo tenía que bajar, y conseguir una escafandra y un equipo de oxígeno. Los tragaluces eran quizá lucernas de vidrio esmerilado; pero yo quería ver el laboratorio y no se me ocurría ninguna otra solución…

Volví a la cubierta inferior. La puerta de la cabina de radio estaba abierta. Snaut dormía hundido en el sillón. Entré en el cuarto y Snaut despertó sobresaltado.

—¡Hola, Kelvin! — dijo con voz ronca. No respondí, y él continuó—: ¿Averiguaste algo?

— Sí… no está solo.

Snaut torció la boca.

— Ah ¿de veras? Algo averiguaste en efecto. ¿Tiene visitas?

Repliqué casi impulsivamente:

— No entiendo por qué no quieres decirme de qué se trata. Puesto que voy a quedarme aquí, tarde o temprano sabré la verdad. ¿Por qué estos misterios?

— Cuando tú también hayas recibido visitas, comprenderás.

Me pareció que mi presencia lo importunaba y que no deseaba continuar la charla.

Salí.

—¿A dónde vas?

No contesté.

La plataforma estaba como yo la había dejado. Mi cápsula calcinada se encontraba todavía allí, de pie, abriendo la boca. Me acerqué al vestuario, donde se alineaban las escafandras. De pronto, aquella excursión al casco exterior dejó de interesarme.

Di media vuelta y tomando una escalera de caracol bajé a los almacenes. Abajo, botellas y cajones se hacinaban en el estrecho corredor. Planchas de metal desnudo, de reflejos azulados, revestían las paredes. Avancé un poco más y los tubos escarchados del sistema de refrigeración aparecieron bajo una bóveda. Los seguí hasta el fondo del corredor y allí desaparecieron.

Abrí la pesada puerta, de dos pulgadas de espesor y revestida de espuma aisladora, y un frío glacial me invadió el cuerpo. Me estremecí. Yo estaba de pie en el umbral de una gruta tallada en un témpano, y de las grandes bobinas que parecían relieves esculpidos colgaban estalactitas. También aquí, sepultados bajo una capa de nieve, se amontonaban los cajones y cilindros, y en las estanterías laterales había cajas y bolsas transparentes que contenían una materia amarilla y oleosa. E1 techo abovedado descendía poco a poco, y una cortina escarchada ocultaba el fondo de la gruta. La aparté. Un cuerpo alargado, cubierto con una lona, yacía sobre « una mesa rodante de aluminio. Alcé el borde de la lona y vi el rostro petrificado de Gibarían. Los cabellos negros, lacios, cruzados por un mechón gris, parecían pegados al cráneo. Los cartílagos de la garganta le sobresalían como aristas. Los ojos sin brillo miraban fijamente la bóveda, y había en la comisura de cada uno de los párpados una lágrima de hielo opaco. El frío era tan intenso que tuve que apretar los dientes. Sostuve el sudario con una mano, y rocé con la otra la mejilla de Gibarían. Fue como tocar el tronco de un árbol petrificado, erizado de pelos negros y punzantes. La curva de los labios parecía expresar una paciencia infinita, desdeñosa. Al soltar la tela observé, asomadas entre los pliegues que cubrían los pies de Gibarían, cinco perlas negras, ordenadas de mayor a menor. Quedé paralizado.

Había reconocido los dedos, la pulpa oval de los cinco dedos de un pie; bajo la arrugada mortaja, aplastada contra el cuerpo de Gibarían, estaba acostada la mujer negra.

Lentamente retiré la lona. La cabeza, coronada de cabellos crespos, enroscados en pequeños mechones, descansaba en el hueco de un brazo negro y macizo. La piel de la espalda relucía, tensa, en las aristas de las vértebras. Ningún movimiento animaba a ese cuerpo colosal. Observé una vez más las plantas de los pies; no estaban aplastadas ni deformadas por el peso del cuerpo; la marcha no le había endurecido la piel, intacta y tersa como en las manos o en los hombros.

Tuve que esforzarme de veras para atreverme a tocar ese pie desnudo. Hice entonces otra comprobación inverosímil: ese cuerpo, abandonado en una cámara congeladora, ese falso cadáver vivía y se movía. La mujer había retirado el pie, como un perro dormido cuando uno intenta tomarle una pata.

« Se va a helar… » pensé confusamente. Pero la carne estaba tibia y yo había creído sentir en las yemas de los dedos el latido regular del pulso. Retrocedí, el cortinado cayó, y huí precipitadamente.

Fuera de la gruta blanca, el calor me pareció sofocante. Avancé por el corredor y subí la escalera, que me llevó nuevamente a la plataforma exterior.

Me senté sobre las argollas de un paracaídas plegado y me tomé la cabeza entre las manos. Me sentía abrumado. Las ideas se me escapaban: imposible retenerlas, caían resbalando por una abrupta pendiente… ¿Qué me ocurría? Si la razón flaqueaba, cuanto antes perdiera la conciencia mejor que mejor. La idea de una extinción inmediata despertó en mi una esperanza inexpresable, irrealizable.

No valía la pena ir en busca de Snaut o Sartorius, nadie podía comprender plenamente lo que yo acababa de vivir, lo que había visto, lo que había tocado con mis propias manos. Había una única explicación, una única salida: la locura. Sí, era eso, desde mi llegada aquí me había vuelto loco. Las emanaciones del océano me habían atacado el cerebro; las alucinaciones se sucedían; de nada servía que tratara de resolver enigmas ilusorios. Tenía que solicitar auxilio médico, llamar por radio al *Prometeo*o alguna otra nave, enviar un S.O.S.

Un cambio inesperado se operó en mí: el pensamiento de que me había vuelto loco me devolvió la calma.

Sin embargo, yo había oído claramente las palabras de Snaut… Si era que Snaut existía, y si yo había hablado alguna vez con él. Era posible que las alucinaciones hubieran comenzado mucho antes. ¿Me encontraba quizá a bordo del *Prometeo*? Una enfermedad mental me había atacado de pronto, y yo enfrentaba ahora las creaciones de un cerebro delirante. No obstante, si yo estaba enfermo, podía pensar al menos que quizá me curaría, y alentar una esperanza de liberación, esperanza a la que debía renunciar si atribuía alguna realidad a aquellas embrolladas pesadillas.

Lo primero que yo podía hacer, me pareció, era idear alguna prueba —*experimentum crucis*—que revelase si yo en verdad había enloquecido, y era víctima de los espejismos de mi imaginación, o que mis experiencias habían sido reales, aunque parecieran absurdas e inverosímiles. Mientras daba vueltas a todo esto en mi cabeza, yo miraba el monorriel que elevaba la rampa de lanzamiento: una viga de acero de color verde pálido que corría a un metro por encima del suelo. En algunos sitios el barniz se descascaraba, desgastado por el frotamiento de los transportadores de cohetes. Toqué el acero, sentí cómo se calentaba bajo mis dedos, y lo golpeé con mis nudillos. ¿Era posible que el delirio alcanzara un nivel de realidad semejante? Sí, me respondí a mí mismo. Al fin y al cabo, ese era mi dominio, yo conocía el tema.

Pero ¿era posible idear un experimento clave? No, me dije, es imposible, pues mi cerebro enfermo (si está enfermo) creará las ilusiones que yo le pida. Aun en sueños, y disfrutando de buena salud, hablamos con desconocidos, les hacemos preguntas, y escuchamos las respuestas. Además, aunque nuestros interlocutores sean en realidad creaciones de nuestra propia actividad psíquica, desarrolladas mediante un

proceso seudoindependiente, mientras esos inter-locutores no nos han hablado, ignoramos qué frases nos dirán. Y sin embargo, esas frases han sido formuladas por una parte distinta de nuestra mente; tendríamos que conocerlas en el instante mismo en que las pensamos para ponerlas en labios de criaturas ficticias. No importaba pues el experimento, ni el modo de llevarlo a cabo. Yo siempre podía comportarme como si estuviese soñando. Si Snaut o Sartorius no existían realmente, de nada servía hacerles preguntas.

Pensé en tomar alguna droga poderosa, peyote, por ejemplo, u otra preparación que provocara alucinaciones coloreadas. Si yo luego tenía visiones, esto probaría que había vivido de veras los sucesos recientes, y que éstos eran parte de la realidad material circundante. Y en seguida pensé que no, que ésa no sería una experiencia clave, pues yo conocía los efectos de la droga (que elegiría yo mismo), y mi imaginación podía sugerirme una doble ilusión: haber ingerido la droga, y experimentar sus efectos.

Daba vueltas y vueltas y el círculo siempre se cerraba; no había modo de escapar. Nadie podía pensar sino con el propio cerebro, nadie podía verse desde el exterior y verificar el adecuado funcionamiento de los procesos internos… De pronto, se me ocurrió una idea, tan simple como eficaz.

Me levanté de un salto y corrí hasta la cabina de radio. La sala estaba desierta. Eché una ojeada al reloj eléctrico de pared. Faltaba poco para las cuatro, la cuarta hora en la noche, artificial de la Estación; afuera brillaba el sol rojo. Conecté rápidamente la transmisora de largo alcance, y mientras el aparato se calentaba, recapitulé mentalmente las principales etapas del experimento.

No recordaba la señal para llamar a la estación automática del satélite, pero la encontré en una cartulina que colgaba encima del tablero central. Envié el llamado en morse, y ocho minutos después me llegó la respuesta. El satélite, es decir, el cerebro electrónico del satélite, se anunció con una señal pulsátil.

Le pedí al satélite que me diera la posición de los meridianos galácticos que atravesaba cada veintidós segundos mientras giraba alrededor de Solaris, y ordené fracciones de cinco decimales.

Luego me senté y esperé la respuesta. Me llegó al cabo de diez minutos. Arranqué la cinta de papel recién impresa, evitando mirarla, y la escondí en un cajón. Retiré de la biblioteca algunas cartas celestes, tablas de logaritmos, un calendario que incluía la trayectoria diaria del satélite, algunos libros auxiliares, y me puse a buscar yo mismo la respuesta. Durante una hora o más ordené las ecuaciones. Hacía mucho tiempo, desde mis días de estudiante, que no trabajaba en estos cálculos. ¿A qué época se remontaba mi última hazaña? A la de mi examen de astronomía práctica, sin duda.

Llevé a cabo las operaciones con la ayuda de la enorme computadora de la Estación. Mi razonamiento era el siguiente: guiándome por los mapas galácticos, obtendría un resultado aproximado, que podría comparar como la información del satélite. Aproximado, pues la trayectoria del satélite estaba sujeta a variaciones muy complicadas, debidas a las fuerzas de gravitación de Solaris y los dos soles, y a las variaciones locales provocadas por el océano. Cuando yo tuviera las dos series de cifras, la proporcionada por el satélite y la calculada teóricamente a partir de la carta celeste, yo introduciría las rectificaciones necesarias; de ese modo, los dos grupos coincidirían hasta la cuarta decimal; las divergencias se advertirían en la quinta decimal, y a causa de la influencia imprevisible del océano.

Si las cifras obtenidas por el satélite no eran reales, sino el producto de mi mente extraviada, nunca coincidirían con la segunda serie. Mi cerebro estaba enfermo quizá, pero no hubiese podido en ninguna circunstancia rivalizar con la computadora de la Estación y resolver rápidamente en privado problemas matemáticos que requerían meses de trabajo. Por lo tanto si las cifras concordaban, la computadora de la Estación existía, yo la había utilizado realmente, y no era víctima de ningún delirio.

Las manos me temblaban cuando saqué del cajón la cinta telegráfica y la extendí junto a la cinta de papel de la computadora. Como lo había previsto, las dos series coincidían hasta la cuarta decimal. Las diferencias sólo aparecían en la quinta.

Guardé todos los papeles en el cajón. De modo que la computadora existía, y no dependía de mí, y los habitantes de la Estación también existían y eran reales.

Iba a cerrar el cajón cuando descubrí un número de hojas de papel, cubiertas de cálculos impacientemente borroneados. Una simple ojeada me reveló que ya alguien había intentado un experimento semejante al mío, pidiéndole al satélite las medidas del albedo de Solaris a intervalos de cuarenta segundos.

Yo no estaba loco. El último rayo de esperanza se había extinguido. Desconecté la emisora, bebí el caldo que quedaba en el fondo del termo y me fui a dormir.

Harey

La desesperación y una especie de rabia muda me habían mantenido en pie mientras trabajaba en la computadora. Ahora, muerto de cansancio, no me daba maña para volver una cama mecánica; olvidándome

de soltar los ganchos, me colgué de la manivela con todo mi peso y el armazón se desplomó.

Me arranqué las ropas, las tiré lejos de mí, y me dejé caer sobre la almohada, sin tomarme el trabajo de inflarla adecuadamente. Me dormí con las luces encendidas.

Abrí los ojos, con la impresión de haber dormitado unos pocos minutos. Una penumbra roja flotaba en el cuarto. El calor había disminuido; me sentía mejor. Me quedé así acostado, las mantas recogidas a los pies, completamente desnudo. Las cortinas estaban corridas a medias, y allá, frente a mí, junto al cristal iluminado por el sol rojo, había una figura sentada. Reconocí a Harey. Llevaba un vestido de playa blanco ceñido en los pechos; tenía las piernas cruzadas y los pies desnudos; inmóvil, apoyada en los brazos tostados por el sol, me miraba por debajo de las pestañas negras: Harey, con los cabellos oscuros recogidos atrás. La observé larga, apaciblemente. Mi primer pensamiento me reconfortó: yo estaba soñando, y sabía que soñaba. Sin embargo, hubiera preferido que ella desapareciese. Cerré los ojos y traté de ahuyentar ese sueño. Cuando los abrí de nuevo, Harey seguía allí sentada. Tenía los labios fruncidos, gesto habitual en ella, como si fuera a silbar; pero me miraba gravemente. Recordé mis especulaciones de la víspera a propósito de los sueños. Harey no había cambiado desde que yo la viera por última vez; en aquel entonces era una joven de diecinueve años. Ahora debía de tener veintinueve; pero parecía evidente que los muertos no cambian, y se mantienen eternamente jóvenes. Harey seguía mirándome con una expresión de sorpresa en la cara. Me dije que la ahuyentaría arrojándole algo, pero no me atreví —ni siquiera en sueños— a hacer daño a una muerta.

— Pobrecita — murmuré—, ¿has venido a visitarme?

El sonido de mi voz me aterró; la habitación, Harey, todo parecía demasiado real.

Un sueño en relieve, ligeramente coloreado… En el suelo había unas cosas que yo había visto al acostarme. Cuando despierte, me dije, comprobaré si están realmente ahí, o si sólo las he visto en sueños, como a Harey…

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? — le pregunté.

Me di cuenta de que yo hablaba en voz muy baja, como un hombre que teme que lo escuchen del otro lado de la puerta. ¿Por qué preocuparse, en sueños, de oídos indiscretos?

El sol se elevaba por encima del horizonte. Buena señal. Yo me había acostado en un día rojo, al que sucedería un día azul, seguido por otro día rojo. Yo no había dormido quince horas de un tirón… ¡de modo que era un sueño!

Tranquilizado, miré a Harey con atención. El sol la iluminaba a contraluz; los rayos purpúreos le doraban la piel aterciopelada de la mejilla izquierda, y la sombra de las pestañas le caía oblicuamente en la cara. ¡Qué hermosa era! Y yo, terriblemente preciso, aún en sueños, acechando los movimientos del sol, esperando ver aparecer el hoyuelo en aquel sitio insólito, un poco por debajo de la comisura de los labios. De todas maneras, hubiera preferido despertarme. El trabajo me esperaba. Cerré con fuerza los ojos.

Oí un crujido metálico y miré de nuevo. Harey se había sentado a mi lado, en la cama; seguía observándome con ojos graves. Le sonreí; ella sonrió y se inclinó. Nos besamos; un primer beso tímido un beso de niños. Después, otros besos. La besé largamente. ¿Eran estas las experiencias de un sueño? me pregunté. No estaba traicionando el recuerdo de Harey, soñaba con ella. Jamás me habla ocurrido nada parecido. ¿Comenzaba acaso a inquietarme? Me repetía una y otra vez que todo aquello era un sueño, pero el corazón se me oprimía.

Me preparé a saltar fuera de la cama; estaba casi seguro de que no podría hacerlo; muy a menudo, en sueños, el cuerpo embotado se niega a obedecer. Yo esperaba, no obstante, que ese intento me arrancara del sueño. No me desperté; me senté, con las piernas colgando fuera de la cama. Todo era inútil, tenía que soportar hasta el fin ese sueño… Mi buen humor se había desvanecido. Estaba asustado.

—¿Qué… —pregunté, carraspeando— qué quieres?

Mis pies desnudos tantearon el suelo, buscando un par de zapatillas. Un borde afilado se clavó brutalmente en mi dedo; ahogué un grito. Esto me despertará, pensé con satisfacción, y entonces recordé que no tenía zapatillas.

Pero aquello continuaba… Harey había retrocedido y se apoyaba ahora en la barra de la cama, observándome con apacible interés.

¡Pronto, una ducha! Comprendí en seguida que una ducha, en sueños, no me despertaría.

—¿De dónde vienes?

Ella me tomó la mano, y en un movimiento que me era, muy familiar, la lanzó por el aire, la atrapó otra vez y jugueteó con los dedos.

— No sé —dijo—. ¿Estás enfadado?

Era la voz de Harey, una voz de entonaciones profundas, un poco ausente, como si no le importara mucho lo que estaba diciendo, ya interesada en otra cosa. La gente la había creído irreflexiva, y aun insolente, pues no perdía nunca aquella expresión de vaga extrañeza.

—¿Quién… quién te vio?

— No sé. Llegué sin dificultades. Kris, ¿es importante? — Harey continuaba masajeándome los dedos, pero ahora parecía algo preocupada.

— Harey…

—¿Qué, mi querido?

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

Harey reflexionó. Una sonrisa — tenía los labios de color cereza— le descubrió los dientes.

—¡Ninguna idea! Raro, ¿no? Cuando entré, tú dormías. No te desperté, te enojas con tanta facilidad… Tienes muy mal carácter.

Me apretó la mano.

—¿Fuiste abajo?

— *Si,* está todo helado. Me escapé.

Me soltó la mano, y se echó de espaldas en la cama. Tenía todo el pelo caído a un costado, y me miró con esa leve sonrisa que me había irritado tanto antes de seducirme.

— Pero, Harey — balbuceé.

Me incliné sobre ella y le levanté la manga corta del vestido. Allí, encima de la cicatriz de la vacuna, había un punto rojo, la marca de una aguja hipodérmica. No me sorprendió (instintivamente yo me obligaba a sondear lo inverosímil, tratando de componer con distintos fragmentos una verdad coherente); no obstante sentí vértigo.

Toqué con el dedo el punto rojo, con el que todavía soñaba después de tantos años, con el que había soñado tantas veces, siempre despertando con un sollozo, y siempre en la misma posición, doblado en dos entre las sábanas arrugadas, así como yo la había encontrado a ella, ya casi fría, como si yo hubiese tratado de revivir durmiendo lo que ella había vivido, como si, más allá del tiempo, yo hubiese esperado que ella me perdonara o que hubiera podido acompañarla los últimos minutos cuando ella empezó a sentir los efectos de la inyección y el terror la dominó de pronto. Ella, que se asustaba de un simple rasguño, que no soportaba el dolor, ni la vista de la sangre, ella había cometido deliberadamente aquel acto horrible, sin dejarme nada más que unas pocas palabras borroneadas. Yo había conservado la nota en mi cartera de bolsillo; ahora era un billete descolorido y gastado pero nunca me había atrevido a destruirlo. La había imaginado tantas veces escribiendo aquellas palabras, haciendo los últimos preparativos… Yo me decía a mí mismo que ella había tramado una comedia, que sólo había querido asustarme, y que había tomado una dosis excesiva por error. Todos me decían que así había ocurrido, sin duda, o que había sido una decisión ciega, resultado de una súbita depresión. Pero nadie sabía lo que yo le había dicho cinco días antes; no sabían que para ahondar un poco más la herida yo me había llevado mis cosas y que ella, mientras yo cerraba mis valijas, me había preguntado con mucha tranquilidad: « ¿Sabes lo que esto significa? » Y yo había puesto cara de no entender a pesar de que entendía perfectamente, pero me decía a mí mismo que ella era cobarde, y hasta llegué a decírselo a ella… Y ahora, ella estaba allí, acostada de través en la cama y me miraba atentamente, como si no supiera que era yo quien la había matado.

—¿Y bien? — me preguntó Harey.

Las pupilas de Harey reflejaban el sol rojo; toda la alcoba estaba roja. Harey se miró el brazo con interés, pues yo había estado examinándola tanto tiempo, y cuando me retiré, apoyó la mejilla fresca en el hueco de mi mano.

— Harey — tartamudeé— es imposible…

— Cállate.

Yo alcanzaba a distinguir el movimiento de los ojos de Harey, bajo los párpados cerrados.

—¿Dónde estamos, Harey?

— En casa.

—¿Dónde queda eso?

Un ojo se entreabrió y se cerró instantáneamente. Las largas pestañas me hicieron cosquillas en la palma de la mano.

—¡Kris!

—¿Qué?

— Estoy bien.

Levantando la cabeza, vi reflejada en el espejo del lavabo una parte de la cama; una masa de cabellos suaves, los cabellos de Harey, y mis rodillas desnudas. Con la punta del pie traje hacia mí uno de los objetos informes que había sacado de la caja y lo recogí con la mano libre. Era una varilla fusiforme, con un extremo puntiagudo como una aguja. Apliqué la punta contra mi piel y la hundí, justo al lado de una pequeña cicatriz rosada. El dolor me sacudió todo el cuerpo. Miré la sangre que me corría por el interior del muslo y goteaba sin ruido sobre el piso.

Para qué, para qué… Me asaltaban pensamientos aterradores, pensamientos que estaban tomando una forma definida. Había dejado de decirme: « Es un sueño ». No lo creía. Ahora pensaba: « Necesito defenderme ».

Le examiné los hombros, la cadera ceñida por el vestido blanco, los pies desnudos que colgaban… Me incliné, le tomé delicadamente un tobillo y le pasé los dedos por la planta del pie.

La piel era suave, como de recién nacido.

Supe entonces que ella no era Harey, y estaba casi seguro de que ella en cambio no lo sabía.

El pie descalzo se movió, una risa silenciosa abrió los labios de Harey.

— Quieto… — murmuró.

Retiré con cautela la mano que sostenía la mejilla de Harey y me incorporé. Me vestí de prisa. Ella se levantó y me observaba.

—¿Dónde tienes tus ropas? — le pregunté.

Y en seguida me arrepentí de mi pregunta.

—¿Mis ropas?

— Cómo, ¿no tienes más que este vestido?

A partir de entonces, proseguí el juego con los ojos bien abiertos. Traté de parecer despreocupado, indiferente, como si nos hubiéramos separado el día anterior.. no, | como si nunca nos hubiésemos separado!

Ella se puso de pie; con un gesto familiar, rápido y seguro, se tironeó de la falda desarrugándola. Mis palabras la habían turbado, pero no habló. Por primera vez recorrió el cuarto con mirada curiosa, inquisitiva; luego dijo, perpleja:

— No sé… —Abrió la puerta del ropero. — ¿Aquí dentro quizá?

— No, ahí dentro sólo hay ropa de trabajo.

Encontré una máquina eléctrica junto al lavabo y empecé a afeitarme, sin dejar de mirar a Harey.

Ella iba y venía, mirando por todas partes. Al fin echó un vistazo fuera de la ventana y se me acercó.

— Kris, tengo la impresión de que ha ocurrido algo…

Se interrumpió; yo había desconectado la afeitadora; esperaba.

— Tengo la impresión de haber olvidado algo — prosiguió—, de haber olvidado muchas cosas… Sólo me acuerdo de ti… No me acuerdo de nada más.

Yo la escuchaba tratando de parecer impasible.

—¿Acaso… acaso estuve enferma? — preguntó.

— Oh… sí, en cierto sentido. Sí, estuviste un poco enferma.

— Ah, claro, eso explica las lagunas de mi memoria.

Se había animado otra vez. Jamás podré describir lo que yo sentía entonces, mientras miraba cómo iba y venía, ahora sonriente, ahora seria, habladora en un momento, silenciosa en el siguiente, sentándose y levantándose otra vez. Mi espanto cedía ante la convicción de tener allí a Harey frente a mí, mientras al mismo tiempo la razón me decía que ella parecía de algún modo estilizada, reducida a algunas expresiones, a algunos gestos, a ciertos movimientos característicos.

De pronto, se aferró a mí, apretando los puños contra mi pecho.

—¿Qué nos pasa, Kris? ¿Está todo bien? ¿Algo anda mal?

— Mejor imposible.

Harey sonrió débilmente.

— Cuando contestas así, es porque todo anda bastante mal.

—¡Qué ocurrencia! — dije precipitadamente—. Harey, querida, ahora tengo que salir, espérame. — Y agregué, pues empezaba a sentir mucha hambre — ¿Querrías comer tal vez?

—¿Comer? — Ella meneó la cabeza. — No.. ¿tengo que esperarte?… ¿mucho tiempo?

— Sólo una hora.

— Voy contigo.

— No puedes ir conmigo, tengo que trabajar.

— Voy contigo.

Había cambiado; no, no era Harey: Harey nunca imponía su presencia, no, la otra no se imponía jamás.

— Es imposible, mi querida…

Ella me miró de arriba abajo. De pronto, me tomó la mano. Y mi mano se demoró, subió lentamente a lo largo de un brazo tibio y pleno. A pesar de mí mismo, estaba acariciándola. Mi cuerpo reconocía su cuerpo, mi cuerpo la deseaba, mi cuerpo me llevaba hacia ella, más allá de la razón, más allá de toda reflexión, más allá del miedo.

Procurando conservar la calma, repetí:

— Harey, es imposible, tienes que quedarte.

En el cuarto resonó una sola palabra.

— No.

—¿Por qué?

— No… no sé. —Harey miró alrededor y luego alzó de nuevo los ojos. — No puedo — dijo en un susurro.

— Pero ¿por qué?

— No sé. No puedo. Me parece… me parece… — buscaba la respuesta, y cuando la descubrió, fue para ella una revelación—, ¡Me parece que debo verte siempre!

El tono perentorio no correspondía a una declaración de afecto; se trataba sin duda de otra cosa. Tal comprobación modificó abruptamente, aunque no de manera visible, la naturaleza de mi abrazo.

La tenía en mis brazos; la miraba a los ojos. Insensiblemente, con un movimiento instintivo, empecé a tironearle de las manos hacia atrás, y cuando estuvieron juntas, mi mirada recorrió ansiosamente la habitación; necesitaba una cuerda para atarle las manos.

De pronto ella juntó los codos y hubo un breve forcejeo.

No resistí más de un segundo. Derribado de espaldas, con las puntas de los pies rozando el suelo, ni aun un atleta hubiera conseguido zafarse. Harey se irguió y dejó caer los brazos a los costados; su rostro, débilmente iluminado por una sonrisa incierta, no había participado en la lucha.

Me observaba con un interés apacible, como al principio, cuando yo me había despertado. Como si mi desesperado intento no la hubiese conmovido; como si no se hubiera dado cuenta de nada; como si hubiese ignorado mi crisis de pánico. Erguida ante mí, esperaba: grave, pasiva, un poco sorprendida.

Abandonando a Harey en el centro del cuarto, fui hacia la repisa del lavabo. ¡Yo había caído en una trampa insensata y quería salir a toda costa! Si alguien me hubiese preguntado qué sentía yo exactamente, y qué significaba todo aquello, yo hubiera sido incapaz de balbucear tres palabras. Pero entendía ahora que mi situación era idéntica a la de los otros habitantes de la Estación, que todo cuanto yo había vivido, aprendido o entrevisto formaba parte de una misma cosa, de un todo aterrador e incomprensible. Sin embargo, en ese preciso instante trataba simplemente de encontrar un truco, un modo de huir. Sin volverme, sentía clavada en mí la mirada de Harey. Empotrado en la pared, encima de la repisa del lavabo, había un pequeño botiquín de primeros auxilios. Lo examiné apresuradamente. Encontré los medicamentos, un frasco de comprimidos somníferos; lo destapé y eché cuatro comprimidos — la dosis máxima— en un vaso. Actuaba abiertamente, sin esforzarme demasiado por disimular mis actos y mis gestos. ¿Por qué? No me lo pregunté. Llené el vaso con agua caliente.

Cuando los comprimidos se disolvieron, me acerqué a Harey, que había permanecido de pie.

—¿Estás enojado? — me preguntó en voz baja.

— No. ¡Bebe!

Yo había previsto inconscientemente que ella me obedecería. En efecto, aceptó en silencio el vaso y lo bebió de un sorbo. Dejé el vaso vacío sobre un taburete y fui a sentarme en un rincón del cuarto, entre el ropero y la biblioteca.

Harey me siguió; se sentó en el suelo con un movimiento familiar, recogiendo las piernas y apartando el cabello de la cara. Yo ya no me engañaba, no era ella; y sin embargo, reconocía sus más mínimos gestos. El horror me oprimía la garganta. Y lo más espantoso era que yo tenía que actuar con cierta astucia, fingir que la tomaba por Harey, ya que ella misma creía sinceramente que era Harey. De esto yo estaba seguro, si aún podía estar seguro de algo.

Se había apoyado contra mis rodillas; sus cabellos me rozaban la mano. Así nos quedamos un tiempo. De vez en cuando yo echaba una ojeada a mi reloj. Pasó media hora; el somnífero tenía que haber empezado a actuar. Harey masculló unas palabras.

—¿Qué dices?

Ella no respondió.

Atribuí ese silencio a la pesadez del sueño; aunque en verdad dudaba secretamente de la eficacia de las pastillas. ¿Por qué? No lo sabía. Quizá porque mi subterfugio me parecía demasiado fácil.

Lentamente la cabeza de Harey se deslizó a lo largo de mis rodillas, los cabellos oscuros le ocultaron el rostro; respiraba regularmente; dormía. Me incliné, con el propósito de llevarla a la cama. Abriendo bruscamente los ojos, Harey me echó los brazos al cuello, y estalló en una carcajada aguda.

Quedé paralizado. Harey no cabía en sí de gozo. Me observaba entornando los párpados, con una expresión a la vez ingenua y maliciosa. Volví a sentarme tieso, perplejo, desconcertado. Un último acceso de risa sacudió a Harey; luego se apretujó contra mis piernas.

Le pregunté, con una voz inexpresiva:

—¿Por qué te ríes?

Una vez más el rostro de Harey expresó sorpresa, e inquietud. Sin duda deseaba darme una explicación

honesta. Se frotó la nariz y suspiró.

— No sé —dijo al fin, sinceramente sorprendida—. Me estoy comportando como una idiota ¿no?… Pero tú también, tienes todo el aspecto de un idiota, tieso y solemne como… como Pelvis.

Creí haber oído mal.

—¿Cómo quién?

— Como Pelvis, tú sabes quién, el gordo…

Harey no podía en ningún caso conocer a Pelvis, ni haberme oído hablar de él, por la sencilla razón de que Pelvis había vuelto de una expedición tres años después que ella muriera. Yo no lo había conocido antes e ignoraba por consiguiente que tuviese una tendencia inveterada, cuando presidía las reuniones del Instituto, a prolongar indefinidamente las sesiones. Por lo demás, se llamaba Pelle Villis, y no supe hasta su regreso que lo habían apodado Pelvis.

Harey apoyó los codos sobre mis rodillas y me miró a los ojos. Yo le toqué los brazos; mis manos subieron hasta los hombros y el nacimiento del cuello desnudo, que palpitaba bajo mis dedos. Podía suponerse que la estaba acariciando; por lo demás, a juzgar por su mirada, ella no interpretaba de otra manera el contacto de mis manos. En realidad, yo estaba comprobando una vez más que su cuerpo era tibio al tacto, un simple cuerpo humano, con músculos, huesos, articulaciones. Mientras la miraba a los ojos con dulzura, sentí el horrendo deseo de cerrar bruscamente las manos.

De pronto, recordé las manos ensangrentadas de Snaut, y la solté.

— Cómo me miras — dijo ella serenamente.

El corazón me latía con tal fuerza que me fue imposible hablar. Cerré los párpados. En ese mismo momento se me ocurrió un plan, completo y minucioso. Sin perder un instante me puse de pie.

— Tengo que salir, Harey. Si de veras quieres ir conmigo, te llevo.

Harey se levantó de un salto.

— Bueno.

Abrí el armario y mientras escogía un traje para cada uno de nosotros, le pregunté;

—¿Por qué estás descalza?

Me respondió con voz vacilante:

— No sé… Debo de haber dejado los zapatos en alguna parte.

No insistí.

— Para ponerte esto, tendrás que sacarte el vestido.

—¿Un traje del espacio… por qué?

Trató de quitarse el vestido, pero entonces se puso en evidencia un hecho singular: ¡la imposibilidad de desabrochar un vestido que no tenía broches! Los botones rojos de la blusa eran simples adornos. No había cierres, ni de cremallera ni ningún otro. Harey sonreía, turbada.

Como si fuese algo normal, tomé una especie de escalpelo y rasgué la tela de la espalda, desde el cuello hasta la cintura. Harey se quitó el vestido por encima de la cabeza.

Se puso el traje de vuelo, holgado en demasía, y en el momento en que salíamos, me preguntó:

—¿Vamos a volar? ¿Tú también?

Yo me limité a sacudir la cabeza. Temía encontrar a Snaut. Pero no había nadie en la rotonda; la puerta que llevaba a la cabina de radio estaba cerrada.

Un silencio de muerte flotaba aún sobre la cubierta de la estación. Harey seguía atentamente mis movimientos. Abrí un hangar y examiné la embarcación; verifiqué sucesivamente el estado del microrreactor, el funcionamiento de los comandos y los difusores. Luego de retirar la cápsula vacía del zócalo, bajo el embudo de la cúpula, orienté hacia la pista inclinada la vagoneta eléctrica que transportaba el proyectil.

Había escogido un vehículo pequeño utilizado para intercambiar suministros entre la Estación y el sateloide, y que sólo transportaba hombres en ocasiones excepcionales, pues no se abría desde dentro. La elección tenía en cuenta mi plan. Yo no había pensado, por supuesto, en lanzar el cohete; sólo simulaba los preparativos de una verdadera partida. Harey, que tantas veces me acompañara en el curso de mis viajes, conocía hasta cierto punto las maniobras preliminares. Verifiqué asimismo, en el habitáculo, el buen funcionamiento de la climatización y la entrada del oxígeno; conecté el circuito central y los indicadores del tablero se iluminaron. Salí y le dije a Harey que esperaba al pie de la escalera:

—¡Entra!

—¿Y tú?

— Yo entraré después. Tengo que cerrar la escotilla detrás de nosotros.

No me pareció que ella sospechara. Cuando desapareció en el interior, asomé la cabeza por la abertura y le pregunté:

—¿Estás cómoda?

Oí un « sí » apagado, ahogado por la exigüidad de la cabina. Me agaché y cerré de golpe la escotilla. Eché los dos cerrojos; ajusté las cinco tuercas de seguridad con la llave especial que yo había traído.

El cigarro ahusado se erguía, vertical, como si realmente fuese a partir hacia el espacio. Ningún peligro amenazaba a la cautiva; los recipientes de oxígeno estaban llenos, y en el habitáculo había víveres; además, no me proponía tenerla allí prisionera indefinidamente.

Necesitaba con desesperación dos horas de libertad, para concentrarme y tomar alguna decisión, y elaborar con Snaut una técnica común.

En el momento en que ajustaba la penúltima tuerca, sentí que el cohete se ponía a vibrar; pensé que acaso lo habría sacado de quicio al manejar impetuosamente mi enorme llave. Sin embargo, cuando levanté la cabeza, asistí a un espectáculo que espero no volver a ver.

Todo el cohete temblaba, sacudido violentamente desde el interior. Ni un robot de acero hubiera podido estremecer de ese modo una mole de ocho toneladas, y sin embargo quien estaba en la cabina era sólo una muchacha grácil, una joven de cabellos oscuros.

Los reflejos de las lámparas temblaban sobre la pulida cápsula del cohete. Yo no oía los golpes; en el interior del proyectil todo estaba en silencio. Pero los pedestales del zócalo vibraban como cuerdas. Las sacudidas eran tan violentas que yo temía ver desmoronarse todo el andamiaje.

Ajusté con mano vacilante la última tuerca, tiré la llave y salté al pie de la escala. Mientras retrocedía unos pasos, vi que los amortiguadores, preparados para resistir una presión continua, se estremecían frenéticamente. Me pareció que la envoltura del cohete se contraía de algún modo.

Me precipité al tablero de control, y alcé con ambas manos la palanca de arranque. En ese momento, el altoparlante conectado al interior del cohete emitió un sonido penetrante… no un grito, un sonido que no se parecía a una voz humana, y sin embargo distinguí confusamente mi nombre, repetido varias veces:

—¡Kris! ¡Kris! ¡Kris!

Me abalancé sobre las palancas con una violencia desordenada. Me lastimé los dedos, que empezaron a sangrar. Un resplandor azul, una pálida aurora, iluminó los muros. Torbellinos de polvo vaporoso brotaron alrededor de la plataforma; el polvo se transformó en una columna de chispas violentas, y los ecos de un rugido poderoso cubrieron todos los otros « ruidos. Tres llamas, confundidas al instante en una sola pira de fuego, levantaron el cohete, que subió por la abertura de la cúpula. La estela incandescente ondeó y se extinguió. Los postigos volvieron a cerrarse sobre el orificio del foso; los ventiladores automáticos comenzaron a aspirar el humo sofocante que se movía en olas por el recinto.

En realidad, todo esto lo reconstruí más tarde; no sé con certeza lo que vi en esos momentos. Aferrado al tablero de mando, sintiendo que el calor me quemaba la cara y me chamuscaba los cabellos, yo aspiraba a bocanadas el aire acre, una mezcla de gases de combustión interna y el ozono desprendido de la ionización. En el momento del lanzamiento, yo había cerrado instintivamente los ojos, pero el resplandor había atravesado mis párpados. Durante un rato, no vi más que espirales negras, rojas, doradas, que se dispersaban poco a poco. Los ventiladores continuaban gimiendo; el humo, la bruma, el polvo se disipaban.

La haz verdosa de la pantalla del radar atrajo mi mirada. Manipulando de prisa las llaves, traté de localizar el cohete. Cuando lo encontré, volaba ya más allá de la atmósfera.

Nunca había lanzado un proyectil de manera tan aberrante y ciega, sin preocuparme por ajustar la velocidad y la dirección. No conocía la potencia del vehículo y temí una catástrofe de consecuencias incalculables. Decidí que lo más sencillo era poner el cohete en órbita circular, a una distancia de aproximadamente mil kilómetros de Solaris, y apagar entonces los propulsores. Verifiqué en las tablas que una órbita de mil kilómetros era estacionaria. Esto no arreglaba nada, por supuesto, pero no se me ocurría otra solución.

No tuve el coraje de conectar el altoparlante, que había callado después del lanzamiento. No, no quería exponerme a oír de nuevo aquella voz terrible, que ya nada tenía de humano. Me creía autorizado a pensar que había vencido a todos aquellos simulacros, y que más allá de las alucinaciones y contra toda expectativa, volvía a encontrarme con Harey, la verdadera Harey, a quien la hipótesis de la locura hubiera destruido del todo.

A la una abandoné la cubierta de la estación.

El « Pequeño Apócrifo »

Tenía la cara y las manos quemadas. Recordé que mientras buscaba un somnífero para Harey (no estaba con humor para reírme de mi candidez), había visto un pote de ungüento. Volví pues a mi cabina.

Abrí la puerta; el crepúsculo rojo alumbraba la estancia. Alguien estaba sentado en el sillón, junto al sitio donde Harey se había arrodillado. El terror me paralizó, un terror pánico que me impulsaba a huir, y

que sólo duró unos pocos segundos. La figura sentada levantó la cabeza. Era Snaut. Cruzado de piernas (llevaba siempre el mismo pantalón de lona, manchado por los reactivos), consultaba papeles; un gran fajo de papeles depositados junto a él, sobre una mesita. Soltó las hojas que tenía en la mano, se deslizó los anteojos hasta la punta de la nariz y me contempló con aire enfurruñado.

Sin una palabra, me acerqué al lavabo, saqué del botiquín el pote de ungüento y empecé a untarme la frente y las mejillas. Afortunadamente, la cara no estaba demasiado hinchada y los ojos, que había cerrado instintivamente, no parecían inflamados. En la sien y los pómulos me pinché varias ampollas grandes con una aguja esterilizada; el tapón aséptico recogió un líquido seroso. Luego me apliqué sobre la cara dos trozos de gasa húmeda. Snaut no dejó de observarme todo el tiempo que duró la cura. Yo lo ignoré. Cuando al fin hube terminado (las quemaduras me dolían cada vez más), me senté en el otro sillón, del que tuve que retirar previamente el vestido de Harey: un vestido perfectamente común, pero desprovisto de broches.

Snaut, con las manos unidas alrededor de una rodilla puntiaguda, me observaba en actitud crítica.

— Bueno, ¿charlamos un poco? — dijo.

No le contesté; estaba ocupado en reacomodar un trozo de gasa que resbalaba a lo largo de mi mejilla.

— Tuviste una visita ¿no?

— Sí —repuse secamente.

Snaut había iniciado la conversación en un tono que me resultaba desagradable.

—¿Y te la sacaste de encima? Bueno, bueno, eso se llama ser expeditivo.

Se tocó la frente, que todavía estaba despellejándose, poniendo al descubierto superficies rosadas de epidermis nueva. Yo estaba perplejo. ¿Cómo, hasta ese momento, no había entendido las implicaciones de las « quemaduras de sol » de Snaut y Sartorius? ¡Quemaduras de sol! Aquí nadie se exponía al sol.

Snaut prosiguió sin advertir ningún cambio en mí:

— Supongo que no recurriste en seguida a los métodos extremos. ¿Qué intentaste? ¿Narcosis, veneno, lucha libre?

—¿Quieres discutir seriamente asuntos que nos interesan o seguirás haciéndote el tonto? Si tienes ganas de hacerte el tonto, puedes marcharte.

Snaut entornó los párpados.

— A menudo uno se hace el tonto sin quererlo… ¿No probaste la soga o el martillo? ¿Y el tinterazo preciso, como Luther? ¿No? — Hizo una mueca. — ¡Magnífico ejemplar! El lavabo está intacto, no te destrozaste la cabeza contra las paredes, no echaste abajo el cuarto. ¡Una, dos, te embarco en el cohete, te marchas y asunto arreglado! — Consultó el reloj. — Disponemos de dos o tres horas. ¿Te molesta? — concluyó con una sonrisa desagradable.

— Sí —dije secamente.

— Ah… Y si yo te contara un cuento ¿me creerías? ¿Creerías una sola palabra?

Yo callaba.

Snaut prosiguió, con aquella horrible sonrisa:

— Empezó con Gibarían. Encerrado en su cabina, sólo nos hablaba a través de la puerta. ¿Y qué crees que pensábamos nosotros?

No contesté.

— Claro, pensamos que se había vuelto loco. A través de la puerta, soltó algo… no todo. Te preguntas quizá por qué no nos dijo que había alguien con él. ¡Oh, *suum cuique*! Pero era un verdadero sabio. Nos rogó que le diéramos una oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

— Intentaba sin duda resolver el problema, ponerlo en claro, clasificarlo. Trabajaba de noche. ¿Sabes qué hacía? ¡Seguro que lo sabes!

— Esos cálculos, en el cajón de la cabina de radio… ¿son suyos?

— Sí.

—¿Y cuánto tiempo duró?

—¿La visita? Una semana, más o menos… Nosotros pensábamos que tenía alucinaciones, trastornos motores. Le di escopolamina.

—¿Cómo… a él?

— Sí. La aceptó, pero no para él. La probó con otro.

—¿Y vosotros?.

—¿Nosotros? El tercer día, habíamos decidido echar la puerta abajo, si no había otro remedio, pasar por alto su dignidad y curarlo.

— Ah…

— Sí.

— Y entonces, en ese ropero…

— Sí, hijo mío, sí. Pero mientras tanto también nosotros hablamos tenido visitas. Ya no podíamos ocuparnos de él, y contarle lo que pasaba. Ahora… se ha convertido en una rutina.

Había hablado tan bajo, que apenas oí las últimas palabras.

—¡Todavía no entiendo! — exclamé—. Si escuchabas junto a la puerta tenías que haber oído dos voces.

— No, sólo oíamos la voz de Gibarían. Había ruidos raros… pensábamos que también era él.

—¡Sólo la voz de Gibarían! ¿Cómo puede ser que no oyeran… al otro?

— No sé. Tengo los rudimentos de una teoría… pero la he abandonado por el momento. De nada sirve enredarse en detalles. Pero tú, algo viste ya ayer, si no nos hubieras tomado por locos.

— Creí que era yo el que se había vuelto loco.

— Ah… ¿y no viste a nadie?

— Vi a alguien.

—¿Quién?

Lo miré largamente (la mueca de Snaut ya no simulaba una sonrisa) y respondí:

— A esa… esa mujer negra. — Snaut estaba inclinado hacia adelante; mientras yo hablaba, el cuerpo se le distendió imperceptiblemente. — Hubieras podido prevenirme..

— Te previne.

—¡En qué forma!

— De la única forma posible. Yo no sabía a quién verías. Nadie podía saberlo, nadie sabe jamás…

— Escucha, Snaut, quisiera preguntarte… Tú… tú conoces… este fenómeno desde hace un tiempo. Ella… la persona que vino a visitarme hoy…

—¿Te preguntas si volverá?

Asentí.

— Sí y no — dijo Snaut.

—¿Qué significa eso?

— Ella… esa persona volverá, ignorándolo todo, como al comienzo de la primera visita. Más exactamente, no tendrá en cuenta que quisiste desembarazarte de ella. Si tú respetas las condiciones, no se mostrará agresiva.

—¿Qué condiciones?

— Eso depende de las circunstancias.

—¡Snaut!

—¿Qué?

—¡Basta de subterfugios, por favor!

—¿Subterfugios? Kelvin, tengo la impresión de que aún no has entendido. — Le brillaron los ojos. — ¡Bueno! ¿Puedes decirme quién vino a visitarte? — preguntó brutalmente.

Yo tragué saliva, y volví la cabeza. No quería mirarlo. Hubiera preferido tener que hablar con otro y no con él. Pero yo no podía elegir. Un trozo de gasa se despegó y me cayó sobre la mano. Me sobresalté.

— Una mujer que… — Me detuve. — Se mató. Una inyección…

—¿Suicidio?

— Sí.

—¿Eso es todo?

Snaut esperaba. Viendo que yo no respondía, murmuró:

— No, no es todo..

Alcé rápidamente la cabeza; Snaut no me miraba.

—¿Cómo lo sabes? — Snaut no replicó.— En efecto, eso no es todo. — Me humedecí los labios. — Habíamos reñido. O mejor dicho, no. Fui yo, yo monté en cólera, tú sabes las cosas que uno dice en esos momentos. Recogí mis bártulos y me fui. Ella me había dado a entender… no lo había dicho con todas las palabras, cuando uno ha vivido años con alguien, no es necesario… Yo estaba seguro de que no hablaba en serio… que no se atrevería, que tendría miedo, y eso también se lo dije. Al día siguiente, recordé que había dejado esas… esas ampollas en el cajón. Ella las conocía; yo las había traído del laboratorio, las necesitaba; le había explicado que en dosis altas la acción era fulminante… Tuve miedo, quise volver a buscar las ampollas; en seguida me dije que eso daría la impresión de que yo me la tomaba en serio. El tercer día, me decidí, estaba preocupado. Cuando llegué, ya había muerto.

— Ah, pobre inocente.

Me sobresalté. Pero Snaut no se burlaba de mí. Me pareció que lo veía por primera vez. Tenía el rostro gris; las arrugas profundas de las mejillas revelaban un cansancio indecible. Snaut parecía un hombre muy enfermo.

Extrañamente intimidado, le pregunté:

—¿Por qué dijiste eso?

— Porque es una historia trágica. — Viendo que yo me inquietaba, agregó precipitadamente — No, todavía no entiendes. En efecto, es una carga terrible, y tú sin duda te consideras un asesino, pero… hay cosas peores.

—¿Peores?

— Sí, peores, y me alegro de que me creas. Hay cosas que ocurren y son horribles. Pero lo más horrible es… lo que no ha ocurrido, lo que nunca existió.

—¿Qué? —dije con voz débil.

Snaut meneaba la cabeza.

— Un hombre normal — dijo—. ¿Qué es un hombre normal? ¿Aquel que nunca cometió nada abominable? Bueno ¿pero no tuvo nunca pensamientos desordenados? Quizá ni siquiera eso… Algo, un fantasma, pudo haber surgido en él alguna vez, hace diez o treinta años, algo que él rechazó, y que ha olvidado; algo que no temía, pues sabía que nunca permitiría que cobrara fuerzas, que se manifestara de algún modo. Imagínate ahora que de pronto, en pleno día, vuelve a encontrar ese pensamiento, encarnado, clavado en él, indestructible. Se pregunta dónde está… ¿tú sabes dónde está?

—¿Dónde?

— Aquí —susurró Snaut—, en Solaris.

Titubeé.

—¿De qué se trata? Sin embargo, no sois criminales, ni tú ni Sartorius…

Me interrumpió con impaciencia.

—¡Y tú, Kelvin, dices que eres psicólogo! ¿Quién no ha tenido alguna vez un sueño despierto, quién no ha fantaseado una locura? Piensa en… en un maníaco que se enamora, qué sé yo, de una prenda de ropa interior sucia; que a fuerza de ruegos, de amenazas, desdeñando todos los peligros, adquiere ese miserable trapo idolatrado. Cosa rara ¿no? Un hombre que simultáneamente se avergüenza del objeto de su codicia y lo adora más que a todo en el mundo, un hombre dispuesto a sacrificar la vida por ese amor, pues experimenta quizá sentimientos tan vivos como los de Romeo y Julieta… Hay casos así ¿no es cierto? Tú comprendes entonces que deben de existir cosas… situaciones que nadie se ha atrevido a materializar y que el pensamiento ha engendrado por accidente, en un instante de desvarío, de demencia, llámalo como quieras. En la siguiente etapa, la idea se materializa. Eso es todo.

Estupefacto, con la garganta seca, repetí:

—¿Eso es todo? — La cabeza me estallaba. — ¿Y la Estación? ¿Qué tiene que ver la Estación?

— Se diría que te niegas a entender — gruñó Snaut, observándome—. He estado hablando de Solaris, sólo de Solaris, y de ninguna otra cosa. Si la realidad te hace daño, no tengo la culpa. Por otra parte, después de lo que has pasado, ¡puedes escucharme hasta el fin! Nos internamos en el cosmos preparados para todo, es decir para la soledad, la lucha, la fatiga y la muerte. Evitamos decirlo, por pudor, pero en algunos momentos pensamos muy bien de nosotros mismos. Y sin embargo, bien mirado, nuestro fervor es puro camelo. No queremos conquistar el cosmos, sólo queremos extender la Tierra hasta los lindes del cosmos. Para nosotros, tal planeta es árido como el Sahara, tal otro glacial como el Polo Norte, un tercero lujurioso como la Amazonia. Somos humanitarios y caballerescos, no queremos someter a otras razas, queremos simplemente transmitirles nuestros valores y apoderarnos en cambio de un patrimonio ajeno. Nos consideramos los caballeros del Santo-Contacto. Es otra mentira. No tenemos necesidad de otros mundos. Lo que necesitamos son espejos. No sabemos qué hacer con otros mundos. Un solo mundo, nuestro mundo, nos basta, pero no nos gusta como es. Buscamos una imagen ideal de nuestro propio mundo; partimos en busca de un planeta, de una civilización superior a la nuestra, pero desarrollada de acuerdo con un prototipo: nuestro pasado primitivo. Por otra parte, hay en nosotros algo que rechazamos; nos defendemos contra eso, y sin embargo subsiste, pues no dejamos la Tierra en un estado de prístina inocencia, no es sólo una estatua del Hombre-Héroe la que parte en vuelo. Nos posamos aquí tal como somos en realidad, y cuando la página se vuelve y nos revela otra realidad, esa parte que preferimos pasar en silencio, ya no estamos de acuerdo.

Yo había escuchado pacientemente.

— Pero ¿de qué hablas?

— De lo que todos queríamos: el contacto con otra civilización. ¡Se ha establecido el contacto! ¡El microscopio ya puede mostrarnos nuestra horrible fealdad, nuestra locura, nuestra vergüenza!

La voz le temblaba de rabia.

— Entonces ¿tú crees que es… el océano? ¿Que el océano provoca… esto? Pero ¿por qué? Todavía no pregunto cómo, pregunto ¡por qué! ¿Crees seriamente que trata de jugar con nosotros, o castigarnos?… ¡Demonomanía primaria! El planeta gobernado por un enorme demonio, que satisface las exigencias de un humor satánico enviando súcubos a los miembros de una expedición científica… ¡Snaut, no es posible que

creas en semejantes disparates¡

Snaut murmuró entre dientes:

— Ese demonio no es tan estúpido…

Lo miré perplejo. ¿Acaso los acontecimientos — admitiendo que los hubiésemos vivido con una mente sana— habían terminado por desequilibrarlo? ¿Psicosis de reacción?

Snaut reía en silencio.

—¿Estás formulando un diagnóstico? ¡No te apresures demasiado! Has soportado una sola prueba y en condiciones bastante benignas.

—¡Ah, el diablo tuvo piedad de mi!

La conversación empezaba a cansarme.

—¿Qué es lo que quieres exactamente? ¿Que te revele qué proyectos maquina para nosotros esta masa enorme de plasma metamórfico? Quizá ninguno.

—¿Cómo ninguno?

Snaut sonrió.

— Tú debieras saber que la ciencia sólo se ocupa de los fenómenos, no de las causas. ¿Los fenómenos? Empezaron a manifestarse ocho o nueve días después de esa experiencia con los rayos X. Tal vez el océano haya reaccionado a la irradiación con alguna otra irradiación, tal vez haya sondeado nuestros cerebros, encontrando ciertos quistes psíquicos.

Mi interés despertó.

—¿Quistes?

— Sí, procesos psíquicos aislados, encerrados, ahogados, enquistados; ¡focos latentes bajo las cenizas de la memorial Los descifró y se sirvió de ellos, como uno se sirve de una fórmula o de un plan de construcción.. Tú sabes cuánto se parecen las estructuras cristalinas asimétricas del cromosoma y las estructuras cristalinas asimétricas de la molécula del ácido desoxyrribonucleico que entra en la composición de los cerebrósidos y es el sustrato de los procesos de la memoria… Esta materia genética es un plasma « que recuerda ». El océano ha leído en nosotros, ha registrado los más mínimos detalles y luego… ya sabes cómo sigue. Pero ¿por qué razón? ¡Bah! En todo caso no para destruirnos. Hubiera podido aniquilarnos fácilmente. Al parecer, teniendo en cuenta sus recursos tecnológicos, hubiera podido hacer cualquier cosa, enfrentarme a tu sosia, enfrentarte al mío, por ejemplo.

—¡Ah! — exclamé—. ¡Ahora veo por qué tuviste miedo cuando llegué la primera noche!

— Sí. Además — agregó Snaut— ¿quién te dice que no lo haya hecho? ¿Cómo sabes si soy realmente el bueno de Rata Vieja, que desembarcó aquí hace dos años?

Volvió a reír en silencio, disfrutando de mi desconcierto; luego gruñó:

—¡No, no, basta de eso! Somos, tú y yo, felices mortales…, yo podría matarte, tú podrías matarme…

— Y a los otros, ¿no se los puede matar?

— No te aconsejo intentarlo: ¡horrible espectáculo!

—¿Nada puede matarlos?

— No sé. En todo caso, ningún veneno, ningún cuchillo, ninguna inyección…

—¿La pistola radiactiva?

—¿Te atreverías?

— Si sabes que no son humanos…

— En un cierto sentido subjetivo son humanos. Ignoran por completo de dónde vienen. Lo habrás comprobado sin duda.

— Sí. Entonces ¿qué pasa?

— Ellos… todo se regenera con una rapidez inconcebible, con una velocidad inverosímil, a ojos vista. Y vuelven a comportarse como…

—¿Cómo?

— Como nosotros los recordamos, como están grabados en nuestra memoria, y entonces…

Sin preocuparme por la pomada que me resbalaba por las mejillas y goteaba sobre mis manos, pregunté bruscamente:

—¿Gibarían sabía?

—¿Quieres decir… sabía como nosotros?

— Sí.

— Muy probablemente.

—¿Te dijo algo?

— No. Encontré un libro en su…

Me levanté de un salto.

—¡El *Pequeño Apócrífo*!

Snaut me miró de hito en hito, con desconfianza.

—¿Quién pudo hablarte?

Sacudí la cabeza.

— No, tranquilízate, ya ves que tengo la piel quemada y no se está regenerando. Gibarían dejó una carta para mí en la cabina.

—¿Una carta? ¿Qué te dice?

— No mucho. Una nota más que una carta, referencias bibliográficas; alusiones al suplemento del anuario y al *Apócrifo.* ¿Qué es ese *Apócrifo*?

— Una antigualla que algo tiene que ver con nuestra situación…, ¡toma!

Sacó de un bolsillo un librito encuadernado en cuero, de cantoneras raídas, y me lo tendió.

Tomé el volumen.

—¿Y qué pasa con Sartorius?

—¿Sartorius? Cada uno se las arregla como puede. Sartorius trata de no perder la cabeza; es decir, de preservar su respetabilidad de enviado en misión oficial.

—¿Te burlas?

— No, no me burlo. Ya me encontré una vez con él. No te aburriré con los detalles, pero éramos ocho y sólo teníamos quinientos kilos de oxígeno. Uno tras otro, fuimos abandonándonos, y al final éramos un equipo de barbudos, excepto Sartorius. Sartorius era el único que se afeitaba, que se lustraba los zapatos. El es así. Ahora, naturalmente, no puede hacer otra cosa que simular, representar uña comedia, o cometer un crimen.

—¿Un crimen?

— Tienes razón, no es la palabra adecuada. « ¡Divor-cio por eyección! » ¿Suena mejor?

—¡Muy gracioso!

— Si no te gusta, sugiéreme otra cosa.

— Oh, déjame en paz.

— No, hablemos seriamente. Ahora sabes casi tanto como yo. ¿Tienes un plan?

— Ninguno. No tengo la menor idea de lo que haré cuando… cuando ella vuelva. Pues volverá, si he comprendido bien.

— Has comprendido.

—¿Por dónde entran? El casco de la Estación es hermético. Quizá el blindaje…

Snaut meneó la cabeza.

— El blindaje está en perfectas condiciones. No sé por dónde entran. ¡Generalmente te esperan al despertar, y hay que dormir de vez en cuando!

— Podríamos levantar una barricada dentro de las cabinas.

— Las barricadas no resisten mucho tiempo. Sólo hay una escapatoria… tú sabes cuál.

Nos pusimos de pie.

—¡Vamos, Snaut!… ¿Me sugieres liquidar la Estación y esperas que yo tome la iniciativa?

— No es tan simple. Podríamos huir, claro, hasta el sateloide al menos, y enviar desde allí un S.O.S. Nos tratarán de locos, por supuesto, y nos recluirán en una casa de salud, en la Tierra, hasta tanto nos hayamos retractado cortésmente: planeta lejano, aislamiento, crisis de locura colectiva; nuestro caso les parecerá excepcional. Al fin y al cabo, hasta en una casa de salud estaríamos mejor que aquí: un jardín, calma, pequeñas habitaciones blancas, enfermeros, paseos acompañados…

Las manos en los bolsillos, mirando fijamente un rincón del cuarto, Snaut hablaba con absoluta seriedad.

El sol rojo había desaparecido en el horizonte y el océano era un desierto sombrío, moteado por destellos moribundos, últimos reflejos extraviados entre las largas crestas de las olas. El cielo resplandecía. Nubes con orlas violáceas flotaban sobre este mundo rojo y negro, indeciblemente lúgubre.

— Entonces, ¿quieres huir, sí o no? ¿Todavía no?

Snaut sonrió:

— Luchador inconmovible… si entendieras las implicaciones de esa pregunta, no insistirías tanto. No se trata de lo que yo quiero, se trata de lo que es posible.

—¿Qué?

— Justamente, no lo sé.

—¿Entonces, nos quedamos? ¿Piensas que encontraremos un medio?

Flaco, achacoso, de rostro despellejado y surcado de arrugas, Snaut me miraba de frente:

— Tal vez valga la pena quedarse. Sin duda no aprenderemos nada acerca de él, pero sí acerca de nosotros…

Dio media vuelta, recogió sus papeles y salió. Yo abrí la boca para retenerlo; no dije nada.

No podía hacer otra cosa que esperar. Me acerqué a la ventana; mis ojos recorrieron distraídamente las

reverberaciones bermejas del océano oscuro. Se me ocurrió la idea de ir a encerrarme en uno de los cohetes de la Estación, idea descabellada que no profundicé: ¡tarde o temprano, tendría que salir de la nave!

Me senté junto a la ventana y me puse a hojear el libro que Snaut me había dado. Los fuegos del crepúsculo enrojecían la estancia y teñían las páginas del pequeño volumen. Era una selección de artículos y trabajos — compilados por un tal Othon Ravintzer, licenciado en filosofía— de un nivel general bastante obvio. Toda ciencia engendra alguna seudociencia, inspirando a espíritus extravagantes lucubraciones digresivas; la astronomía encuentra sus excéntricos en la astrología; así como la química los tuvo antes en la alquimia. No era extraño pues que en sus comienzos la solarística hubiese provocado una explosión de cogitaciones marginales. El libro de Ravintzer otorgaba precisamente derecho de asilo a esa clase de especulaciones, precedidas — debo añadir con toda honestidad— por una introducción donde el autor expresaba sus reservas respecto de algunos de los textos. Consideraba, no sin razón, que esta antología podía llegar a ser un valioso documento de época, tanto para el historiador como para el psicólogo de la ciencia.

El informe de Berton — dividido en dos partes y completado con un resumen del libro de bitácora— ocupaba en el opúsculo un sitio de honor.

Desde las catorce hasta las dieciséis y cuarenta horas, tiempo local convenido por la expedición, las anotaciones del libro de a bordo eran lacónicas y negativas.

*Altitud 1.000 — 1.200–800 metros; nada a la vista; océano desierto.*Las mismas palabras reaparecían una y otra vez.

Luego, a las 16 hs. 40: *Se levanta una neblina roja. Visibilidad 700 metros. Océano desierto.*

17 horas: neblina densa; silencio; visibilidad 400 metros, con algunos claros. Descenso a 200 metros.

17 hs. 20: en la niebla. Altura 200. Visibilidad 20–40 metros. Ascenso a 400.

17 hs. 45: altitud 500. La niebla cubre el horizonte.

Aberturas-embudo que descubren la superficie del océano. Descenso en un embudo, donde algo se mueve.

17 hs. 52: una especie de remolino; despide una espuma amarilla. Muro de niebla alrededor. Altitud 100. Desciendo a 20.

Aquí concluía el extracto del libro de bitácora de Berton. Seguía la historia clínica, o más exactamente el informe dictado por Berton e interrumpido por las preguntas de los miembros de la comisión.

*« Berton:*Cuando descendí a treinta metros, me fue muy difícil mantener la altura; vientos violentos soplaban en ese pozo. Tuve que ocuparme de los comandos, y durante un tiempo — diez o quince minutos — no miré afuera. Advertí demasiado tarde que un poderoso torbellino me llevaba a la niebla roja. No era una niebla ordinaria, sino una materia espesa, coloidal, que se pegaba a los vidrios. Me dio mucho trabajo limpiarlos. Esa niebla — esa cola— era tenaz. Por otra parte, y a causa de la resistencia que la niebla oponía a la hélice, la velocidad de rotación se había reducido en alrededor de un treinta por ciento, y yo comenzaba a perder altura. Temí capotar sobre las olas, traté de subir. El aparato no se movió. Me quedaban aún cuatro cartuchos-cohetes. No los utilicé; me dije que la situación no era aún desesperada. Vibraciones cada vez más fuertes sacudían el aparato; supuse que una capa de cola se había adherido a la hélice; pero el medidor de sobrecarga indicaba siempre cero. Yo no entendía. Desde que había entrado en la niebla no veía el sol; sólo un resplandor rojizo. Continué volando, con la esperanza de desembocar al fin en uno de esos embudos, y eso fue lo que ocurrió, al cabo de media hora. Me encontré pues en otro « pozo », un cilindro casi perfecto, de varios centenares de metros de diámetro. La pared del cilindro era un gigantesco torbellino de niebla que se elevaba en espiral. Me esforcé por permanecer en el centro del « pozo », donde el viento era menos violento. Advertí entonces un cambio en la superficie del mar. Las olas habían desaparecido casi del todo y la capa superior de ese fluido — lo que compone el océano— era ahora transparente, con estelas confusas aquí y allá, que se disipaban; al poco tiempo volvió a hacerse la luz. Alcanzaba a ver claramente hasta una profundidad de varios metros. Veía una especie de ciénaga, de légamo amarillo, que proyectaba filamentos verticales. Cuando esos filamentos afloraban a la superficie, tenían un resplandor vidrioso, y empezaban luego a desprender espuma, y por último esa espuma se coagulaba; se hubiera dicho un almíbar espeso. Aquellos filamentos viscosos se mezclaban, se entrelazaban; protuberancias turgentes cruzaban por encima del océano y adquirían poco a poco distintas formas. Noté de pronto que mi aparato se desviaba hacia el muro de niebla; tuve entonces que maniobrar a contraviento, y cuando pude mirar de nuevo hacia abajo, vi algo que me recordó un jardín. Sí, un jardín. Arboles, setos, senderos; pero no era un verdadero jardín; todo estaba hecho de esa misma sustancia, que ahora se había solidificado del todo y parecía yeso amarillo. Bajo el jardín, brillaba el océano. Descendí todo lo que pude. Quería mirar de cerca ese jardín.

*Pregunta:*Los árboles y las plantas, ¿tenían hojas?

*Berton:*No, eran formas aproximadas, como la maqueta de un jardín. Sí, una maqueta, pero de tamaño natural. Al cabo de un instante, la maqueta empezó a estallar, a cuartearse, a hendirse en grietas negras por

las que escapaba un líquido espeso, viscoso que corría o se acumulaba en el lugar. Las sacudidas aumentaron, hubo un burbujeo prodigioso y todo quedó sepultado bajo la espuma. Al mismo tiempo, las paredes de niebla se fueron cerrando; gané altura rápidamente y salí del embudo a los 300 metros.

Pregunta:¿Estás seguro de haber visto algo que recordaba un jardín? ¿No hay otra interpretación posible?

*Berton: Si,*advertí varios detalles. Recuerdo, por ejemplo, que en un lugar había una hilera de cajones. Más tarde comprendí que se trataba de un colmenar.

Pregunta:¿Lo comprendiste más tarde? Pero no en el momento, cuando los viste.

*Berton:*No, pues todo parecía como de yeso. Pero vi otra cosa.

Pregunta:¿Qué?

*Berton:*Vi objetos, que no puedo designar con un nombre preciso; no tuve tiempo de observarlos bien. Debajo de unos matorrales creí distinguir herramientas, objetos alargados, dentados. Quizá eran réplicas en yeso de herramientas de jardín. Pero no estoy seguro. En cambio estoy seguro, sí, de haber reconocido una colmena.

Pregunta:¿No pensaste que podía ser una alucinación?

*Berton:*No. Creí que era un espejismo. La idea de una alucinación no se me ocurrió; me sentía muy bien, y nunca en mi vida había visto nada semejante. Cuando volví a subir a 300 metros y miré nuevamente la niebla, los agujeros eran más numerosos, irregulares; me recordaron un pedazo de queso. Algunos de los agujeros eran completamente huecos y yo veía del otro lado las olas del mar; otros eran sólo cubiletes, donde hervía algo. Volví a descender a uno de los pozos — el altímetro indicaba cuarenta— y vi un muro que descansaba en la superficie del océano; pero no a gran profundidad. Era el muro de un inmenso edificio; lo veía claramente a través de las olas; estaba atravesado por varias hileras de aberturas rectangulares, ventanas; me pareció incluso que algo, no sé qué, se movía detrás de algunas de esas ventanas. Pero no estoy del todo seguro. El muro se levantó lentamente y emergió del océano. Un líquido mucoso, veteado de engrasamientos compactos, chorreaba en abundancia y corría a lo largo del muro. Bruscamente, el muro se partió en dos, se hundió en las profundidades del océano, y desapareció.

Volví a subir y continué volando por encima de la niebla, que casi rozaba mi aparato. Descubrí otro pozo, mucho mas amplio que el anterior.

Ya desde lejos había visto una forma clara, casi blanca, que flotaba en las olas; pensé en seguida que era la escafandra de Flechner, pues parecía tener una forma vagamente humana. Giré en redondo; temía extraviarme y no encontrar mas el sitio. Esa forma, ese cuerpo se movía; a veces parecía nadar, otras se incorporaba en la cresta de una ola. Me apresuré; descendí tan abajo que mi aparato rebotó suavemente; había chocado tal vez con la cresta de la gran ola. E1 cuerpo — sí, era un cuerpo humano, sin escafandra—, el cuerpo se movía.

Pregunta:¿Le viste la cara?

*Berton:*Sí.

Pregunta:¿Quién era?

*Berton:*Un niño.

Pregunta:¿Qué niño? ¿Lo habías visto antes al-guna vez?

*Berton:*No. Nunca. Al menos, no lo recuerdo. Además, cuando estuve a cuarenta metros o quizá menos, advertí que no era un niño ordinario.

Pregunta:¿Qué quieres decir?

*Berton:*Lo explicaré. No me di cuenta en seguida; lo entendí al cabo de un rato: el niño era muy grande. Enorme es poco decir. Extendido horizontalmente sobre las aguas, el cuerpo se elevaba a unos cuatro metros por encima del océano, lo juro. Recuerdo que en el momento en que toqué la ola, el rostro del niño estaba un poco más arriba que yo, y sin embargo, en mi cabina, yo debía de encontrarme a una altura de por lo menos tres metros.

*Pregunta:*Si era tan grande ¿por qué dices que se trataba de un niño?

*Berton:*Porque era un niño pequeñito.

Pregunta:¿No entiendes, Berton, que tu respuesta no tiene sentido?

*Berton:*No, en absoluto. Podía verle la cara; era un bebé. Además, las proporciones del cuerpo correspondían exactamente a las de un bebé. Era un niño de pecho. No, exagero. Un niño de dos o tres años. Tenía cabellos negros y ojos azules, enormes. Estaba desnudo, completamente desnudo, como un recién nacido. La piel parecía mojada, o lustrosa; resplandecía. Yo me sentía como trastornado. Ya no creía en un espejismo. Veía a ese niño con tanta claridad. Subía y bajaba, junto con las olas; pero aparte de ese movimiento general del cuerpo, el niño mismo se movía; ¡era horrible!

Pregunta:¿Por qué? ¿Qué hacía?.

*Berton:*Parecía una muñeca de museo, pero una muñeca viva. Abría y cerraba los labios, hacía distintos gestos, gestos horribles. No eran sus propios gestos…

Pregunta:¿Qué quieres decir?

*Berton:*Yo lo miraba desde unos veinte metros; creo no haberme acercado más. Pero ya lo dije, era enorme. Lo vi tan claramente. Los ojos le brillaban, y uno hubiera podido creer que era un niño verdadero, pero aquellos movimientos, aquellos gestos que alguien parecía ensayar… como si alguien, algún otro, estuviese ejercitándose…

*Pregunta:*Trata de ser más preciso.

*Berton:*Es difícil. Hablo de una impresión, de una intuición. No los analizaba, pero sabía que aquellos gestos no eran naturales.

Pregunta:¿Quieres decir, por ejemplo, que las manos no se movían como las manos humanas, que las articulaciones no eran bastante flexibles?

*Berton:*No, en absoluto. Pero… esos movimientos no tenían sentido. Nuestros movimientos siempre tienen algún significado…

Pregunta:¿Te parece? Los movimientos de un niño de pecho no tienen ningún significado.

*Berton:*Lo sé. Pero los movimientos de un niño de pecho son desordenados, confusos, caóticos. Los movimientos que yo observaba… sí, ya sé, eran metódicos. Se cumplían sucesivamente, agrupados en series. Como si alguien quisiera estudiar lo que el niño era capaz de hacer con las manos, el torso, la boca. La cara era más terrible que el resto, porque una cara tiene expresión, y aquella cara… no sé cómo decirlo. Estaba viva, sí, pero no era humana. O más bien, el conjunto de los rasgos, los ojos y la tez, sí, pero la expresión, los movimientos de la cara, no.

Pregunta:¿Eran muecas? ¿Sabes qué le pasa al rostro de un hombre en una crisis epiléptica?

*Berton:*Sí, he presenciado una crisis de epilepsia. Comprendo. No, se trataba de algo diferente. La epilepsia provoca espasmos, convulsiones. Los movimientos de que les hablo eran fluidos, continuos, graciosos-melodiosos, si se puede decir eso de un movimiento. Es la definición más aproximada. Pero el rostro… Un rostro no puede dividirse en dos, una mitad alegre, la otra triste, una mitad amenazadora y la otra amable, una mitad atemorizada y la otra triunfante. En aquel niño, era así. Además, todos los movimientos y cambios de expresión se sucedían con una rapidez inconcebible. No me quedé mucho tiempo abajo. Quizá diez segundos, quizá menos.

Pregunta:¿Y pretendes haber visto todo esto en tan poco tiempo? Además, ¿cómo sabes cuánto tiempo estuviste? ¿Lo verificaste en tu cronómetro?

*Berton:*No, no consulté el cronómetro, pero hace dieciséis años que vuelo. En mi oficio, uno mide instintivamente la duración de lo que llamamos instante, con la precisión de un segundo. Es una facultad que uno adquiere y que es indispensable para navegar. Un piloto que no sabe si un fenómeno dura cinco o diez minutos, en cualquier circunstancia, nunca será gran cosa. Lo mismo digo de la observación. Aprendemos, con los años, a verlo todo de una ojeada.

Pregunta:¿Y eso es todo lo que viste?

*Berton:*No, pero el resto no lo recuerdo con tanta precisión. Supongo que ya había visto demasiado: la atención me faltó. La niebla empezó a cerrarse en torno y tuve que subir; y por primera vez en mi vida estuve a punto de capotar. Tanto me temblaban las manos que me era difícil manejar los controles. Creo que grité algo, que llamé a la base; aunque sabía que no estábamos en contacto.

Pregunta:¿Entonces intentaste regresar?

*Berton:*No. Por último, cuando llegué arriba, pensé que Fechner se encontraba quizá en el fondo de uno de esos agujeros. Sé que puede parecer insensato. Pero fue lo que pensé. Me dije que todo era posible, y que también me sería posible encontrar a Fechner. Decidí bajar a todos los pozos que encontrase en mi camino. A la tercera tentativa, renuncié. Después de haber visto lo que vi en esta tercera ocasión, ya no podía continuar. He de añadir — el hecho ya es conocido— que tenía náuseas y había vomitado en la cabina. No comprendía absolutamente nada. Nunca me había mareado antes.

*Comentario:*Era un claro síntoma de intoxicación, Berton.

*Berton:*Puede ser. No sé. Sin embargo, lo que vi esa tercera vez, no me lo imaginé, no es el efecto de una intoxicación.

Pregunta:¿Cómo puedes saberlo?

*Berton:*No era una alucinación. Una alucinación es algo que crea mi propio cerebro ¿no?

*Comentario:*Sí.

*Berton:*Pues bien, mi cerebro no pudo haber creado lo que vi. Jamás lo creeré. Mi cerebro hubiera sido incapaz.

*Comentario:*Describe la escena.

*Berton:*Antes, quisiera saber cómo interpretan mis declaraciones de hace un rato.

Pregunta:¿Tiene importancia?

*Berton:*Para mí, una importancia capital. Ya he dicho que vi cosas que nunca olvidaré. Si la comisión

reconoce, incluso con reservas, que mi testimonio es verosímil, y que conviene estudiar el océano — quiero decir, orientando las búsquedas de acuerdo con mis declaraciones—, entonces lo diré todo. Pero si la comisión estima que se trata de un delirio, no diré nada más.

Pregunta:¿Por qué?

*Berton:*Porque el contenido de mis alucinaciones es cosa mía, y no tengo por qué divulgarlo. En cambio, diré lo que he observado en Solaris.

Pregunta:¿Significa esto que te niegas a responder a otras preguntas mientras no se anuncie el veredicto? Comprendes, desde luego, que la comisión no está habilitada para tomar ahora una decisión.

*Berton:*Sí.

Aquí concluía el primer testimonio. Seguía un fragmento del segundo testimonio, redactado once días más tarde.

El presidente:…luego de considerar atentamente el asunto, la comisión — compuesta por tres médicos, tres biólogos, un físico, un ingeniero mecánico y el suplente del jefe de la expedición— ha llegado a la conclusión de que el informe de Berton describe un síndrome alucinatorio de intoxicación por la atmósfera del planeta, y un síndrome mórbido cerebral caracterizado, consecutivo a una irritación de la zona asociativa de la corteza; se concluye que el relato de Berton no tiene relación con la realidad, o por lo menos ninguna relación apreciable.

*Berton:*Discúlpeme ¿qué significa « ninguna relación apreciable »? ¿En qué proporciones la realidad es apreciable o no?

*El presidente:*No he terminado. Aparte de estas conclusiones, la comisión ha registrado debidamente el *votum separatum*del señor Archibald Messenger, doctor en física, quien juzga objetivamente posibles los fenómenos descritos por Berton y se declara a favor de una verificación escrupulosa. Es todo.

*Berton:*Repito mi pregunta.

*El presidente:*La respuesta es simple. « Ninguna relación apreciable » significa que esas alucinaciones pueden haber nacido de fenómenos realmente observados. Durante un paseo nocturno, un hombre perfectamente cuerdo cree ver una criatura viva en un matorral movido por el viento. Con mayor razón ¿cuáles no serán las ilusiones de un explorador, extraviado en un planeta extraño, expuesto a respirar una atmósfera tóxica? El veredicto, Berton, no te perjudica. ¿Tendrías ahora la gentileza de comunicarnos tu decisión?

*Berton:*Antes quisiera conocer las consecuencias de ese *votum separatum.*

*El presidente:*Prácticamente nulas. Proseguiremos los trabajos de acuerdo con los lineamientos originales.

Berton:¿Nuestra conversación está grabándose?

*El presidente:*Sí.

*Berton:*Entonces quiero decir que el veredicto puede no perjudicarme personalmente, pero perjudica el espíritu mismo de la expedición. Por lo tanto, y como he declarado, no contestaré a más preguntas.

El presidente:¿Eso es todo?

*Berton: Si.*Pero deseo encontrarme con el doctor Messenger. ¿Es posible?

*El presidente:*Naturalmente. »

Aquí concluía el segundo testimonio. Al pie de la página había una nota en caracteres diminutos: al día siguiente, el doctor Messenger había dialogado durante casi tres horas con Berton. A raíz de esta conversación, Messenger había pedido de nuevo al Consejo de la Expedición que investigara las declaraciones del piloto. Berton había revelado hechos nuevos, extremadamente convincentes, que Messenger no podía divulgar mientras el Consejo no tomase una decisión positiva. El Consejo — Shannahan, Timolis y Traier— rechazó la moción y el asunto fue archivado.

El libro reproducía también la última hoja de una carta — el borrador de una carta— encontrada por el albacea luego de la muerte de Messenger. Ravintzer, a pesar de sus indagaciones, no sabía si la carta había sido enviada.

« … mentes obtusas, pirámides de estupidez. » Así comenzaba el texto. « Preocupado por preservar su autoridad, el Consejo — más precisamente Shannahan y Timolis (el voto de Traier no cuenta)— ha rechazado mis recomendaciones. Ahora he elevado la cuestión al Instituto; pero ya puedes imaginártelo, mis protestas no convencerán a nadie. Atado por un juramento, no puedo, por desgracia, revelarte lo que Berton me dijo. El Consejo ha desdeñado el testimonio de Berton sólo, porque Berton no tiene ninguna formación científica, aunque cualquier sabio podría envidiar la presencia de ánimo y el don de observación de este piloto. Envíame, te ruego, la siguiente información a vuelta de correo:

Biografía de Fechner, especialmente detalles relativos a su infancia.

Todo cuanto sepas acerca de su familia: hechos

y fechas; quizá perdió a los padres cuando aún era

niño.

3) Topografía del lugar donde fue educado.

Quisiera decirte también lo que pienso de todo esto.

Como sabes, algún tiempo después de la partida de Fechner y Carucci, apareció una mancha en el centro del sol rojo. Esta erupción cromosférica provocó una tormenta magnética — según los informes del sateloide— sobre el hemisferio austral, donde estaba nuestra base, y el contacto radial quedó interrumpido. Mientras los otros equipos exploraban la superficie del planeta en un radio relativamente restringido, Fechner y Carucci se alejaron bastante de la base.

Nunca, desde nuestra llegada al planeta y hasta este día de desgracia, habíamos observado una niebla tan constante, ni tanto silencio.

Supongo que Berton presenció algunas fases de la « Operación Hombre » emprendida por ese monstruo viscoso. En el origen de todas las formas vistas por Berton está Fechner, o más bien, el cerebro de Fechner sometido a una inconcebible « disección psíquica ». Propósito: una recreación, una reconstrucción experimental, basada en impresiones (las más durables, sin duda) de la memoria de Fechner.

Sé que parece fantástico, sé que puedo equivocarme. ¡Ayúdame, te lo ruego! Estoy actualmente a bordo del *Alarico,*donde esperaré tu respuesta.

Tuyo, A. »

Estaba oscuro; yo descifraba con dificultad los caracteres impresos que se desdibujaban en lo alto de la página gris; la última página sobre la aventura de Berton. Mi propia experiencia me inclinaba a pensar que Berton era un testigo fidedigno.

Me volví a la ventana. Mi mirada se hundió en un abismo violáceo; algunos nubarrones resplandecían aún con un fulgor de ascuas sobre el horizonte. No veía el océano, envuelto en sombras.

Las cintas de papel ondeaban perezosamente bajo la rejilla de los ventiladores; el aire silencioso olía levemente a ozono.

La decisión de quedarnos en la Estación no tenía nada de heroico. El tiempo del heroísmo había quedado atrás; el tiempo de las grandes victorias interplanetarias, el tiempo de las expediciones audaces y los sacrificios. Fechner, primera víctima del océano, pertenecía a un pasado remoto. Ya casi no me preocupaba por saber quién era el « visitante » de Snaut o de Sartorius. Pronto, me decía, dejaremos de tener vergüenza, de aislarnos. Si no podemos desembarazarnos de nuestros « visitantes », nos habituaremos a esa compañía, viviremos con ellos. Si el Creador modifica las reglas del juego, nos adaptaremos a las nuevas reglas, aun cuando nos resistamos al principio, aun cuando uno de nosotros cediera a la desesperación y se matara. Tarde o temprano, se restablecería cierto equilibrio.

La noche había llegado, parecida a tantas noches de la Tierra. Sólo distinguía los contornos blancos del lavabo y la superficie pulida del espejo.

Me levanté. Hurgué a tientas entre los objetos amontonados en la repisa del lavabo. Encontré el paquete de algodón, me lavé la cara con un pedazo húmedo y fui a echarme en la cama…

Una falena batió las alas. No, era la cinta del ventilador. El zumbido cesó, recomenzó. Yo ya no veía ni siquiera la ventana, todo se confundía en la oscuridad. Un rayo luminoso, cayendo no sé de dónde, atravesó el espacio y se demoró ante mí. ¿Sobre la pared o en el cielo negro? Recordé cuánto me había asustado la víspera la mirada vacía de la noche; mi miedo me hizo sonreír. Ya no temía esa mirada. Ya no temía nada. Levanté la muñeca y consulté la corona de cifras fosforescentes. Una hora más y llegaría la aurora del día azul.

Respiré hondo; saboreaba la oscuridad. Estaba vacío, liberado de todo pensamiento.

Al moverme, sentí contra mi cadera la forma plana del magnetófono. Gibarían… una voz inmortalizada en bobinas de alambre. Me había olvidado de resucitarlo, de escucharlo, única cosa que ahora podía hacer por él. Metí la mano en el bolsillo y saqué el magnetófono. Quería esconderlo debajo de la cama.

Oí un crujido y la puerta se abrió.

—¿Kris? — Una voz inquieta susurraba mi nombre. — Kris, ¿estás aquí? Hay tanta oscuridad…

Respondí:

— Sí, estoy aquí, ven, no tengas miedo.

La conferencia

Estaba acostado de espaldas, la cabeza de Harey en el hueco de mi hombro; no pensaba en nada.

La oscuridad se poblaba. Oía pasos. Algo se amontonaba por encima de mí, cada vez más arriba, en el infinito. La noche me traspasaba de lado a lado, se adueñaba de mí, me envolvía y me penetraba, impalpable, inconsistente. Petrificado, dejé de respirar, no había aire para respirar. Muy lejos, oía latir mi corazón, junté las fuerzas que me quedaban, toda mi atención y esperé la agonía. Esperaba… Me empequeñecía, y el cielo invisible, sin horizonte, el espacio informe, sin nubes, sin estrellas, retrocedía, se

extendía y crecía a mi alrededor. Yo trataba de trepar a mi cama, pero ya no había cama, ya la oscuridad no escondía riada más. Apreté las manos contra mi rostro… Ya no tenía dedos, no tenía manos. Hubiera querido gritar..

La alcoba flotaba en una penumbra azul que envolvía los muebles, los anaqueles atestados de libros, y borraba el color de los muros y de los objetos. Una blancura nacarada inundaba la ventana. Yo estaba empapado en sudor. Miré a un lado. Harey me observaba.

Alzó la cabeza.

—¿Tienes el brazo dormido?

Los ojos de Harey tampoco tenían color; eran grises, luminosos sin embargo, detrás de las pestañas negras.

—¿Qué? —Sentí el murmullo como una caricia antes de comprender. — No. ¡Ah, sí! —dije por último.

Apoyé la mano en su hombro; sentía un hormigueo en los dedos.

—¿Tuviste un mal sueño? — me preguntó.

La atraje hacia mí con la otra mano.

—¿Un sueño? Sí, soñaba. Y tú ¿no dormiste?

— No sé. No creo. No tengo sueño. Pero eso no debe impedirte dormir… ¿Por qué me miras así?

Cerré los ojos. El corazón de Harey latía contra mi corazón. ¿El corazón de Harey? Un simple accesorio, me dije. Pero ya nada me asombraba, ni siquiera mi propia indiferencia. Había traspuesto las fronteras del miedo y la desesperación. Había llegado muy lejos. Nadie, jamás, había llegado tan lejos.

Me apoyé sobre el codo. ¿La aurora, la dulzura del alba? Una tormenta silenciosa abrasaba el horizonte sin nubes. Un relámpago, el primer rayo del sol azul, atravesó la estancia y se quebró en reflejos acerados; hubo un fuego cruzado de chispas, brotadas del espejo, de los picaportes, de los tubos niquelados; la luz se esparcía, se volcaba sobre todas las superficies pulidas y parecía querer conquistar un espacio más vasto, hacer estallar la habitación. Miré a Harey; las pupilas de los ojos grises se le habían contraído.

Harey me preguntó con una voz inexpresiva:

—¿Ya terminó la noche?

— Aquí, la noche nunca dura mucho.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros qué?

—¿Nos quedaremos mucho aquí?

Viniendo de ella, la pregunta no dejaba de tener un lado cómico; pero cuando hablé, en mi voz no había ninguna alegría.

— Bastante, quizá. ¿No tienes ganas de quedarte?

Harey no pestañeó. Me miraba atentamente. ¿Había pestañeado ahora? Yo no estaba seguro. Tiró de la manta y le vi en el brazo la pequeña cicatriz rosada.

—¿Por qué me miras así?

— Porque eres muy hermosa.

Ella me sonrió sin malicia, agradeciendo discretamente el cumplido.

—¿De veras? Se diría que… es como si…

—¿Qué?

— Como si dudases de algo.

—¡Qué ocurrencia!

— Como si desconfiaras de mí, como si yo te hu-biese ocultado alguna cosa…

—¡Absurdo!

— Por el modo como lo niegas, veo que no me equivoco.

La luz era enceguecedora. Protegiéndome los ojos con la mano, busqué mis gafas. Estaban sobre la mesa. Me arrodillé, extendí el brazo y me calé las gafas negras.

Cuando me tendí a su lado, Harey sonrió:

—¿Y yo?

Tardé un momento en comprender.

—¿Gafas?

Me levanté y me puse a buscar; abrí cajones, corrí libros, instrumentos… Encontré dos pares de gafas y se los di a Harey. Le quedaban demasiado grandes, le caían hasta la mitad de la nariz.

Los postigos se deslizaron chirriando por delante de la ventana. De nuevo fue de noche. A tientas, ayudé a Harey a quitarse las gafas y puse los dos pares debajo de la cama.

—¿Que hacemos? — ella me preguntó.

—¡Es de noche, a dormir!

— Kris…

—¿Qué?

—¿Quieres una compresa en la frente?

— No, gracias. Gracias… mi querida.

No sé por qué había agregado esas dos palabras. En la oscuridad, la tomé por los gráciles hombros, sentí que se estremecía y tuve la absoluta certeza de que estaba abrazando a Harey. O mejor dicho, comprendí de pronto que ella no trataba de engañarme; era yo quien la engañaba, pues ella creía sinceramente que era Harey.

Caí dormido luego varias veces, y cada vez un sobresalto angustioso me arrancaba del sueño. Jadeante, exhausto, me apretaba contra ella; el corazón se me calmaba poco a poco. Con las yemas de los dedos, ella me tocaba apenas la frente, las mejillas, para ver si yo tenía fiebre. Era Harey. La única, la verdadera.

Algo cambió en mí; dejé de luchar y casi en seguida me quedé dormido.

Me despertó una sensación de agradable frescura. Tenía la cara cubierta por un paño húmedo; lo retiré y vi a Harey inclinada sobre mí. Me sonrió. Estaba exprimiendo un segundo paño que goteaba en una palangana; junto a la palangana, había un frasco de loción cicatrizante.

—¡Cómo dormiste! — dijo, aplicándome la compresa en la sien—. ¿Te duele?

— No.

Arrugué la frente; la piel era de nuevo flexible. Harey estaba sentada al borde de la cama, el pelo negro echado hacia atrás por encima del cuello alto de una salida de baño; una salida de hombre, a rayas blancas y anaranjadas; se había recogido las mangas hasta el codo.

Yo tenía un hambre feroz; habían pasado por lo menos veinte horas desde mi última comida. Cuando Harey terminó con sus trabajos de enfermera, me levanté. Mi mirada cayó sobre dos vestidos que colgaban del respaldo de una silla: dos vestidos blancos absolutamente idénticos, adornados los dos con una hilera de botones rojos. Yo mismo había desgarrado uno de aquellos vestidos, ayudando a Harey a sacárselo. Y Harey había regresado la noche anterior con el segundo vestido.

Ella siguió mi mirada.

— Tuve que deshacer la costura con las tijeras — dijo—. Creo que el cierre está trabado.

El espectáculo de aquellos dos vestidos idénticos sobrepasaba en horror a todo cuanto había sentido hasta entonces. Harey estaba ocupada ordenando el pequeño botiquín. Me di vuelta y me mordí los nudillos. Sin dejar de mirar los dos vestidos — o mejor dicho ese vestido único desdoblado— me alejé hacia la puerta. El agua del grifo corría ruidosamente. Abrí la puerta, me deslicé fuera del cuarto, y cerré el batiente con precaución. Oía el murmullo del agua, el tintineo de los frascos; de pronto, todos los ruidos cesaron. Con las mandíbulas apretadas esperé; el panel de la puerta reflejaba el tubo luminoso del cielo raso en la rotonda. Yo sujetaba el picaporte, con pocas esperanzas. Una sacudida brutal estuvo a punto de arrancármelo de la mano; pero la puerta no se abrió; se sacudió y vibró de arriba abajo. Estupefacto, solté el picaporte y retrocedí. El panel de material plástico se ahuecaba, como si un personaje invisible a mi lado intentara derribarla para meterse en la habitación. El marco de acero del panel se arqueaba cada vez más, y el barniz esmaltado estaba agrietándose. De pronto, comprendí: en vez de empujar la puerta, que se abría hacia el exterior, Harey trataba de abrirla tirando hacia adentro. El reflejo del tubo luminoso se curvó en el espejo deformante del panel blanco; se oyó un estallido, y el panel cedió. Simultáneamente, el picaporte desapareció, arrancado del marco. Unas manos ensangrentadas asomaron en la hendidura, pasaron al otro lado dejando unos rastros rojos sobre la pintura blanca, y la puerta se abrió en dos, las dos mitades colgando torcidas de los goznes. Apareció un rostro lívido; una criatura despavorida, envuelta en una salida de baño anaranjada y blanca, se precipitó contra mi pecho sollozando.

Yo quería huir, demasiado tarde y contra toda esperanza; pero era incapaz de intentar un solo movimiento. Harey respiraba convulsivamente; la cabeza desmelenada se sacudía contra mi hombro. Antes que yo pudiera sostenerla, Harey se desplomó.

Evitando los bordes afilados del panel, la llevé al cuarto y la acosté. Tenía las puntas de los dedos desollados y las uñas rotas. Cuando dio vuelta la mano, vi asomar en carne viva los huesos de la palma. Le miré la cara; los ojos, inexpresivos, no me veían.

— Harey.

Un gruñido inarticulado.

Fui hacia el botiquín. La cama crujió; di media vuelta: Harey se había sentado y se miraba con asombro las manos ensangrentadas.

— Kris — gimió—, yo… yo… ¿qué me pasó?

— Te lastimaste al derribar la puerta — respondí secamente.

La boca me temblaba convulsivamente, me mordí el labio inferior.

Harey contempló un instante los pedazos del panel plástico que colgaban del marco de acero y se volvió de nuevo hacia mí. Trataba—de disimular el terror que la dominaba, pero pude ver que le temblaba la

barbilla.

Corté unos cuadrados de gasa, tomé un pote de polvo antiséptico y me acerqué a Harey. El pote de vidrio se me escapó de las manos y se hizo añicos; pero yo ya no lo necesitaba.

Levanté la mano de Harey. Las uñas, envueltas todavía en una red de sangre coagulada, le habían vuelto a crecer. Había una cicatriz rosada en el hueco de la palma, y esa cicatriz se empequeñecía, se borraba a ojos vista.

Me senté, le acaricié la cara, y traté de sonreír, sin mucho éxito.

—¿Por qué lo hiciste, Harey?

Señaló la puerta con los ojos.

—¿Fui… yo?

— Sí… ¿No te acuerdas?

— No… es decir, vi que ya no estabas más, tuve miedo y…

—¿Y qué?

— Te busqué, pensé que estarías en el cuarto de baño…

Sólo entonces, vi que el armario corredizo que disimulaba la entrada del cuarto de baño había sido movido a un lado.

—¿Y después?

— Corrí hacia la puerta.

—¿Y entonces?

— Lo he olvidado… ocurrió algo quizá…

—¿Qué?

— No sé.

—¿Qué recuerdas, entonces?

— Yo estaba sentada aquí, en la cama.

Harey sacó las piernas fuera de la cama, se levantó, y fue hacia la puerta rota.

—¡Kris!

Fui detrás de ella, la tomé por los hombros; temblaba. De pronto se volvió y murmuró:

— Kris, Kris…

—¡Calmate!

— Kris, si soy yo… Kris ¿soy epiléptica?

— Qué ocurrencia, mi querida. Las puertas aquí, sabes, son raras…

Dejamos el cuarto en el momento en que el postigo de la ventana se levantaba una vez más chirriando; el sol azul se hundía en el océano.

Guié a Harey hasta la pequeña cocina, del otro lado de la rotonda. Juntos saqueamos las alacenas y los refrigeradores. Pronto comprobé que Harey no estaba mejor dotada que yo para cocinar o para abrir latas de conserva. Devoré el contenido de dos latas y bebí innumerables tazas de café. Harey también comía, pero como esos niños que no tienen hambre y no quieren enojar a los padres; o mejor dicho no, no se obligaba a comer; absorbía la comida de manera automática, con indiferencia.

Después de este almuerzo, fuimos a la enfermería, contigua a la cabina de radio. Yo tenía un plan. Le dije a Harey que deseaba hacerle un examen médico común, y la instalé en un sillón mecánico. Retiré del esterilizador una jeringa y agujas. Conocía el sitio de todas las cosas. Durante el curso de adiestramiento en la Estación modelo, los instructores no habían descuidado nada, Harey me tendió los dedos; le extraje una gota de sangre. Extendí la sangre sobre una plaqueta de vidrio que puse en el extractor; la metí en el vacío de una cubeta e hice llover un torrente de iones de plata.

Me sentía mejor; llevar a cabo una tarea familiar tenía un efecto sedante. Tendida sobre los almohadones del sillón mecánico, Harey observaba los aparatos.

El zumbido del teléfono quebró el silencio; levanté el receptor.

— Kelvin.

Yo vigilaba a Harey. Ella seguía impasible; parecía que la aventura reciente la había agotado.

Oí un suspiro de alivio.

—¡Al fin!

Era Snaut. Esperé, el auricular apretado a mi oreja.

— Tienes una visita ¿no?

— Sí.

—¿Estás ocupado?

— Sí.

— Una pequeña auscultación ¿eh?

—¿Te fastidia? ¿Se te ocurre algo mejor? ¿Una partida de ajedrez?

— No seas susceptible, Kelvin. Sartorius quiere reunirse contigo, quiere que nos encontremos los tres.

—¡Muy amable! — respondí, sorprendido—. Pero… — Hice una pausa, y luego continué:— ¿Estás solo?

— No. No me he explicado bien. Quiere hablar con nosotros. Conectaremos los tres videófonos; pero las lentes estarán cubiertas.

— Ya veo. ¿Por qué no me llamó él? ¿Lo intimido?

— Muy probable — gruñó Snaut—. ¿Entonces?

— Una conferencia… dentro de una hora ¿estará bien?

— Muy bien.

Veía a Snaut en la pantalla: solo la cara, no más grande que un puño. Por un instante me observó atentamente; yo oía las crepitaciones de la corriente eléctrica. Luego dijo, con cierta vacilación:

—¿Te las estás arreglando?

— No del todo mal. ¿Y tú?

— No tan bien, supongo… dime… ¿podría…?

—¿Querrías venir a verme?

Por encima del hombro, miré a Harey. Estaba acostada, las piernas cruzadas, la cabeza inclinada hacia adelante; con aire taciturno, jugaba maquinalmente con la bolita cromada en el extremo de una cadenita sujeta al brazo del sillón.

La voz de Snaut estalló:

— Deja eso ¿me oyes? ¡Te digo que lo dejes!

Aún lo veía de perfil en la pantalla; aunque no oía nada más; había tapado el micrófono con la mano, pero los labios se le movían.

— No, no puedo ir — dijo rápidamente—. Tal vez más tarde. Te llamó en todo caso dentro de una hora.

La pantalla se apagó; colgué el receptor.

—¿Quién era? — preguntó Harey, sin curiosidad.

— Snaut, un cibernetista… tú no lo conoces.

—¿Esto va a durar mucho todavía?

—¿Te aburres?

Puse la primera plaqueta de la serie en el microscopio neutrínico, y apreté uno tras otro los interruptores de diferente color; los campos magnéticos refunfuñaron sordamente.

— No hay muchas distracciones aquí, y si mi modesta compañía no te alcanza…

Yo hablaba distraídamente, prolongando los intervalos de silencio.

Atraje hacia mí la caperuza negra que se abría alrededor de la lente del microscopio y apoyé la frente sobre la espuma de goma del visor. Oí la voz de Ha-rey, pero no comprendí lo que decía. Mi mirada abarcaba en escala reducida un enorme desierto inundado de luz plateada, salpicado de peñascos redondos — glóbulos rojos— que temblaban y se agitaban detrás de un velo de bruma. Enfoqué la lente y penetré más a fondo en el paisaje plateado. Sin despegar mis ojos del visor giré la manivela de orientación; cuando un peñasco, un glóbulo aislado, se encontró en la encrucijada de los hilos negros, aumenté la imagen. Había enfocado al parecer un eritrocito deformado, hundido en el centro; los bordes accidentados proyectaban unas sombras nítidas en las profundidades de un cráter circular. El cráter, erizado de sedimentos de iones de plata, se extendió más allá del campo visual del microscopio. Los contornos nebulosos de las hebras de albúmina, atrofiados!y distorsionados, aparecieron en el seno de un líquido opalescente. Una serpentina de albúmina se retorció y replegó bajo los hilos negros de la lente; moví poco a poco la palanca de aumento. De un momento a otro, aquella exploración de los abismos tocaría a su fin: la sombra de una molécula ocupó todo el espacio; luego la imagen se borró…

No había nada que ver. Tenía que habérseme aparecido entonces la vibración de una nebulosa de átomos; no veía nada. La pantalla desierta resplandecía. Apreté la palanca a fondo. El chirrido irritado aumentó, pero la pantalla continuaba en blanco. Una señal de alarma sonó una vez y otra; sobrecarga en el circuito. Miré por última vez el desierto de plata y corté la corriente.

Miré a Harey: amagaba un bostezo, que hábilmente transformó en sonrisa.

—¿Es buena mi salud? — preguntó.

— Excelente. Estás muy bien… mejor, imposible.

Yo seguía mirándola y una vez más sentía aquel hormigueo en el labio inferior. ¿Qué ocurría? ¿Ese cuerpo frágil en apariencia, indestructible en realidad, estaba al fin y al cabo compuesto de nada? Golpeé con el puño el cilindro del microscopio. ¿Una falla del aparato? No, yo sabía que el aparato funcionaba perfectamente. Había seguido uno por uno todos los pasos: las células, la albúmina, las moléculas, y todo era parecido a lo que observara antes en miles de preparaciones. Pero el paso final en el seno de la materia no me había llevado a ninguna parte.

Hice una ligadura en el brazo de Harey, le extraje sangre de una vena mediana, y la trasvasé a un

recipiente de vidrio graduado. La repartí luego entre varias probetas y comencé los análisis. Ese trabajo me llevó más tiempo del que había previsto; me faltaba un poco de práctica. Las reacciones eran normales, todas las reacciones.

Dejé caer una gota de ácido congelado sobre una perla de coral. Humo. La sangre se puso gris y se cubrió de una capa de sucia espuma. Disgregación, descomposición, cada vez más rápido. Me volví para tomar una segunda probeta; cuando observé de nuevo el experimento, poco faltó para que el frágil tubo de vidrio se me cayera de las manos.

Bajo la capa de espuma sucia, crecía un coral oscuro. La sangre destruida por el ácido se recreaba a sí misma. ¡Era absurdo, imposible!

—¡Kris! — Oí mi nombre a una distancia inmensa. — ¡Kris, el teléfono!

—¿Cómo? Ah, sí, gracias.

El teléfono, me di cuenta entonces, sonaba desde hacía largo rato.

Descolgué el receptor.

— Kelvin.

— Snaut, estamos los tres en la línea.

La voz atiplada de Sartorius resonó en el auricular.

—¡Bienvenido, doctor Kelvin!

La voz prudente, falsamente segura, del conferencista que se aventura a subir a un estrado tambaleante.

—¡Buen día, doctor Sartorius!

Tenía ganas de reírme; pero no sabía si podía permitirme ceder a una alegría cuyas razones me parecían oscuras. En definitiva ¿quién de nosotros podía ser tema de risa? Yo tenía en la mano una probeta con sangre. La sacudí. La sangre se había coagulado. ¿Acaso un momento antes yo había sido víctima de una ilusión? ¿Acaso me había equivocado?

— Bien, caballeros, quisiera exponerles ante todo ciertas cuestiones relativas a los… los fantasmas.

Yo escuchaba a Sartorius y sin embargo mi mente se resistía; contemplando la sangre coagulada en el fondo de la probeta, me defendía de esa voz que intentaba distraerme.

— Llamémosles creaciones F — deslizó rápidamente Snaut.

— Ah, sí, muy bien.

Una línea vertical apenas perceptible en el centro de la pantalla indicaba que yo estaba conectado con dos canales; separadas por esa línea, yo hubiera tenido que ver dos imágenes: Snaut y Sartorius. Pero la pantalla de marco luminoso permanecía a oscuras. Mis dos interlocutores habían cubierto las lentes de los aparatos.

— Cada uno de nosotros ha llevado a cabo varios experimentos. — Siempre esa misma prudencia en la voz nasal. Una pausa. — Propongo en primer término que intercambiemos lo que sabemos hasta ahora, — prosiguió Sartorius—. Luego me arriesgaré a comunicar las conclusiones a las que he llegado personalmente. Si quiere tener la amabilidad de comenzar, doctor Kelvin…

—¿Yo?

Sentí de pronto que Harey me miraba. Apoyé la mano en la mesa e hice rodar la probeta bajo el estante de instrumentos. Luego me encaramé en un taburete alto, que había atraído con el pie. Iba a declinar la invitación, cuando me oí responder ante mi propio asombro:

— Bueno, ¿una pequeña charla? No es mucho lo que hice, pero algo puedo contar. Una preparación histológica y ciertas reacciones. Microrreacciones. Tengo la impresión de que… — No sabía cómo continuar. De pronto se me soltó la lengua — Todo parece normal, pero es un camuflaje. Una máscara. En cierto sentido, es una supercopia, una reproducción superior al original. Me explico: en el hombre hay un límite básico, un término a la divisibilidad estructural; en cambio aquí las fronteras son mucho más amplias. Estamos en presencia de una estructura subatómica.

—¡Un momento, un momento! ¿Podría ser más preciso? — interrumpió Sartorius.

Snaut no decía nada. ¿Era un eco de su respiración precipitada lo que yo oía? Harey me miraba de nuevo. Me di cuenta de que en mi excitación casi había gritado las últimas palabras. Me tranquilicé, acomodándome en mi percha, y cerré los ojos. ¿Cómo ser más preciso?

— El átomo es el último elemento constitutivo en el cuerpo humano. Yo diría que las creaciones F están constituidas por unidades más pequeñas que los átomos ordinarios, mucho más pequeñas.

—¿Mesones? — insinuó Sartorius.

No parecía sorprendido.

— No, no mesones… Yo los hubiera visto. La potencia de mi aparato es de un décimo a un vigésimo de angstrom ¿no es así? Pero no se ve nada, absolutamente nada. Por lo tanto no son mesones. Quizá neutrinos.

—¿Cómo lo fundamenta usted? Los conglomerados de neutrinos no son estables..

— No sé. No soy físico. Tal vez un campo magnético pueda estabilizarlos. No conozco el problema. En todo caso, si mis observaciones son correctas, las partículas estructurales son aquí diez mil veces más pequeñas que los átomos. Espere, ¡no he terminado aún! Si el elemento básico en las moléculas de albúmina y las células fuese este microátomo, tendrían que ser proporcionalmente más pequeñas. Y también los corpúsculos y los microorganismos, todo. Ahora bien, las dimensiones son las comunes en una estructura de átomos. Por consiguiente, albúmina, célula, núcleo y célula, todo es una máscara. La estructura real, la que determina el funcionamiento del visitante, permanece oculta.

—¡Kelvin!

Snaut acababa de ahogar un grito. Me interrumpí, espantado. Yo había dicho « visitante ».

Harey no me había oído. Además, no habría comprendido. Con la cabeza apoyada en el hueco de la mano, miraba por la ventana, y la aurora purpúrea le aureolaba el delicado perfil.

Mis interlocutores lejanos callaban; los oía respirar.

— Hay algo que vale la pena considerar en todo esto — masculló Snaut.

— Sí —acotó Sartorius—, pero las partículas hipotéticas de Kelvin no constituyen la estructura del océano. El océano es una estructura de átomos.

— Tal vez sea capaz de producir neutrinos — repliqué.

De pronto toda esta charla me cansó. La conversación no llevaba a ninguna parte, y además no era divertida.

— La hipótesis de Kelvin explicaría esa resistencia extraordinaria y la velocidad de regeneración — gruñó Snaut—. Además quizá llevan consigo una fuente de energía; no tienen necesidad de comer…

— Pido la palabra — interrumpió Sartorius. El exas-perante moderador del debate se afirmaba en el papel que él mismo se había asignado—. Quisiera plantear el problema del motivo en la aparición de las creaciones F. Lo diría así: ¿qué son las creaciones F? No son individuos autónomos, ni copias de personas reales. No son más que proyecciones cerebrales materializadas, que se refieren a un cierto individuo.

La solidez de esta definición me sorprendió; Sartorius no era simpático, pero tampoco era estúpido.

Me incorporé de nuevo a la charla.

— Creo que tiene razón. Esa definición explicaría por qué aparece esa per… esa creación, y no tal otra. La materialización se alimenta de las huellas más durables de la memoria, huellas particularmente diferenciadas. No obstante, ninguna huella está aislada por completo; y la « reproducción » ha absorbido fragmentos de huellas contiguas. Por eso el recién llegado revela tener a veces conocimientos más amplios que los del individuo auténtico, del que es una copia…

—¡Kelvin! — exclamó Snaut otra vez.

Sólo Snaut reaccionaba a mis deslices de vocabulario. A Sartorius no parecían conmoverlo. ¿Esto significaba que el « visitante » de Sartorius era por naturaleza menos perspicaz que el « visitante » de Snaut? Por un segundo, imaginé al sabio doctor Sartorius asediado por un cretino esmirriado.

— En efecto, eso concuerda con nuestras observaciones — dijo Sartorius—. Bien, consideremos ahora el motivo de aparición. Es bastante lógico suponer, en primer lugar, que somos objeto de un experimento. Del examen de esta proposición, concluyo que el experimento está mal encaminado. Cuando nosotros llevamos a cabo un experimento, sacamos provecho de los resultados, y sobre todo, tomamos cuidadosa nota de las fallas del método, y modificamos los procedimientos futuros. Pues bien, en el caso que nos ocupa, no se observa ninguna modificación. Las creaciones F reaparecen idénticas a como eran, sin la más mínima corrección… tan vulnerables como antes, cada vez que nosotros intentamos… desembarazarnos de ellas…

— Bueno — interrumpí—, tiro de retorno sin dispositivo de corrección, como diría el doctor Snaut. ¿Conclusiones?

— Sencillamente que la hipótesis del experimento no concuerda con esta… esta chapucería inverosímil. El océano es… preciso. La estructura de doble nivel de las creaciones F atestigua esa precisión. Dentro de ciertos límites, las creaciones F se comportan como… los verdaderos… los…

Sartorius no conseguía salir del atolladero.

— Los originales — le apuntó vivamente Snaut.

— Sí, los originales. Pero cuando la situación no se adecua ya a las facultades normales del… del original, la creación F padece en cierto modo una « desconexión de la conciencia », seguida inmediatamente por manifestaciones insólitas, inhumanas…

— Es cierto — dije—, y podemos divertirnos confeccionando un catálogo del comportamiento de… de estas creaciones; una ocupación perfectamente estéril.

— No estoy seguro — protestó Sartorius. Comprendí de pronto por qué me irritaba tanto; no hablaba, daba una conferencia, como si estuviera en una sesión del Instituto. Parecía incapaz de expresarse de otro modo—. Aquí hemos de tener en cuenta la noción de individualidad — prosiguió—, que el océano, estoy convencido, ignora por completo. Creo que el aspecto… delicado, el aspecto chocante de nuestra condición

actual escapa del todo a su comprensión.

—¿Usted piensa que esas actividades no son premeditadas?

El punto de vista de Sartorius me había sorprendido bastante; pero reconocí en seguida que era difícil rechazarlo.

— No, contrariamente a nuestro colega Snaut, no creo en ninguna malicia, ninguna crueldad…

La voz de Snaut:

— No le atribuyo sentimientos humanos, sólo trato de explicarme esas reapariciones constantes.

Deseando importunar a Sartorius, dije de pronto:

— Quizá están conectadas a un dispositivo que gira y se repite, interminablemente, como un disco.

— Caballeros, les ruego, no nos dispersemos. No he concluido aún. En circunstancias normales, yo hubiera juzgado prematuro presentar un informe, aun provisional, sobre el estado de mis trabajos, pero en vista de la situación creo que puedo permitirme hablar. Tengo la impresión, sólo una impresión, aclaro, de que la hipótesis del doctor Kelvin es acertada. Me refiero a la hipótesis de una estructura de neutrinos… Nuestros conocimientos en este campo son puramente teóricos; ignorábamos que fuese posible estabilizar tales estructuras. La solución que se nos presenta como posible es bien definida; un modo de neutralizar el campo magnético que asegura la estabilidad de la estructura. .

Desde hacía un momento, yo veía en la pantalla unos rayos luminosos; una ancha hendedura iluminó de arriba abajo la mitad izquierda del receptor, y vi un objeto rosado que se desplazaba lentamente. El obturador de la lente se movió una vez más, y de pronto desapareció.

Sartorius lanzó un grito angustiado.

—¡Véte! ¡Véte!

Vi las manos de Sartorius agitándose y luchando y luego los antebrazos, envueltos en las mangas anchas de un delantal. Un disco dorado brilló de pronto, y en seguida todo se extinguió. Sólo entonces me di cuenta de que aquel disco amarillo era un sombrero de paja…

Recobré el aliento.

—¿Snaut?

Una voz fatigada me contestó:

— Sí, Kelvin… — Comprendí que le tenía mucho afecto y que prefería no saber quién lo acompañaba. — Basta por ahora, ¿estás de acuerdo?

— Sí, estoy de acuerdo. — Antes que él colgara, agregué precipitadamente — Escucha, si puedes, pasa a verme, a la enfermería o a mi cabina ¿quieres?

— Bueno, pero no sé cuándo.

La conferencia había concluido.

Los monstruos

La luz me arrancó del sueño en mitad de la noche. Envuelta en una sábana, con el cabello caído hacia adelante, Harey se había acurrucado a los pies de la cama. Le temblaban los hombros; lloraba en silencio.

Me senté, no del todo despierto, protegiéndome los ojos de la luz, anonadado aún por la pesadilla que me atormentara un momento antes. Harey seguía temblando, y le tendí los brazos. Me rechazó escondiendo la cara.

— Harey.

—¡No me hables!

—¡Harey! ¿qué ocurre?

Ella alzó el rostro húmedo y trémulo. Gruesas lágrimas, lágrimas de niño, le resbalaban por las mejillas, relucían en el hoyuelo del mentón, y goteaban sobre la sábana.

— Tú no me quieres.

—¿Qué estás diciendo?

— Oí.

Sentí que se me contraía la mandíbula.

—¿Qué oíste? No entendiste nada…

— Sí entendí, entendí muy bien, tú decías que no era yo. Querías que me fuera. Y yo me iría, de veras me iría, pero no puedo. No sé por qué. Intenté irme, y no pude. Soy tan cobarde.

— Vamos, por favor…

La tomé en mis brazos, la apreté contra mí. Sólo ella me importaba; nada más existía. Le besaba las manos, los dedos mojados por las lágrimas; le hablaba, le prometía una cosa y otra, le decía que ella había tenido un sueño estúpido, un sueño horrible. Poco a poco se calmó. Dejó de llorar. Tenía los ojos muy abiertos y fijos, ojos de sonámbula.

— No — dijo—, cállate, no hables así, no es necesario. Ya no eres el mismo. — Quise protestar, pero ella continuó:— No, tú no me quieres. Lo comprendí hace tiempo. Fingí no darme cuenta. Pensé que todo era imaginaciones mías, pero no, has cambiado. No me tomas en serio. ¿Un sueño? Sí, es verdad, pero eras tú el que soñaba, y soñabas conmigo. Dijiste mi nombre con repulsión. ¿Por qué? ¿Por qué?

Me arrodillé, le abracé las piernas.

— Mi pequeña…

— No quiero que me hables así, ¿entiendes? No quiero. No soy tu pequeña, no soy una niña. Soy…

Rompió en sollozos y hundió el rostro en la almohada. Me levanté. Los ventiladores zumbaban quedamente. Tenía frío. Me eché sobre los hombros la bata de baño y me senté al lado de Harey. Le toqué el brazo:

— Escucha Harey. Te diré algo. Te diré la verdad.

Harey se incorporó, apoyándose en las manos. Le vi las venas que le palpitaban bajo la piel fina del cuello. Una vez más sentí que se me endurecía la mandíbula. E1 aire parecía todavía más frío, y no se me ocurría nada que decir.

—¿La verdad? — preguntó Harey—. ¿Palabra de honor?

Sentí un nudo en la garganta, y no pude contestarle. Palabra de honor, nuestra fórmula sagrada, la promesa incondicional. Así sellado el juramento, ninguno de nosotros se atrevía a mentir, y aun a ocultar algo. Recordé la época en que un excesivo afán de sinceridad nos atormentaba día y noche, convencidos de que esa búsqueda ingenua de la verdad preservaría nuestra unión.,

— Palabra de honor. Harey… — Ella esperaba. — Tú también, Harey, tú también has cambiado. Todos cambiamos. Pero no es esto lo que quería decirte. Por una razón que ninguno de los dos conoce exactamente, parece que… no puedes dejarme. Y eso me viene bien, porque yo tampoco puedo dejarte…

— No, Kris, tú no has cambiado. Soy yo, soy yo — murmuró—. Algo no anda bien. Quizá tenga relación con el accidente.

Miró el rectángulo negro y vacío de la puerta. En la noche anterior yo había llevado los restos al depósito. Había que instalar una puerta nueva.

Inclinándome sobre Harey, le pregunté:

—¿Duermes alguna vez?

— No sé.

—¿Cómo no sabes?

— Tengo sueños… no sé si son verdaderos sueños. A lo mejor estoy enferma. Me quedo acostada, así, y pienso, y…

Se estremeció.

Le pregunté en voz muy baja:

—¿Qué?

— Tengo pensamientos extraños. No sé de dónde me vienen.

—¿Qué pensamientos?

Traté de mantenerme sereno, y esperé la respuesta de Harey como si estuviese esperando un golpe.

Desamparada, sacudió la cabeza.

— Son pensamientos… — Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza.—.. están alrededor de mi…

— No entiendo.

— Tengo la impresión de que no están en mí, sino más lejos. No puedo explicártelo, no encuentro palabras…

La interrumpí, casi a mi pesar.

— Tienen que ser sueños… — Recobré el aliento y continué:— Ahora, vamos a apagar la luz, y hasta mañana se acabaron los problemas. Mañana por la mañana, si quieres, inventaremos otros nuevos, ¿de acuerdo?

Harey apretó el obturador; la oscuridad cayó entre nosotros. Me tendí en la cama; un aliento cálido se acercaba a mí.

La estreché entre mis brazos; ella murmuró:

—¡Más fuerte! — Y al cabo de un rato — ¡Kris!

—¿Qué?

— Te amo.

Estuve a punto de gritar.

La mañana era roja. El disco abotagado del sol trepaba por el horizonte.

Una carta me esperaba, en el umbral; la abrí. Oía a Harey, que tarareaba en el cuarto de baño. De vez en cuando asomaba la cabeza y yo le veía la cara, oculta a medias por los cabellos mojados.

Fui hasta la ventana y leí:

Kelvin, la cosa se pone en marcha. Sartorius ha pensado que si recurriéramos a ciertas formas de energía lograríamos desestabilizar las estructuras de neutrinos. Querría examinar cierta cantidad de plasma F en órbita. Propone que hagas un vuelo de reconocimiento y que lleves plasma en la cápsula. La decisión es cosa tuya, pero tenme al corriente. Yo no tengo opinión. Me parece que ya no tengo nada. Si prefiero que aceptes, es porque al menos tendremos la impresión de estar dando un paso adelante. Si no, no nos queda otra cosa que envidiar a G.

Tu Rata Vieja.

P.S. No entres en la cabina de radio; eso es todo lo que te pido. Puedes telefonear.

Se me encogió el corazón leyendo esta carta. La repasé atentamente una vez más, luego la rompí y arrojé los trocitos de papel en el fregadero.

Busqué un traje de vuelo para Harey. Repetí los movimientos de la comedia abominable que había imaginado el otro día. Pero Harey no recordaba nada. Cuando le dije que debía partir en viaje de reconocimiento y le propuse acompañarme, se alegró mucho.

Hicimos un alto en la cocina, juntos preparamos el desayuno — Harey comió muy poco— y luego fuimos a la biblioteca.

Antes de cumplir la misión que Sartorius había sugerido, yo quería echar un vistazo a la literatura que trataba de los campos magnéticos y las estructuras de neutrinos. Sin saber aún cómo, había decidido examinar paso a paso las actividades del eminente físico. Evidentemente, me decía, cuando el desestabilizador de neutrinos estuviese a punto, yo no impediría que Snaut y Sartorius « se liberaran »; podía llevar conmigo a Harey y esperaríamos el fin de la operación en algún lugar exterior: en la cabina de un vehículo volante. Yo estaba trabajando con la bibliotecaria automática, que respondía a mis operaciones eyectando una ficha donde se leía la lacónica inscripción « Falta en el catálogo », o amenazaba ahogarme bajo una catarata de obras de física especializada. Sin embargo, yo no tenía ganas de abandonar la vasta sala circular; me sentía a mis anchas entre esas hileras de cajones repletos de microfilms y de cintas grabadas. Situada en el centro mismo de la Estación, la biblioteca no tenía ventanas; era el sitio más aislado en el gran caparazón de acero, y yo me sentía relajado, pese al fracaso manifiesto de mis búsquedas.

Errando a través del inmenso salón, me detuve de pronto ante una estantería que llegaba al cielo raso y cuyos anaqueles soportaban el peso de unos seiscientos volúmenes, todos los clásicos referidos a Solaris, comenzando por los nueve tomos de la monografía monumental y ya relativamente anticuada de Giese. No se trataba por cierto de un despliegue ostentoso, muy improbable aquí, sino de un homenaje respetuoso en memoria de los precursores. Saqué los pesados volúmenes de Giese, y sentándome en el brazo de un sillón me puse a hojearlos. También Harey había encontrado material de lectura; por encima de su hombro descifré algunas líneas. Había elegido uno de los numerosos libros traídos por la primera expedición, *El cocinero interplanetario,* volumen que tal vez hubiera pertenecido a Giese. Harey estudiaba con atención las recetas de cocina adaptadas a las condiciones severas de la cosmonáutica; no dije nada y volví a la estimable obra que tenía en las rodillas: *Solaris. Diez años de exploración* había aparecido en la colección *Solariana,* tomos 4 a 13; la numeración de los últimos volúmenes tenía ya cuatro cifras.

Giese carecía de lirismo; empero, en el estudio de Solaris, un punto de vista lírico es inconveniente. La imaginación y las hipótesis prematuras son particularmente nefastas cuando se trata de un planeta en el que todo al fin resulta posible. Es muy cierto que la descripción inverosímil de las metamorfosis « plasmáticas » del océano quizá traduzca fielmente los fenómenos observados, aun cuando esa descripción sea inverificable, pues el océano rara vez se repite. El carácter extraño, el gigantismo de estos fenómenos deja estupefacto a quien los observa por primera vez; fenómenos análogos serían considerados un simple « capricho de la naturaleza », una manifestación accidental de fuerzas ciegas, si se las observase en escala reducida, en un cenagal. En suma, el genio y el espíritu mediocre quedan perplejos por igual ante la diversidad inagotable de las formaciones solaristas: ningún hombre se ha familiarizado realmente con los fenómenos del océano vivo. Giese no era un espíritu mediocre, ni tampoco un genio. Era un clasificador pedante, uno de esos hombres a quienes una compulsiva dedicación al trabajo preserva de las presiones de la vida cotidiana. La terminología de Giese era relativamente común, completada con términos inventados por él, insuficientes y hasta poco afortunados. Pero ha, de admitirse que ningún sistema semántico de los conocidos hasta ahora podría describir la conducta del océano. Los « árboles-montaña », los « lon-gus », los « fungoides », los « mimoides », las « simetríadas » y « asimetriadas », las « vertébridas » y los « agilus », son términos lingüísticamente bastardos, pero alcanzan a dar una idea de Solaris a quien haya visto el planeta sólo en fotografías borrosas y películas incompletas. En realidad, nuestro escrupuloso clasificador ha pecado más de una vez por imprudencia, sacando conclusiones prematuras. Los hombres están siempre emitiendo hipótesis, aunque desconfíen de ellas. Giese, que se creía a salvo de la tentación, consideraba que los « longus » entraban en la categoría de formas básicas; los comparaba a acumulaciones de olas gigantescas, similares a las mareas de los océanos terrestres. En la primera edición de su obra puede descubrirse que en un principio los llamó « mareas », inspirado por un geocentrismo que podríamos considerar divertido, si no

traicionara explícitamente el dilema de Giese. Ha de precisarse que las dimensiones de los « longus » superan a las del gran cañón del Colorado, y que estos fenómenos ocurren en una materia que en la superficie parece un coloide espumoso (durante esta fantástica « fermentación » la espuma se solidifica en festones de encaje almidonado de mallas enormes; algunos expertos hablan de « tumores osificados »), mientras que abajo la sustancia se vuelve cada vez más firme, como un músculo tenso, un músculo que a unos quince metros de profundidad es duro como roca, y no obstante flexible. El « longus » propiamente dicho parece ser una creación independiente, se extiende a lo largo de varios kilómetros entre paredes membranosas distendidas donde asoman « excrecencias osificadas ». Giese comparó al « longus » con una pitón colosal que luego de haber devorado una montaña, la digiere en silencio, imprimiendo de vez en cuando a su cuerpo reptante un lento movimiento de vibración. El « longus » presenta esa apariencia de reptil letárgico sólo cuando se lo observa desde muy arriba. Cuando uno se acerca, y las dos « paredes de cañón » se alzan en varios centenares de metros por encima del aparato volante, se advierte que ese cilindro inflado, que va de horizonte a horizonte, está animado de un movimiento vertiginoso. Se observa en primer término la rotación continua de una materia oleosa de color verde gris, que refleja la enceguecedora luz del sol; pero si el aparato continúa descendiendo hasta casi tocar el « dorso del reptil » (las aristas del « cañón » que albergan al « longus » se asemejan entonces a las crestas de una falla geológica), se comprueba que el movimiento es mucho más complicado: remolinos concéntricos, donde se entrecruzan corrientes más oscuras.

A veces, ese « manto » se convierte en una corteza lustrosa que refleja el cielo y las nubes, y es acribillada luego por las erupciones detonantes de los gases y fluidos internos. El observador advierte poco a poco que está mirando un centro de fuerzas de donde se alzan al cielo las dos vertientes gelatinosas, que luego cristalizan lentamente. La ciencia, no obstante, no acepta las evidencias sin pruebas y unas discusiones virulentas se sucedieron durante años. El tema principal: la sucesión de los fenómenos en el seno de esos « longus » que surcan por millones las inmensidades del océano vivo.

Se atribuyeron a estos « longus » distintas funciones orgánicas; según unos transformaban la materia; otros descubrían procesos respiratorios; otros llegaban a sugerir que por allí pasaban las materias alimenticias. El polvo de las bibliotecas ha sepultado el repertorio infinito de las suposiciones. Experiencias fastidiosas, a veces peligrosas, eliminaron todas las hipótesis. Hoy sólo se habla de los « longus » como formaciones relativamente simples y que se mantienen estables varias semanas, particularidad excepcional entre los fenómenos observados en el planeta.

Los « mimoides » son formaciones notablemente más complejas y extrañas, y provocan en el observador una reacción más vehemente, instintiva. No es exagerado decir que Giese se había enamorado de los « mimoides » a los que no tardó en consagrarse por entero. Hasta el fin de sus días los estudió, los describió, y trabajó tratando de definirlos. E1 nombre que dio a estos fenómenos indica la característica más asombrosa; la imitación de los objetos, cercanos o distantes, exteriores al océano.

Oculto al principio bajo la superficie del océano, aparece un día un gran disco aplanado, desflecado y como impregnado en alquitrán. Al cabo de unas horas, el disco empieza a descomponerse en hojas, que se elevan lentamente. El observador cree entonces asistir a una lucha mortal: olas poderosas acuden de todas partes en filas apretadas, parecidas a bocas convulsivas que se abren y cierran con avidez alrededor de ese hojaldre desmenuzado y vacilante, y se hunden luego en los abismos. Cada vez que un anillo de olas rompe y se hunde, la caída de esta masa de centenares de miles de toneladas va acompañada un instante de un gruñido viscoso, de un trueno ensordecedor.

El hojaldre bituminoso es empujado hacia abajo, zamarreado, desmembrado; a cada nuevo ataque, unos fragmentos circulares se dispersan y planean como alas ondulantes y lánguidas bajo la superficie del océano; se transforman en racimos piriformes, en largos collares, se fusionan entre sí y vuelven a subir, arrastrando fragmentos grumosos de la base del disco primitivo, mientras alrededor las olas continúan lamiendo los flancos de un cráter que se dilata. El fenómeno puede durar un día, puede arrastrarse un mes, y algunas veces no tiene secuelas. El concienzudo Giese había dado a esta primera variante el nombre de « mimoide abortado », pues tenía la convicción de que estos cataclismos estaban encaminados a un fin último, el « mimoide mayor », colonia de pólipos (que excedía en magnitud la superficie de una ciudad), pálidas excrecencias afectadas a la imitación de formas exteriores. Uyvens, por el contrario, opinaba que esta última fase era una degeneración, una necrosis; según él, la aparición de las « copias » correspondía a una pérdida localizada de las fuerzas propias del océano, que ya no dominaba las creaciones originales.

Giese, sin embargo, insistió en ver las diferentes fases del proceso como un continuo avance hacia la perfección. Esta obstinación era rara y exhibía una extraña seguridad. Giese era un hombre por lo general prudente y mesurado. Cuando insinuaba alguna mínima hipótesis respecto de las otras creaciones del océano, era tan intrépido como una hormiga que se arrastra por un glaciar.

Visto desde lo alto, el mimoide parece una ciudad; una ilusión provocada por nuestra necesidad de

establecer analogías con lo que ya conocemos. Cuando el cielo está claro, una masa de aire recalentado y vibrante recubre las estructuras flexibles del racimo de pólipos coronados por empalizadas membranosas. La primera nube que atraviesa el cielo purpúreo, o de una blancura siniestra, despierta al mimoide. En todas las excrecencias asoman de pronto nuevos brotes; luego, la masa de pólipos emite un grueso tegumento, que se dilata, se achica, cambia de color, y al cabo de unos pocos minutos imita a la perfección las volutas de una nube. El enorme « objeto » proyecta una sombra rojiza sobre el mimoide, cuyas cúspides se doblan acercándose, siempre en sentido contrario al movimiento de la nube real. Estoy seguro de que Giese hubiera dado la mano derecha a cambio de entender la conducta de los mimoides. Pero estas producciones « aisladas » no son nada comparadas con la frenética actividad que exhibe el mimoide cuando es « estimulado » por objetos de origen humano.

El proceso de reproducción abarca todos los objetos que se encuentren dentro de un radio de doce a quince kilómetros. Comúnmente el modelo es una ampliación del original, y a veces las formas son apenas aproximadas. En la reproducción de las máquinas, sobre todo, las simplificaciones son a menudo grotescas, verdaderas caricaturas. La materia de la copia es siempre ese tegumento incoloro, que se cierne sobre las protuberancias, unido a la base por unos tenues cordones umbilicales, y que se desliza y arrastra, que se repliega, se estira o se infla, y adopta al fin las formas más complicadas. Un aparato volante, un enrejado o un mástil son reproducidos con idéntica rapidez. El hombre, empero, no estimula al mimoide, que en verdad no reacciona a ninguna materia viva, y nunca ha copiado, por ejemplo, las plantas traídas con fines experimentales. En cambio, el mimoide reproduce inmediatamente un maniquí, una muñeca, la talla de un perro o un árbol esculpida en cualquier material.

Aquí es necesario señalar que la « obediencia » del mimoide no ha de entenderse como un testimonio de « buena voluntad ». El mimoide más evolucionado tiene días de pereza, lentos o de pulsaciones débiles. Esa « pulsación » no es evidente a simple vista, y fue descubierta mientras se proyectaba un film sobre los mimoides en cámara rápida, pues cada movimiento de flujo y reflujo se prolonga a lo largo de dos horas.

Durante esos « días de pereza », se puede explorar fácilmente al mimoide, sobre todo si es viejo, pues la base anclada en el océano, y las protuberancias de esa base, son relativamente sólidas y proporcionan al hombre un apoyo seguro.

En realidad, también es posible permanecer dentro del mimoide en los « días de actividad », pero entonces un polvo coloidal blanquecino que brota continuamente por las fisuras del tegumento superior imposibilita toda observación. Además, las formas que adopta el tegumento son siempre de tamaño gigantesco, y no es posible reconocerlas de cerca: la « copia » más pequeña tiene las dimensiones de una montaña. Por otra parte, una espesa capa de nieve coloidal cubre rápidamente la base del mimoide; ese tapiz esponjoso sólo se endurece al cabo de unas horas (la corteza « congelada », aunque de un material mucho más ligero que la piedra pómez, soportará con facilidad el peso de un hombre). En definitiva, sin equipo apropiado, se corre el riesgo de extraviarse en el laberinto de estructuras agrietadas y nudosas, que de pronto recuerdan unas columnatas apretadas, de pronto unos geiseres fosilizados. Aun en pleno día es fácil perder el rumbo, pues los rayos del sol no atraviesan el techo blanco proyectado a la atmósfera por « explosiones imitativas ».

En los días faustos (tanto para el sabio como para el mimoide), el espectáculo es inolvidable. En esos días de hiperproducción, se manifiestan en el mimoide extraordinarios « impulsos creativos ». Sobre el tema de un objeto determinado desarrolla durante horas variantes complicadas, « prolongaciones formales », para alegría del artista no figurativo y desesperación del sabio, que no alcanza a distinguir el significado del proceso. El mimoide cae a veces en simplificaciones « pueriles », pero tiene también « desviaciones barrocas », de magnífica extravagancia. Los mimoides viejos, en particular, producen formas muy cómicas. Mirando las fotografías, sin embargo, nunca tuve deseos de reírme; el enigma es demasiado perturbador.

Durante los primeros años de exploración, los investigadores se abalanzaron literalmente sobre los mimoides que fueron llamados ventanas abiertas al océano, pues facilitarían el anhelado contacto de dos civilizaciones. Pronto se reconoció de mala gana que no había tal contacto, que todo se limitaba a una reproducción de formas; el estudio de los mimoides no llevaba a ninguna parte.

Cediendo a la tentación de un antropomorfismo o un zoomorfismo latentes, numerosos sabios, Maartens y Ekkonai entre ellos, los definieron como « órganos sensorios » y hasta como « miembros »: las « vertébridas » y los « agilus » de Giese. Pero si las protuberancias oceánicas que se elevan hasta una altura de cinco kilómetros son « miembros », se podría sostener con parecidas razones que los terremotos son la « gimnasia » de la corteza terrestre.

E1 repertorio de las formaciones que se producen regularmente en la superficie del océano vivo, y que es posible observar por decenas, y hasta por centenas, en el curso de veinticuatro horas, ocupa trescientos capítulos de la obra de Giese. Las simetríadas — según la terminología de la escuela de Giese— son las formaciones menos « humanas », y no tienen ninguna semejanza con cosas terrestres. En la época en que se

emprendió el estudio de las simetríadas, se sabía ya que el océano no era agresivo y que esos torbellinos plasmáticos no devorarían a nadie que no fuese imprudente e irreflexivo en extremo (excluyendo, claro está, los accidentes mecánicos).

En efecto, se puede volar de lado a lado y sin mayor peligro por el cuerpo cilíndrico de los longus o la columna de las vertébrídas que se bambolean entre las nubes, pues en la atmósfera solarista el plasma se retira a la velocidad del sonido para dar paso al cuerpo extraño; túneles profundos se abren incluso bajo la superficie del océano (con un prodigioso consumo de energía: Skriabine la estima en 1019 ergos). No obstante, la exploración de las simetríadas se inició con mucha prudencia, evitando incursiones temerarias y multiplicando las precauciones — a menudo inútiles—. Todos los niños de la Tierra han oído hablar de estos pioneros que se aventuraron en los abismos de una simetríada.

La apariencia de esas formaciones enormes.puede inspirar pesadillas, pero el verdadero peligro es otro: nada hay en el interior de una simetríada que pueda considerarse estable o seguro; hasta las leyes físicas no tienen ahí validez. Los exploradores de las simetríadas — conviene señalarlo— son quienes han sostenido con mayor convicción la tesis de que el océano vivo está dotado de inteligencia.

Las simetríadas aparecen de súbito, como una erupción volcánica. Una hora antes de la « erupción », el océano vitrificado en una extensión de decenas de kilómetros cuadrados empieza a brillar. Sin embargo, se mantiene fluido, y el ritmo de las olas no varía. A veces, ese fenómeno de vitrificación se produce alrededor del embudo dejado por un agilus. Al cabo de una hora, la envoltura brillante del océano se eleva como una burbuja monstruosa, reflejando el firmamento, el sol, las nubes y todo el horizonte, en un abanico de imágenes variadas y cambiantes. La luz refractada es como una calidoscópica fuente de color.

Los efectos de luz sobre una simetríada son especialmente notables en el día azul y a la puesta del sol rojo. Parece entonces que el planeta diera nacimiento a un doble, que de un instante a otro aumenta de volumen. Y de pronto, el polo superior de lo que es ahora un inmenso globo incandescente estalla y se abre, y en la simetríada aparece una grieta vertical; no se trata, sin embargo, de una desintegración. Esta segunda fase, llamada « fase del cáliz floral », dura unos pocos segundos. Los membranosos arcos de bóveda que subían al cielo se repliegan en el interior y se fusionan en un tronco grueso, que encierra una actividad multitudinaria. En el centro de este tronco — explorado por primera vez por los setenta miembros de la expedición Hamalei— un proceso gigantesco de policristalización levanta un eje, llamado comúnmente « columna vertebral », término que no parece adecuado.

La arquitectura vertiginosa de este pilar central es sostenida in *statu nascendi*por fustes verticales, de una consistencia gelatinosa, casi líquida, que brotan continuamente de grietas desmesuradas. Entre tanto, un cinturón de espuma nevosa y burbujeante envuelve al coloso, y todo el proceso está acompañado por un rugido sordo y constante. Desde el centro hacia la periferia los poderosos pilares giran recubriéndose de un material dúctil que viene de las profundidades del mar. Simultáneamente, los geiseres gelatinosos se transforman en columnas móviles provistas de tentáculos que se elevan en racimos hacia puntos rigurosamente determinados por la dinámica general de la estructura. Estas prolongaciones recuerdan las branquias de un embrión, pero giran a una asombrosa velocidad y rezuman hilos de « sangre » rosada y una secreción verdinegra.

Desde este momento, la simetríada comienza a exhibir su característica más extraordinaria: la facultad de ilustrar, y a veces negar, ciertas leyes físicas. (Recordemos que no hay dos simetríadas idénticas y que la geometría de cada una es siempre una « invención » única.) El interior de la simetríada se dedica a fabricar lo que algunos llaman « máquinas monumentales », aunque en nada se parecen a las máquinas construidas por el hombre; pero como se trata de una actividad con fines limitados, es en cierto modo una actividad « mecánica ».

Cuando los geiseres abisales se han solidificado en columnas, o en galerías y pasadizos que corren en todas direcciones, cuando las « membranas » cristalinas se ordenan en una figura inextricable de gradas, paneles y bóvedas, la simetríada justifica su nombre, pues la totalidad de la estructura se divide en dos partes absolutamente iguales.

Al cabo de veinte o treinta minutos el eje se ha inclinado en un ángulo de ocho a doce grados, y el gigante comienza a descender. (Las simetríadas son de distintos tamaños, pero aun las más pequeñas, y con la base ya sumergida, alcanzan una altura de unos ochocientos metros, y son visibles a varios kilómetros de distancia.) Luego, el cuerpo macizo se estabiliza poco a poco — el eje se endereza— y la simetríada, parcialmente sumergida, se inmoviliza al fin. Entonces es posible explorarla sin peligro, introduciéndose por uno de los numerosos sifones que atraviesan la bóveda, cerca de la cúspide. La simetríada completa parece ser el modelo tridimensional de una ecuación trascendente.

Es sabido que el lenguaje figurado de la geometría superior puede representar cualquier ecuación. La simetríada, desde este punto de vista, está emparentada con los conos de Lobatchevsky y las curvas negativas de Ríemann, aunque la relación es bastante imprecisa, dada la complejidad inimaginable del

fenómeno. Bajo la forma de un volumen de varios kilómetros cúbicos, la simetríada puede entenderse como el desarrollo de todo un sistema matemático; en realidad, un desarrollo tetradimensional, pues los términos fundamentales de las ecuaciones se expresan asimismo en el tiempo, en modificaciones temporales.

Parece obvio suponer que la simetríada sería la computadora del océano vivo, una representación en el espacio — y en la escala del océano— de operaciones matemáticas ininteligibles, pero hoy ya nadie admite esta idea de Fermont. La hipótesis era por cierto tentadora; no obstante, el concepto de un océano empeñado en examinar los problemas de la materia, del cosmos y de la existencia, resultó insostenible. Mediante erupciones titánicas, la sustancia oceánica sería la expresión infinitamente compleja de un análisis superior. Fenómenos múltiples contradicen esta concepción demasiado simple (de una ingenuidad pueril, según algunos).

Hubo por cierto intentos de describir la simetríada, mediante alguna trasposición o « ilustración ». La demostración de Awerian conoció un éxito no desdeñable. Imaginemos, decía, un edificio babilónico, pero construido con una sustancia viva, sensible y capaz de evolucionar; la arquitectura de este edificio pasa por una serie de fases, y veremos cómo adopta las formas de un edificio griego, y luego romano; las columnas brotan como tallos, se adelgazan; la bóveda se aligera, se eleva, se curva; los arcos describen de pronto una parábola y se rompen convirtiéndose en flechas. Ha nacido el gótico, el tiempo huye y aparecen otras formas; la austeridad se descompone en líneas y formas explosivas: la exuberancia del barroco; si la progresión continúa — entendiendo siempre que las mutaciones sucesivas son como etapas en la vida de un organismo— llegamos al fin a la arquitectura de la época cósmica, y quizá a entender de algún modo qué es una simetríada.

Sin embargo, aunque esta analogía fuera ampliada y mejorada (se intentó visualizarla con la ayuda de maquetas y films), continúa siendo endeble y superficial; en realidad es evasiva, ilusoria, y elude lo más importante: la simetríada no se parece a nada que se haya visto alguna vez en la Tierra…

La mente humana no puede absorber sino pocas cosas a la vez; vemos sólo lo que ocurre ante nosotros, aquí y ahora; no podemos concebir simultáneamente una sucesión de procesos, ni siquiera procesos concurrentes o complementarios. Nuestras facultades de percepción son también limitadas, aun ante fenómenos relativamente simples. E1 destino de un hombre puede estar henchido de significado; el de algunos centenares no tanto; pero la historia de miles y millones de hombres nada significa, en el sentido literal del término. La simetríada es un millón, no, mil millones, elevados a la n potencia: lo incomprensible. Exploramos unos vastos recintos — cada uno con una capacidad de diez unidades de Kronecker—, nos arrastramos como hormigas, aferrados a las grietas de las bóvedas, observando el inmenso despliegue; opalescencias grises a la luz de nuestros proyectores, cúpulas leves que se entrecruzan y equilibran infaliblemente, perfección de un instante, pues todo aquí pasa y se extingue. La esencia de esta arquitectura es un movimiento sincronizado y orientado hacia una meta precisa. Nosotros no observamos sino un fragmento del proceso, la vibración de una sola cuerda en una orquesta sinfónica de supergigantes; sabemos — y nos parece inconcebible— que arriba y abajo, en abismos vertiginosos, más allá de los límites de la percepción y la imaginación, millares y millones de transformaciones operan simultáneamente, ligadas entre sí como en un contrapunto matemático. Alguien ha hablado de sinfonía geométrica; pero no tenemos oídos para ese concierto.

Sólo desde muy lejos podría verse algo; pero en realidad todo pasa en el interior de la simetríada; matriz colosal y prolífera que nunca deja de crear, donde la criatura se transforma en seguida en creador, y « gemelos » perfectamente idénticos nacen en las antípodas, separados por torres que suben al cielo y kilómetros de distancia. La sinfonía se crea a sí misma y escribe su propio final, que nos parece terrible. Los observadores tienen la impresión de asistir a una tragedia, o a una masacre. Al cabo de dos o tres horas — nunca más— el océano vivo inicia el ataque. La superficie lisa del océano se pliega y se anima, la espuma desecada vuelve a fluir, comienza a burbujear. De todos los horizontes acuden, olas, en legiones concéntricas, mandíbulas entreabiertas mucho más grandes que los labios del mimoide embriónico, y todas » juntas comprimen la base sumergida de la simetríada. E1 coloso se alza, como si fuera a escapar a la atracción del planeta; las capas superiores del océano se arriman todavía más, las olas suben, lamen los flancos de la simetríada, la envuelven, se endurecen, obstruyen los orificios. No obstante, el mayor espectáculo se presenta en el interior de la simetríada. En un principio, el proceso de creación — la arquitectura evolutiva— se paraliza un instante; en seguida sobreviene « el pánico ». La flexible interpenetración de las formas móviles, el desplazamiento armonioso de planos y líneas se aceleran todavía más, y se tiene la impresión ineludible de que la simetríada ha advertido un peligro y se apresura a emprender alguna tarea. E1 horror causado por las metamorfosis y la dinámica de la simetríada crece viendo cómo las espléndidas bóvedas se derrumban, los arcos se desploman y cuelgan flojamente, y aparecen « notas falsas »: formas incompletas, confusas, grotescas. Desde los abismos invisibles sube un poderoso rugido, un ronquido agónico reverbera en canales estrechos y truena en las cúpulas

desmoronadas. De las gargantas monstruosas, erizadas de estalactitas de flema, de cuerdas vocales inertes, brotan unos profundos estertores. El espectador, pese a la creciente violencia destructiva de estas convulsiones, no atina a moverse. Sólo el huracán que sopla de los abismos y aúlla en millares de galerías sostiene aún la elevada estructura. Pronto el viento amaina, y la construcción empieza a hundirse. Se observan los últimos temblores: contorsiones, espasmos ciegos y desordenados. E1 gigante se hunde lentamente y en la superficie queda un torbellino de espuma.

¿Qué significa todo esto?

Recordé un incidente, de la época en que yo era asistente de Gibarían. Un grupo de escolares que visitaba el Instituto Solarista en Aden había llegado a la sala principal de la biblioteca y observaba las cajas de microfilms que se apilaban en toda la mitad izquierda del recinto. Se les explicó que entre otros fenómenos inmortalizados por la imagen había allí fragmentos de simetríadas desaparecidas hacía mucho tiempo; no fotografías aisladas sino bobinas enteras, ¡más de noventa mil!

Una chiquilla regordeta, de unos quince años, miró resueltamente por encima de las gafas y preguntó:

« ¿Y para qué son? »

Siguió un embarazoso silencio. La maestra le echó a la niña una mirada severa, y entre los solaristas que actuaban como guías (yo era uno de ellos) nadie pudo responder. Cada simetríada es única, y los fenómenos que sobrevienen en el interior parecen en general imprevisibles. Algunas veces no hay ningún sonido. A veces el índice de refracción aumenta o disminuye. Otras, un cambio local en la gravitación acompaña a las pulsaciones, como si el corazón de la simetríada latiera gravitando. A veces, las brújulas de los observadores se ponen a girar, unas capas ionizadas aparecen y desaparecen… El catálogo podría continuar indefinidamente. Por otra parte, si un día llegamos a resolver el misterio de las simetríadas, ¡aun restarían las asimetríadas!

Las asimetríadas nacen como las simetríadas, pero terminan de un modo distinto. Exteriormente sólo se observan estremecimientos, vibraciones y centelleos; sabemos sin embargo que en el interior de una asimetríada los procesos se desarrollan a una velocidad que desafía las leyes físicas; son los llamados « fenómenos cuánticos gigantes ». La analogía matemática con ciertos modelos tridimensionales del átomo es tan inestable y fugaz que algunos observadores la desechan considerándola de interés secundario, o meramente accidental. Las asimetríadas son de vida corta, quince o veinte minutos, y el fin es aún más desconcertante que en una simetríada. Junto con el viento aullador que sopla en la asimetríada, un fluido espeso brota y gorgotea cubriéndolo todo con una ebullición de espuma; en seguida una explosión, acompañada por una erupción fangosa, proyecta al aire una columna de escombros que caen en una lluvia turbia sobre el océano agitado. Estos escombros aparecen a veces a decenas de kilómetros del foco de la explosión; parecen copos consumidos, amarillentos, aplastados, cartilaginosos.

Otras creaciones más raras, difíciles de observar y de variable duración se desarrollan completamente fuera del océano. Los primeros vestigios de estos « independientes » fueron identificados — erróneamente se demostró luego— como restos de unas criaturas que habitaban en las profundidades abisales. Estas formas autónomas recuerdan en general a pájaros de muchas alas, que huyen de las trompas móviles de los agilus; pero las preconcepciones terrestres no ayudan a dilucidar los misterios de Solaris. Alguna vez, aparición excepcional en la ribera rocosa de una isla, se observan extraños cuerpos, parecidos a focas, que se revuelcan al sol o se arrastran perezosamente de vuelta al océano.

No se salía del círculo de la experiencia humana. En cuanto a un primer contacto…

Los exploradores recorrían centenares de kilómetros en las profundidades de las simetríadas, instalando aparatos grabadores y cámaras automáticas. Los satélites artificiales captaban el nacimiento de los mimoides y los longus, reproduciendo fielmente imágenes de crecimiento y destrucción. Las bibliotecas desbordaban, los archivos se acrecentaban, y el precio pagado por toda esta documentación fue a menudo oneroso.

Una catástrofe tristemente célebre costó la vida de ciento seis personas, entre ellas el propio Giese, que a la sazón contaba sesenta años; la expedición estudiaba una simetríada perfectamente caracterizada, que fue destruida de improviso en un proceso propio de las asimetríadas. En dos segundos, una erupción de barro gelatinoso engulló a setenta y nueve hombres, con máquinas y aparatos; otros veintisiete hombres que observaban la zona desde aviones y helicópteros, también fueron arrastrados al abismo. El lugar de la catástrofe, en la intersección del paralelo 42 y el meridiano 89, lleva desde entonces el nombre de Erupción de los Ciento Seis. Pero sólo los mapas conservan el recuerdo de este cataclismo, del que no queda en el océano ningún rastro.

A raíz de la Erupción de los Ciento Seis, y por vez primera en la historia de los estudios solaristas, hubo varios petitorios que exigieron un ataque termonuclear contra el océano. Esta respuesta hubiese sido más cruel que una venganza: se pretendía destruir algo que no entendíamos. A pesar de que nunca se lo reconoció oficialmente, es probable que el ultimátum de Tsanken influyera sobre el resultado negativo del

voto. Tsanken estaba al mando del equipo de reserva de Giese, y un error de transmisión le había salvado la vida; había volado sin rumbo por encima del océano y llegó a las cercanías de la catástrofe — donde aún se veía la nube negra fungiforme— pocos minutos después de la explosión.

Cuando se enteró del proyecto de ataque nuclear, amenazó con volar la Estación, junto con los diecinueve sobrevivientes.

Hoy no somos más que tres en la Estación. Supervisada por satélites, la edificación de la Estación ha sido una hazaña técnica que puede enorgullecer a los hombres; pero el océano, en pocos segundos, levanta estructuras infinitamente más notables. La Estación es un disco de cien metros de radio; hay cuatro niveles en el centro y dos niveles en el contorno; gravitadores encargados de compensar las fuerzas de atracción la mantienen a una altura de entre quinientos y mil metros por encima del océano. Además de todos los aparatos de que disponen las estaciones ordinarias y los grandes sateloides de los otros planetas, la Estación Solaris está equipada con radares especiales, sensibles al más mínimo cambio en la superficie del océano, y conectados a un circuito energético auxiliar capaz de llevar el disco de acero a la estratosfera, en cuanto aparecen los signos precursores de una nueva construcción plasmática.

Pero hoy, no obstante la presencia de nuestros fieles « visitantes », la Estación estaba singularmente despoblada. Desde que los robots fueran encerrados en los depósitos del nivel inferior — por una razón que yo ignoraba aún—, uno podía ir de un lado a otro por las cubiertas de este buque fantasma sin tropezarse con nadie; la tripulación había desaparecido y las máquinas continuaban funcionando.

Cuando devolví a su estante el noveno volumen de la monografía de Giese, me pareció que el suelo de acero, revestido de plástico, había vibrado bajo mis pies. Me detuve un momento, pero la vibración no se repitió. Como la biblioteca estaba completamente aislada de las otras salas, esa vibración sólo podía tener un origen: la partida de un cohete. Este pensamiento me devolvió a la realidad. Todavía no me había decidido a dejar la Estación, como lo deseaba Sartorius. Simulando aprobar el plan, ya estaba postergando la iniciación de las hostilidades, pues había decidido salvar a Harey. ¿Pero tenía Sartorius alguna posibilidad de éxito? De cualquier modo, era físico, y conocía bien el problema, mientras que yo, paradójicamente, sólo podía contar con la superioridad del océano. Durante una hora me afané en el estudio de los microfilms, tratando de comprender la física de los neutrinos a través de un lenguaje matemático que no me era familiar. Al principio, la empresa me pareció sin esperanzas; no había menos de cinco teorías sobre los campos de neutrinos, signo evidente de que ninguna era definitiva. Sin embargo, al fin conseguí desbrozar una parcela de terreno bastante promisoria. Estaba copiando las fórmulas cuando oí que llamaban.

Me levanté rápidamente y entreabrí la puerta. Snaut alzó hacia mí un rostro reluciente de sudor. Detrás, el corredor estaba desierto.

— Ah, eres tú… Entra.

— Sí, soy yo.

Snaut hablaba con voz ronca. Tenía los párpados hinchados, y los ojos inyectados en sangre. Llevaba un delantal antirradiactivo de caucho reluciente, y unos tirantes le sostenían los viejos pantalones grasientos.

Paseó la mirada por la sala circular, uniformemente iluminada, y se detuvo en Harey; ella estaba de pie, en el fondo, al lado de un sillón. Snaut se volvió hacia mí; yo bajé imperceptiblemente los párpados. El asintió y yo dije con aire desenvuelto:

— Harey, el doctor Snaut. Snaut, te presento a mi mujer.

— Yo… soy sólo un miembro menor del equipo; no me hago ver con mucha frecuencia, por eso… — La vacilación de Snaut se prolongó peligrosamente, pero al fin consiguió decir — Por eso no he tenido el placer de conocerla antes…

Harey sonrió y le tendió la mano. Snaut se la estrechó con cierta estupefacción, parpadeó varias veces y se quedó mirando a Harey, sin decir nada.

Lo tomé por el brazo.

— Discúlpeme — le dijo a Harey—. Quería hablarte, Kelvin…

— Por supuesto. — La comedia me parecía siniestra ¿pero qué otra cosa podía hacer? — ¡Harey, mi querida, no te molestes! Tenemos que discutir asuntos de trabajo bastante enojosos…

Tomé a Snaut por el codo y lo llevé a las butacas del otro lado de la sala. Harey se sentó en el sillón que yo había ocupado antes, y lo hizo girar; ahora podía vernos por encima del libro.

—¿Qué hay de nuevo? — pregunté en voz baja.

— Me he divorciado — cuchicheó Snaut. Si pocos días antes alguien hubiese iniciado así una conversación, yo me hubiera reído con ganas; pero la Estación había embotado mi sentido del humor—. Desde anoche he vivido horas que valen años — agregó—. Años que no se olvidan. ¿Y tú?

Al cabo de un instante respondí:

— Nada.

No sabía qué decir. Le tenía mucho afecto a Snaut; sin embargo, desconfiaba de él, o mejor dicho, desconfiaba del motivo de la visita.

—¿Nada? — repitió Snaut—. Tú debías…

Fingí no entender.

—¿Qué?

Con los ojos entornados, se inclinó tan cerca de mí que me echó el aliento en la cara.

— Nos enredamos en este asunto, Kelvin. No consigo comunicarme con Sartorius. Sólo sé lo que te escribí, lo que él me contó después de nuestra pequeña conferencia…

—¿Desconectó el teléfono?

— No, un corto circuito en el laboratorio. Quizá lo provocó él mismo, a menos que… — Cerró el puño con fuerza y amagó el ademán de aplastar un objeto. Una sonrisa desagradable le levantó las comisuras de los labios. Yo lo miraba sin decir una palabra. — Kelvin, he venido para… ¿qué piensas hacer?

—¿Vienes a buscar mi respuesta a tu carta? Saldré de paseo, no tengo motivos para rehusarme. Justamente preparaba mi viaje…

Snaut me interrumpió.

—¡No! No se trata de eso.

—¿No? ¿De qué, entonces? Te escucho.

— Sartorius… cree estar sobre la pista. — Snaut no me sacaba los ojos de encima. Yo no me movía; trataba de conservar un aire indiferente. — Todo comenzó con ese experimento de rayos X que él y Gibarían llevaron a cabo, ¿te acuerdas? Eso puede haber provocado cierta alteración…

—¿Qué alteración?

— Apuntaron los rayos directamente al océano, modulando la intensidad de acuerdo con un programa.

— Ya sé. Niline ya lo hizo, y muchos otros.

— Sí, pero las radiaciones eran débiles. Esta vez fue una radiación poderosa. Recurrieron a toda la energía disponible.

— Eso puede tener consecuencias… violación de la Convención de los Cuatro, y las Naciones Unidas…

— Vamos, Kelvin, bien sabes que eso ya no es importante. Gibarían está muerto.

— Ah, y Sartorius lo ha convertido en chivo emisario.

— No sé. No hablamos de eso. A Sartorius le llama la atención el horario de los « visitantes »; llegan siempre cuando uno se despierta. Parece que el océano se interesara principalmente por nuestras horas de sueño y extrajera entonces de nosotros modelos y fórmulas. Ahora Sartorius quisiera enviarle nuestro « estado de vigilia ». Nuestros pensamientos conscientes ¿entiendes? — ¿Por correo?

— Ahórrate las bromas. La idea es modular los rayos mediante un electroencefalograma tomado de uno de nosotros.

— Ah. — Yo empezaba a entender. — Uno de nosotros, soy yo.

— Sí, Sartorius ha pensado en ti.

— Qué generoso.

—¿Entonces?

Yo callaba. Snaut le echó una ojeada a Harey, que leía con aire absorto; en seguida, volvió a mirarme. Yo sentí que me ponía pálido.

—¿Entonces? — repitió Snaut.

Me encogí de hombros.

— La idea de utilizar rayos X para transmitir algún sermón sobre la grandeza del hombre me parece ridícula.

—¿De veras?

— Sí.

— Muy bien — dijo sonriendo como si yo hubiese coincidido con él—. Entonces, ¿estás en contra del proyecto de Sartorius?

Ignoraba cómo había ocurrido, pero veía ahora que Snaut me había llevado por las narices.

— Muy bien — prosiguió—. Hay un segundo proyecto: construir un aparato Roche.

—¿Un desintegrador?

— Sí. Sartorius, ya ha hecho los primeros cálculos. Es posible, y ni siquiera requiere mucho gasto de energía. El aparato generará un campo magnético negativo las veinticuatro horas del día, durante un tiempo ilimitado.

—¿Y los efectos?

— Ningún problema. Campos negativos de neutri-nos. La materia común no sufrirá ningún cambio. La desintegración alcanzará sólo las estructuras de neu-trinos, ¿entiendes?

Snaut sonreía, satisfecho. Yo lo miraba, con la boca abierta, y él dejó de sonreír. Frunció el ceño, me

observó con atención, y esperó un momento antes de hablar.

— Bueno, dejamos de lado la operación « Pensamiento ». Sartorius está trabajando ya en el segundo plan. Lo llagaremos « Liberación ».

Cerré un instante los ojos. De pronto., me decidí, Snaut no era físico. Sartorius había desconectado o destruido el videófono. Perfecto.

— Yo llamaría « Operación Masacre » a este segundo proyecto — dije.

— Tú sabrás por qué. No me niegues que has practicado bastante últimamente. Pero esta vez hay una diferencia radical. No más « visitantes », no más creaciones F… Se desintegrarán tan pronto como aparezcan.

Yo meneé la cabeza, y esbocé una sonrisa que quería parecer natural.

— Hay un malentendido. No te hablo de escrúpulos morales, sino de supervivencia. Mi querido Snaut, yo no quiero morir.

—¿Cómo?

Snaut me miraba con desconfianza.

Saqué de mi bolsillo una hoja cubierta de fórmulas.

— Yo también consideré la posibilidad de ese « experimento ». ¿Te extraña? Sin embargo, fui yo quien formuló la hipótesis de los neutrinos ¿no? Mira. Sí, es posible generar campos negativos, que serían inofensivos para la materia ordinaria. Pero en el momento de la desintegración, cuando la estructura de neutrinos se derrumbe, liberaremos un considerable excedente de energía. Si admitimos por kilogramo de sustancia en reposo 108 ergos, para una creación F habrá que multiplicar 57 por 108. ¿Sabes lo que eso significa?… Una pequeña bomba de uranio estallando dentro de la Estación.

—¿Pero tú piensas que Sartorius no lo ha tenido en cuenta?

Esbocé una sonrisa maliciosa.

— No necesariamente. Te das cuenta, Sartorius pertenece a la escuela de Frazer y Cajolla. Según ellos, en el momento de la desintegración, toda la energía latente es liberada como radiación luminosa, intensa, pero no destructiva. Sin embargo, hay otras hipótesis, otras teorías acerca de los campos de neutrinos. Según Cayatte, según Awalow, según Sion, el alcance de la emisión es mucho más vasto; al llegar al máximo, la energía se transforma en una poderosa emisión de rayos gamma. Sartorius confía en sus maestros y en sus teorías, magnífico; pero hay otros maestros y otras teorías. Ya sabes, Snaut — proseguí, viendo que mis palabras lo habían impresionado—, también es preciso tener en cuenta al Océano. Para realizar esas creaciones, ha aplicado sin duda un método óptimo. En otras palabras, los procedimientos del océano dan la razón a esas otras teorías, y no a Sartorius.

— Pásame ese papel, Kelvin…

Le di la hoja. Snaut inclinó la cabeza y trató de descifrar mis garabatos.

Señaló una línea de ecuaciones.

—¿Qué es esto?

Tomé de nuevo la hoja.

—¿Esto? El tensor de transmutación del campo magnético.

— Me llevaré el papel.

—¿Para qué?

Yo sabía lo que iba a contestarme.

— Tengo que mostrarle estos cálculos a Sartorius.

— Como quieras… — Me encogí de hombros. — Puedes llevarte la hoja, por supuesto, pero no olvides que nadie ha verificado aún estas teorías. No conocíamos aún semejantes estructuras. Sartorius confía en Frazer y yo he seguido la teoría de Sion. Sartorius te dirá que yo no soy físico, que tampoco lo es Sion. No al menos según su punto de vista. Discutirá. No me meteré en una discusión que me llevaría a retractarme, para mayor gloria de Sartorius. A ti, puede convencerte. No me siento con fuerza para convencer a Sartorius, y no quiero intentarlo.

— Entonces ¿qué quieres hacer? El se ha puesto a trabajar…

Snaut hablaba con una voz monótona. La animación inicial había desaparecido. Yo no sabía si confiaba en mí, y no me importaba demasiado.

—¿Qué quiero hacer? — respondí en voz baja—. Lo que hace un hombre cuando su vida corre peligro.

— Trataré de hablarle. Quizá pueda desarrollar un dispositivo de seguridad — gruñó Snaut, y. alzó la cabeza—. Escucha. ¿Y el otro proyecto? ¿Aceptarías? Sartorius estaría de acuerdo. En todo caso, vale la pena probar.

—¿Te parece?

— No — dijo Snaut en seguida—, ¿pero qué podemos perder?

Yo no quería aceptar demasiado pronto. Necesitaba ganar tiempo y Snaut podía ayudarme a prolongar

el plazo.

— Lo pensaré.

— Bueno, me voy. — Se puso de pie, y le crujieron los huesos. — Habrá que preparar el encefalograma — dijo frotándose el delantal, como si quisiera borrar alguna mancha.

Sin despedirse de Harey, fue hacia la puerta. Con el libro apoyado en las rodillas, Harey lo miró salir. Cuando la puerta se cerró, me incorporé. Desarrugué la hoja de papel que aún tenía en la mano. Yo no había falsificado las fórmulas. ¿Pero habría aprobado Sion mis conclusiones? Probablemente no.

Me sobresalté; Harey se había acercado y me había tocado el hombro.

—¡Kris!

—¿Qué, mi querida?

—¿Quién era?

— El doctor Snaut, ya te lo dije.

—¿Qué clase de hombre es?

— Lo conozco poco… ¿por qué?

— Me miraba de un modo tan raro…

— Eres una mujer atractiva.

Harey sacudió la cabeza.

— No, me miraba de otro modo… como si… — Se estremeció, alzó hacia mí los ojos un momento, y los bajó otra vez. — Volvamos a la cabina.

El oxigeno líquido

No sé cuánto tiempo estuve acostado en la oscuridad, los ojos clavados en la esfera luminosa del reloj pulsera. Yo sentía una cierta sorpresa, pero también, y como impresión básica, una indiferencia profunda. El círculo de cifras fosforescentes y aun mi propia extrañeza no tenían ningún significado. Atribuí todo eso a la fatiga. Me volví de costado. La cama me pareció demasiado ancha. Contuve al aliento; ningún ruido turbaba el silencio del cuarto.

¿Harey? No la oía respirar. Extendí el brazo. Yo estaba solo.

Iba a llamar a Harvey, cuando oí unos pasos pesados que se acercaban. No me moví.

—¿Gibarían?

— Sí, soy yo. No enciendas la lámpara.

—¿No?

— No es necesario. Es mejor que nos quedemos a oscuras.

— Pero ¿estás muerto?

— No te preocupes. Reconociste mi voz ¿no es así?

— Sí. ¿Por qué te mataste?

— No podía hacer otra cosa. Tú llegaste cuatro días tarde. Si no tal vez no me habría matado. Pero no te atormentes. No lamento nada.

—¿Estás realmente aquí, no estoy durmiendo?

— Ah, crees que sueñas conmigo, como creías soñar a Harey.

—¿Dónde está ella?

—¿Cómo podría saberlo?

— Tengo la impresión de que lo sabes.

— Guárdate tus impresiones. Digamos que yo la reemplazo.

— Quisiera que ella estuviese aquí.

— Imposible.

—¿Por qué? Sabes bien que no eres tú realmente… sino mi…

— No. Soy el verdadero Gibarían, que ha renacido. Pero no perdamos el tiempo en charlas inútiles.

—¿Te irás de nuevo?

— Sí.

—¿Y entonces ella volverá?

—¿Te importa? ¿Qué es ella para ti?

— Me pertenece.

— Le tienes miedo.

— No.

— Te disgusta…

—¿Qué esperas de mí?

— Apiádate de ti mismo, tienes buenas razones, pero no de ella. Ella siempre tendrá veinte años. Tú lo sabes.

Me sentí tranquilo de pronto, en apariencia sin ningún motivo. Pensé que Gibarían se había acercado todavía más y que estaba ahora a los pies de la cama. La oscuridad era aún impenetrable.

—¿Qué quieres? — murmuré.

— Sartorius ha convencido a Snaut de que has estado engañándolo. Ahora son ellos quienes quieren engañarte. Ese pretendido emisor de rayos X es en realidad un desintegrador de campos magnéticos.

—¿Dónde está Harey?

—¿No me oyes? ¡He venido a prevenirte!

—¿Dónde está?

— No sé. Ten cuidado. Necesitarás un arma. No puedes confiar en nadie.

— Puedo confiar en Harey.

Una risa apagada.

— Claro, puedes confiar en ella hasta cierto punto. Y en última instancia, puedes seguir mi ejemplo.

— Tú no eres Gibarían.

—¿No? ¿Quién soy entonces? ¿Un sueño?

— No. Sólo una marioneta. Pero no lo sabes.

—¿Y tú cómo sabes quién eres?

Quise levantarme; no podía moverme. Gibarían continuaba hablando. Yo no entendía las palabras; sólo escuchaba el ronroneo de la voz. Traté de vencer esa inercia que me doblegaba el cuerpo. Una sacudida y… me desperté, respirando entrecortadamente, tendido de espaldas. Era de noche. Había soñado, había tenido una pesadilla. Y entonces oí una voz lejana, monótona: « …un dilema irresoluble. Nos perseguimos a nosotros mismos. Los políteros se comportan como amplificadores selectivos de nuestros propios pensamientos. Si tratamos de entender los motivos de estos fenómenos, caemos en seguida en el antropomorfismo. Donde no hay hombres, no hay motivos humanos. Si deseamos continuar investigando, hemos de destruir nuestros propios pensamientos. En cuanto a destruir las formas materializadas, sería como cometer un asesinato. »

Reconocí en seguida la voz de Gibarían. Extendí de nuevo el brazo; yo estaba solo aún. Me había vuelto a dormir, soñaba otra vez…

—¿Gibarían? — llamé.

La voz se interrumpió en mitad de una frase. Oí un débil jadeo, y una ráfaga de aire me tocó la cara.

— Bueno, Gibarían — bostecé—, parece que estuvieras persiguiéndome de un sueño a otro…

Oí un crujido muy cerca de mí; alcé la voz:

—¡Gibarían!

Los resortes de la cama chirriaron. Una voz me murmuró al oído:

— Kris… soy yo.

—¿Eres tú, Harey? ¿Y Gibarían?

— Kris… me dijiste que Gibarían había muerto.

— Puede vivir en un sueño — le dije, fatigado, aunque no estaba seguro de que hubiera sido un sueño —. Me habló, estaba aquí…

Rocé con los labios el brazo tibio de Harey y dejé caer la cabeza en el hueco de la almohada.

A la luz roja de la mañana, recordé otra vez. Yo había soñado que hablaba con Gibarían. Pero luego.. hubiese jurado que había oído la voz de él. No recordaba bien lo que había dicho. No había sido una conversación; parecía un discurso. ¿Un discurso?

Harey se estaba lavando. El agua corría a chorros en el cuarto de baño. Miré debajo de la cama, donde unos días antes yo había escondido el grabador. No estaba allí.

—¡Harey! — Harey se asomó, chorreando agua. — ¿No viste un grabador debajo de la cama, uno pequeño de bolsillo?

— Había muchas cosas debajo de la cama. Las puse todas allá arriba.

Me señaló un estante, al lado del botiquín, y desapareció en el cuarto de baño. Salté de la cama.

No encontré el grabador. Cuando Harey salió del baño, le dije que tratara de recordar.

Harey estaba sentada peinándose y no contestó. Solo entonces noté que estaba pálida y que me observaba con atención en el espejo. Insistí.

— Harey, falta el grabador.

—¿No tienes otra cosa que decirme?

— Lo siento. Sí, es estúpido hacer tanto alboroto por un grabador.

Sobre todo nada de discusiones, pensé.

Desayunamos. Harey no se comportaba como los demás días; pero yo no podía decir cuál era la diferencia. Miraba alrededor; a veces parecía abstraída, y no oía lo que yo estaba diciéndole. En una ocasión alzó la cabeza y vi que tenía los ojos húmedos.

—¿Qué te pasa, estás llorando?

— Oh, déjame tranquila — estalló Harey—. No son lágrimas de verdad.

Tal vez yo no hubiera debido contentarme con esta respuesta, pero a nada le temía tanto como a las « conversaciones sinceras ». Además otros problemas me preocupaban; había soñado que Snaut y Sartorius conspiraban contra mí, y aunque estaba seguro de que sólo había sido un sueño, me preguntaba si encontraría en la estación alguna arma defensiva. No llegué a imaginar, sin embargo, qué haría con esa arma, si la conseguía alguna vez. Le dije a Harey que iría a inspeccionar los almacenes. Ella me siguió silenciosa.

Revolví los cajones, busqué en las cápsulas y cuando llegué abajo no pude resistir la tentación de echar un vistazo en la cámara refrigeradora. No quise dejar entrar a Harey; entreabrí la puerta y miré dentro. La mortaja oscura cubría una forma alargada; desde la puerta no alcancé a ver si la mujer negra dormía aún junto al cadáver de Gibarían. Me pareció que ya no estaba allí.

Fui de depósito en depósito, y no encontré nada que me conviniese. Me sentía cada vez más deprimido. De pronto, noté que Harey no me acompañaba. En seguida reapareció; se había demorado en el pasillo. Le dolía tanto no verme, y sin embargo había intentado alejarse. Eso hubiera debido sorprenderme. En cambio me hice el ofendido —¿pero quién me había ofendido? — refunfuñando entre dientes.

Me dolía la cabeza, y vacié el botiquín; no había ni siquiera una aspirina. No tenía ganas de volver a la enfermería. No tenía ganas de nada. Nunca había estado de peor humor. Harey se deslizaba como una sombra por el cuarto; de vez en cuando se retiraba a alguna parte — no sé a dónde, yo no le prestaba ninguna atención— y luego volvía.

Por la tarde, en la cocina (acabábamos de comer, pero Harey, en realidad, no había probado bocado, y yo no había insistido), ella dejó su silla y vino a sentarse a mi lado. Me tocó el brazo, y gruñí.

—¿Qué pasa?

Yo tenía la intención de subir a la cubierta superior, pues la tubería traía los sonidos crepitantes de un aparato de alto voltaje. Pero hubiera tenido que llevar a Harey conmigo. Ya había sido difícil justificar la presencia de Harey en la biblioteca; si la veían en otra parte, en las cercanías de las máquinas, podía provocar algún comentario inoportuno de parte de Snaut. Renuncié a salir.

— Kris — murmuró ella— ¿qué nos pasa?

Suspiré a mi pesar; decididamente, nada era demasiado bueno desde la noche anterior.

— Todo marcha muy bien. ¿Por qué?

— Quisiera hablar contigo.

— Bueno, escucho.

— Así no.

—¿Cómo? Me duele la cabeza, tú lo sabes, tengo un montón de preocupaciones…

— Un poco de buena voluntad, Kris.

Me obligué a sonreír; fue sin duda una pobre sonrisa.

— Habla, querida mía, te lo ruego.

—¿Me dirás la verdad?

Fruncí las cejas; ese preámbulo no me gustaba.

—¿Por qué habría de mentirte?

— Tal vez tengas tus razones, razones graves. Pero si quieres que… Escucha, te diré algo, y tú me contestarás, pero no me mientas, ¿de acuerdo? Prométeme que me dirás la verdad, sin ningún subterfugio. — Yo evitaba mirarla. — Ya te lo he dicho: no sé cómo llegué aquí. Tú quizá lo sepas. ¡Espera! Acaso no lo sepas. Pero si lo sabes, y no puedes decírmelo ahora, ¿me lo dirás un día, más adelante? No me sentiré peor, y en todo caso me habrás dado una oportunidad.

Una sangre helada me corría por las venas; balbuceé:

—¿De que estás hablando, mi niñita?… ¿Qué oportunidad?

— Kris, quienquiera que yo sea, no soy sin duda una niña. Prometiste contestarme.

« ¡Quienquiera que yo sea! » Sentí un nudo en la garganta y miré a Harey sacudiendo estúpidamente la cabeza, como si me negase a seguir escuchando.

— No te pido explicaciones. Basta que me digas que no estás autorizado a hablar.

Repuse con voz ronca:

— No te oculto nada…

Ella se levantó.

— Muy bien.

Hubiera querido decirle algo. No podíamos dejarlo así. Pero yo no encontraba palabras.

Harey miraba ahora por la ventana, de espaldas a mí. El océano azul-negro se extendía bajo un cielo desnudo.

— Harey, si crees que… Harey, bien sabes que te quiero…

—¿A mí?

Me acerqué. Quise tomarla en mis brazos, pero ella me apartó.

— Eres demasiado bueno — dijo—. ¿Me quieres? ¡Preferiría que me pegaras!

—¡Harey, querida mía!

— No, no, no digas nada más.

Volvió a la mesa y recogió los platos. Yo contemplaba el océano. El sol declinaba; la sombra de la Estación se alargaba moviéndose con las olas. Harey dejó caer un plato; el agua corría en el fregadero. Un halo de oro opaco orlaba el firmamento rojizo. Yo trataba de pensar; no sabía qué hacer… De pronto se hizo el silencio. Harey estaba detrás de mí.

— No, no te des vuelta — dijo en voz baja—. Tú no eres culpable de nada, Kris. Lo sé. No te atormentes.

Tendí el brazo para alcanzarla. Ella huyó al fondo de la cocina y levantó una pila de platos.

— Lástima que sean irrompibles, de buena gana los rompería, los rompería todos.

Por un instante, pensé que iba de veras a dejar caer los platos, pero ella me miró y sonrió.

— No tengas miedo, no haré una escena.

Desperté en medio de la noche sintiéndome muy lúcido. Me senté en la cama. El cuarto estaba a oscuras; por la puerta entreabierta llegaba la débil claridad de la rotonda. De pronto oí un ruido agudo y siseante, acompañado por golpes pesados, amortiguados, como si un cuerpo macizo golpeara contra un muro. ¡Un meteoro había atravesado el casco de la Estación! No, no era un meteoro, ni una nave, pues se oía un estertor horrible, arrastrado…

Me sacudí. No era un cohete ni un meteoro. ¡Alguien agonizaba en el fondo del corredor!

Corrí hacia la luz: un rectángulo encendido, la puerta del pequeño taller. Me precipité en el interior.

Un vapor helado me envolvió la cara, mi aliento caía como nieve; unos copos blancos giraban sobre un cuerpo caído, envuelto en una bata; el cuerpo se movía débilmente y de pronto golpeaba el suelo. La nube de escarcha me impedía ver con claridad. Me abalancé sobre Harey, la alcé en brazos; la bata me quemaba la piel. Los estertores continuaban. Fui tam-baleándome por el corredor; ya no sentía frío. Sólo sentía el aliento de Harey en el cuello; quemaba como un fuego.

Deposité a Harey sobre la mesa de operaciones y abrí la bata. Tenía el rostro contorsionado por el dolor; una capa espesa y negra de sangre coagulada le cubría los labios; la lengua centelleaba, erizada de cristales de hielo.

Oxígeno líquido… Las garrafas Dewar apiladas en el taller contenían oxígeno líquido. Esquirlas de vidrio habían crujido bajo mis pasos, mientras llevaba a Harey. ¿Cuánto oxígeno había bebido? ¡Qué importaba! La tráquea, la garganta, los pulmones, todo estaba quemado; el oxígeno líquido roe las carnes más eficazmente que los ácidos fuertes. Harey respiraba cada vez con mayor dificultad, con un ruido seco de papel rasgado. Tenía los ojos cerrados. Agonizaba.

Examiné los grandes armarios, repletos de instrumentos y drogas. ¿Una traqueotomía? ¿Un entubado? ¡Ya no tenía pulmones! ¿Medicamentos? ¡Tantos medicamentos! Hileras de cajas de frascos de color se alineaban en los anaqueles. Harey gemía aún; un hilo de bruma le flotaba sobre los labios entreabiertos.

Los termóforos…

Empecé a buscarlos; luego cambié de idea. Corrí a otro armario, y vacié unas cajas de ampollas. Y ahora, una aguja hipodérmica: ¿dónde estaban las agujas? Encontré una al fin, había que esterilizarla. Luché en vano con la tapa del esterilizador; no alcanzaba a doblar los dedos, insensibles y entumecidos.

El estertor aumentó. Cuando llegué junto a Harey, ella había abierto los ojos.

Quise llamarla, pero yo había perdido la voz. Mi rostro ya no me pertenecía, los labios no me obedecían; llevaba una máscara de yeso.

Bajo la piel blanca, las costillas de Harey se movían trabajosamente; la nieve se había fundido, y los cabellos húmedos se le desparramaban por la cabecera. Y Harey estaba mirándome.

—¡Harey!

No pude decir otra cosa. Me quedé allí, tieso como un tronco; las manos colgando a los costados. Una sensación de quemadura me trepó por las piernas y me mordió los labios y los párpados.

Una gota de sangre se derritió y resbaló oblicuamente por la mejilla de Harey. La lengua le tembló y se retiró. Los estertores de agonía continuaban.

Le tomé la muñeca; no sentí el pulso. Apoyé la oreja sobre el pecho helado. Oí como el estruendo de una tempestad, y a lo lejos un galope, los latidos del corazón, tan acelerados que me era imposible contarlos. Me quedé así, inclinado, con los párpados bajos; algo me tocó la cabeza: los dedos de Harey entre mis cabellos.

Me enderecé.

Un jadeo ronco.

—¡Kris!

Le tomé la mano; ella respondió con una presión que me lastimó los huesos. Torció luego la cara en una espantosa mueca de dolor y volvió a perder la conciencia. Puso los ojos en blanco; un gemido estridente le desgarró la garganta y el cuerpo se le estremeció en violentas convulsiones. Me era difícil sujetarla sobre la mesa; se me escapó y fue a chocar de cabeza contra el borde de una cubeta de porcelana. La levanté; traté de sujetarla, pero a cada instante un espasmo violento la libraba de mi abrazo. Yo sudaba a mares; me temblaban las piernas. Cuando las convulsiones se debilitaron, intenté acostarla. Ella adelantó el torso y aspiró. Súbitamente los ojos de Harey iluminaron ese horrible rostro ensangrentado.

— Kris… ¿desde cuándo… desde cuándo?

Harey se ahogaba; una espuma rosada le subió a los labios. Las convulsiones la sacudieron otra vez. Con las pocas fuerzas que me quedaban, le sostuve los hombros. Ella cayó de espaldas; le castañeteaban los dientes. Jadeaba.

— No, no, no — suspiraba precipitadamente, y yo creía que se acercaba el fin.

Pero las convulsiones recomenzaron, y tuve que inmovilizarla una vez más. De cuando en cuando boqueaba sin aire. De pronto los párpados se le cerraron a medias sobre los ojos ciegos, y el cuerpo se le endureció. Era de veras el fin. Ni siquiera intenté quitarle la espuma de los labios. Un campanilleo lejano me resonó en la cabeza. Yo esperaba el último suspiro de Harey, antes que las fuerzas me abandonaran por completo y yo me desplomara.

Harey seguía respirando; ahora el estertor era sólo un ligero silbido. El pecho empezó a moverse al ritmo rápido de los latidos del corazón. Las mejillas se le colorearon. Yo la observaba sin entender. Me transpiraban las manos, y parecía que una sustancia suave y blanda me tapara los oídos; y sin embargo yo seguía oyendo aquel campanilleo persistente.

Harey abrió los ojos y nuestras miradas se encontraron.

Quise llamarla; pero no pude hablar: mi rostro era aún una máscara. No podía hacer otra cosa que mirar a Harey.

Ella movió la cabeza, examinó el cuarto. En algún lugar, detrás de mí, en otro mundo, un grifo goteaba. Harey se apoyó sobre el codo; se sentó. Yo retrocedí. Ella me observaba.

—¿Qué? —dijo—. No… no resultó. ¿Por qué… por qué me miras así? —Y bruscamente un grito — ¿Por qué me miras así?

Silencio. Harey se examinó las manos, dobló los dedos.

—¿Soy yo?

Moví los labios nombrándola en silencio, y ella repitió como una pregunta:

—¿Harey?

Lentamente, se deslizó fuera de la mesa de operaciones, se tambaleó, recuperó el equilibrio y dio unos pocos pasos. Se movía como en un estado de estupor; me miraba sin verme.

—¿Harey? — repitió—. Pero… yo no soy Harey. ¿Quién soy entonces? ¿Harey? ¿Y tú, tú? —Los ojos se le agrandaron, centellearon, y una sonrisa de asombro le iluminó el rostro. — ¿Y tú, Kris? Acaso tú también…

Yo había retrocedido hasta la pared apoyándome contra la puerta de un armario.

La sonrisa se desvaneció.

— No — dijo Harey—. Tú estás asustado. No puedo soportarlo más. Imposible. Aún no entiendo nada. Imposible. — Los puños pálidos y apretados golpearon el pecho. — ¡Yo no sabía nada, excepto que era Harey! ¿Crees por ventura que estoy fingiendo? No, te lo juro, ¡no estoy fingiendo!

Dijo las últimas palabras en un gemido y se dejó caer al suelo sollozando. Algo cedió en mí. De un salto llegué junto a ella y la abracé. Ella luchaba, me rechazaba sollozando sin lágrimas, y gritaba.

— No me toques. ¡Te repugno, lo sé! ¡Déjame! No soy yo, no soy yo, no soy yo…

—¡Cállate! ¡Cállate! — le grité, sacudiéndola.

De rodillas en el suelo, frente a frente, gritamos los dos. La cabeza de Harey se desplomó al fin sobre mi hombro. La estreché contra mí con todas mis fuerzas. Jadeantes, ya no nos movíamos. El grifo seguía goteando, lentamente.

— Kris… dime, ¿qué he de hacer para parar todo esto? Kris…

—¡Cállate!

Harey alzó la cabeza y me miró.

—¿Cómo, tú tampoco sabes? ¿No se puede hacer nada?

— Por favor…

— Lo intenté… ¡No, no, suéltame! No quiero que me toques. Te repugno. Si sólo supiera cómo…

—¿Te matarías?

— Sí.

— Pero yo quiero que vivas. ¿Entiendes? Quiero que estés aquí, conmigo. ¡No deseo ninguna otra cosa!

Los grandes ojos grises me miraron de cerca.

— Mientes — dijo ella en voz baja.

La solté y me incorporé.

—¿Qué podría hacer para que me creyeras? Te juro que no miento. Sólo tú cuentas para mí.

— Es imposible que digas la verdad, pues yo no soy Harey.

— Entonces ¿quién eres?

Hubo un largo silencio. Al fin ella inclinó la cabeza y murmuró:

— Harey… pero… sé que no es verdad. No soy la mujer a quien amaste una vez.

— Sí. Pero eso fue en otro tiempo. Ese pasado ya no existe. Aquí, hoy, es a ti a quien amo. ¿Comprendes?

Ella meneó la cabeza.

— Eres bueno. No creas que no aprecio todo cuanto hiciste. La primera mañana cuando me descubrí junto a tu cama esperando a que despertases, yo no sabía nada. Apenas puedo creer que eso fue hace sólo tres días. Me comporté como una lunática. Todo era como una niebla. No me acordaba de nada, nada me sorprendía; me sentía como despertando de los efectos de un narcótico, o al cabo de una larga enfermedad. Hasta pensé que acaso había estado enferma, y que no querías decírmelo. Luego ocurrieron algunas cosas, y me dieron que pensar. Tú sabes a qué me refiero. Después tuviste esa conversación en la biblioteca, con ese hombre.. ¿cómo se llama? Snaut, sí. Te negaste a explicarme nada, y entonces me levanté de noche y escuché esa cinta. Esa fue la única vez que te mentí, Kris, cuando tú buscabas el grabador, yo sabía dónde estaba, lo había escondido. El hombre que grabó esa cinta… ¿cómo se llama?

— Gibarían.

— Sí, Gibarian. Ahí estaba todo explicado. Aunque yo sigo sin entender. Sólo no sabía que no puedo… que no hay final. El no lo mencionó. O quizá sí, pero tú te despertaste y yo apagué el aparato. Había oído bastante para saber que no soy un ser humano, sino un instrumento.

—¿De qué hablas?

— Sí. Para estudiar tus reacciones, o algo por el estilo. Todos aquí tienen un… un instrumento semejante. Nacimos de vuestros recuerdos, o de vuestra imaginación. No lo sé muy bien. Gibarian habla de cosas terribles, inverosímiles… Si no concordara con todo lo demás me hubiera negado a creerlo.

—¿Todo lo demás?

— Oh, que yo no tenga necesidad de dormir, y que deba seguirte a todas partes. Todavía ayer creía que me detestabas y eso me hacía desdichada. ¡Qué idiota! Pero ¿cómo hubiera podido imaginar la verdad? El, Gibarian, no odiaba a esa mujer que lo acompañaba, pero habla de ella de una forma tan espantosa. Entonces, sólo entonces supe que nada dependía de mí, que podía hacer esto o aquello, poco importaba, siempre sería para ti una tortura. Peor aun, pues los instrumentos de tortura son pasivos e inocentes, tan inocentes como el guijarro que cae y nos mata. Que un instrumento de tortura te ame y desee tu bien, eso estaba más allá de mi entendimiento. Hubiera querido contarte todo esto, comunicarte lo poco que había entendido. Me decía que a lo mejor podía serte útil. Hasta traté de tomar notas…

Yo me aclaré la voz y pregunté penosamente:

—¿Para eso habías encendido una lámpara?

— Sí, pero no pude escribir nada. Buscaba en mí ese… tú sabes, esa « influencia »… Me sentía como loca. Me parecía que no tenía cuerpo bajo la piel, que había en mí algo… distinto, que sólo era una apariencia, destinada a engañarte. ¿Comprendes?

— Comprendo.

— Cuando no duermes de noche, y la cabeza te da vueltas durante horas, puedes llegar muy lejos, y aun tomar caminos extraños…

— Sí, ya sé.

— Pero yo sentía cómo me latía el corazón. Y recordaba que tú me habías analizado la sangre. ¿Cómo es mi sangre? Ahora puedes decirme la verdad.

— Tu sangre es igual a la mía.

—¿De veras?

— Te lo juro.

—¿Qué significa esto? Yo me decía que ese… ese poder desconocido quizá se ocultaba en mí en alguna parte, ocupando muy poco lugar. Pero no sabía dónde se escondía. Ahora, pienso que buscaba un subterfugio, pues no me atrevía a tomar una decisión; tenía miedo, buscaba otra salida. Pero Kris, si tengo la misma sangre que tú… si realmente… No, es imposible. Ya estaría muerta ¿no es cierto? Esto significa

que hay una diferencia, a pesar de todo. ¿Dónde está la diferencia? ¿En la mente? Me parece sin embargo que pienso como cualquier ser humano… ¡y no sé nada! Si esa cosa desconocida estuviese pensando en mi cabeza, yo lo sabría todo. Y no te querría. Representaría una comedia, pero de modo deliberado. Kris, te lo suplico, dime todo lo que sabes. Tal vez encontremos una solución.

—¿Qué solución? ¿Quisieras morir?

— Sí, creo que si.

De nuevo el silencio. Harey seguía sentada, acurrucada. Yo miré alrededor: el mobiliario esmaltado de blanco, los instrumentos centelleantes, quizá buscando desesperadamente una clave que se materializaría de pronto.

— Harey ¿puedo también yo decirte una cosa? — Ella esperaba, en silencio. — Es verdad, no somos exactamente iguales. Pero no hay nada de malo en eso. Al contrario. Cualquiera que sea tu opinión, esa… diferencia… te salvó la vida.

Ella esbozó una sonrisita dolorosa, de niña triste.

—¿Eso quiere decir que soy… inmortal?

— No sé. En todo caso, eres mucho menos vulnerable que yo.

— Es horrible…

— Acaso menos horrible de lo que piensas.

— Pero tú no me envidias.

— Harey, ignoro cuál será tu destino. Me parece tan imprevisible como el mío, o de cualquier habitante de la Estación. El experimento continuará, y puede ocurrir cualquier cosa.

— O nada.

— O nada. Y yo prefiero que no ocurra nada. No porque tenga miedo (aunque el miedo cumple sin duda un papel en este asunto) sino porque no llegaremos a ningún resultado. De eso estoy completamente seguro.

—¿Resultado? ¿Hablas de ese… océano?

— Sí, contacto con el océano. Yo creo que el problema es en realidad muy simple. Contacto significa intercambio de conocimientos específicos, ideas, o al menos comprobaciones, hechos definidos… Pero ¿si no hay intercambio posible? Si el elefante no es un microbio gigante, el océano no es un cerebro gigante. Habrá intentos de aproximación, claro está. Y la consecuencia de uno de esos intentos es que tú estés aquí, ahora y conmigo. Y yo me esfuerzo por explicarte que te amo. Tu sola presencia borra los doce años que consagré al estudio de Solaris, y deseo conservarte junto a mí. ¿Te han enviado para torturarme o para hacerme feliz, o eres tan sólo un instrumento que ignora su función y del que se sirven para examinarme como a través de un microscopio? Quizá estás aquí para mostrarme amistad, como un castigo sutil, o como una burla. Quizá eres todo a la vez, o quizá, y es lo más probable, algo muy diferente. Dirás que nuestro porvenir depende de las intenciones del océano, y no te lo negaré. Yo tampoco conozco el porvenir. Ni siquiera puedo asegurarte que te querré siempre. Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido, hemos de esperar cualquier cosa. ¿Y si mañana me transformaran en una medusa verde? Nada depende de nosotros. Pero tomar hoy una decisión depende sí de nosotros. ¡Decidamos estar juntos! ¿Qué opinas?

— Escucha, quisiera preguntarte… ¿Me parezco mucho a ella?

— Te parecías mucho al principio. Ahora, ya no sé.

— No comprendo…

Harey se había incorporado y me miraba con aquellos ojos inmensos.

— Sólo tú estás aquí. Si fueras realmente ella, tal vez no podría amarte.

—¿Por qué?

— Porque le hice algo.

—¿La trataste mal?

— Sí, cuando nosotros…

—¡No me digas nada!

—¿Por qué?

— Para que no olvides que soy yo quien está aquí, y no ella.

Conversación

A la mañana siguiente encontré sobre mi mesa una esquela de Snaut: Sartorius había diferido la construcción del desintegrador y se disponía a proyectar por última vez un poderoso haz de rayos X.

— Harey, querida, tengo que ir a ver a Snaut.

La aurora roja iluminaba la ventana y dividía la habitación en dos. Harey y yo estábamos en un área de sombra azul. Más allá de esa zona de sombra, todo era cobrizo; si un libro hubiese caído de un anaquel, yo

hubiese esperado oír un golpe metálico.

— Se trata de ese experimento. Pero no sé qué hacer. Comprendes, preferiría…

— No necesitas justificarte, Kris. Si por lo menos no durase demasiado…

— Durará bastante. Escucha ¿crees que podrías esperar en el corredor?

— Probaré. ¿Y si no consigo dominarme?

—¿Qué es lo que sientes? No es mera curiosidad, entiéndeme. Se me ocurrió que si lo discutíamos un rato quizá encontráramos una salida.

Harey había empalidecido.

— Tengo miedo — dijo—. No de alguien, o de algo. Tengo la impresión de ir de un lado a otro sin rumbo, y me siento avergonzada. Luego tú llegas y todo es de nuevo como antes. Por eso pensé que yo había estado enferma…

— Quizá te sentirás distinta fuera de esta maldita Estación. Me las arreglaré para que nos vayamos cuanto antes.

Harey abrió desmesuradamente los ojos

—¿Crees que es posible?

—¿Por qué no? No soy aquí un prisionero. Tendré que hablar con Snaut, ¿cuánto tiempo podrás quedarte sola?

— Depende… Si pudiera oír tu voz, creo que podría serenarme.

— Preferiría que no escucharas. No tengo nada que ocultarte, pero no puedo saber qué dirá Snaut.

— No sigas, he comprendido. Me mantendré a una buena distancia; bastará con que reconozca tu voz.

— Lo llamaré desde el taller. No cerraré la puerta.

Harey asintió con un gesto.

Atravesé la zona roja; por contraste, y a pesar de las lámparas, el corredor me pareció oscuro. La puerta del taller estaba abierta. Últimos rastros de los acontecimientos de la noche, las esquirlas de la garrafa Dewar brillaban bajo una hilera de tanques de oxígeno líquido. Alcé el micrófono-auricular, la pequeña pantalla se encendió, y marqué el número de la cabina de radio.

Detrás del vidrio una luz azulada creció y ocupó la pantalla: Snaut me miraba de costado, apoyado en el brazo de un sillón.

— Hola — dijo.

— Encontré tu esquela. Quisiera hablar contigo. ¿Puedo ir?

— Sí, ¿ahora?

— Sí.

— Discúlpame, ¿vienes solo, o acompañado?

— Solo.

Snaut se inclinó a mirarme a través del vidrio convexo, y la frente arrugada y unas mejillas enjutas y tostadas por el sol llenaron la pantalla: un pez extraño en un acuario extraño. De pronto pareció haber llegado a una decisión.

— Bueno, bueno, te espero.

Cuando volví a mi cuarto, distinguí vagamente la silueta de Harey más allá de la cortina de rayos rojos. Estaba con las manos apoyadas en los brazos del sillón. ¿Habría oído mis pasos demasiado tarde? Durante un segundo, la vi luchar contra aquella compulsión inexplicable, contrayendo todos los músculos, hasta que de pronto me vio y se aflojó inmediatamente. Reprimí un sentimiento de furia ciega y piedad.

Avanzamos en silencio por el largo corredor de paredes policromas. (La diversidad de los colores, habían dicho los arquitectos, haría la vida más tolerable dentro del casco blindado.) Vi de lejos que la puerta de la cabina de radio estaba entreabierta y dejaba pasar una franja de luz roja. Miré a Harey, que ni siquiera intentó sonreírme: había estado preparándose para librar un combate consigo misma, y ahora que la prueba se aproximaba, tenía el rostro pálido, consumido. Se detuvo a quince pasos de la puerta. Di media vuelta; ella me empujó con las puntas de los dedos. En ese mismo instante, Snaut, mis proyectos, la experiencia, la Estación, todo me pareció irrisorio comparado con el suplicio que ella se preparaba a sufrir; y yo acompañándola como auxiliar del verdugo. Quise volver sobre mis pasos. De pronto una sombra cortó el reflejo del sol sobre la pared y me apresuré a entrar en la cabina.

Snaut me esperaba junto a la puerta. El disco solar le aureolaba los cabellos grises con una luz purpúrea. Nos observamos un momento sin hablar. Aunque él podía estudiarme tranquilamente, yo no lo veía, enceguecido por el resplandor de la ventana.

Pasé al lado de Snaut y fui a apoyarme en un elevado pupitre, donde emergían los brazos flexibles de los micrófonos. Snaut dio una lenta media vuelta y continuó observándome con aquella sonrisa habitual, una mueca que no expresaba alegría, sólo una fatiga abrumadora. Sin quitarme los ojos de encima, se abrió paso entre las pilas de objetos hacinados en desorden: células térmicas, instrumentos, piezas de repuesto del

equipo de radio. Alzó un taburete y se sentó de espaldas contra las puertas de un armario de acero.

Escuché con atención. Del corredor no llegaba ningún ruido. ¿Por qué callaba Snaut? Nuestro silencio ya estaba pareciéndome embarazoso.

Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo estaréis listos, tú y Sartorius?

— Podríamos empezar hoy, pero el registro lleva un tiempo.

—¿El registro? ¿El encefalograma quieres decir?

— Sí, estuviste de acuerdo… ¿Qué pasa?

— No, nada.

Otro largo silencio. Al fin Snaut se decidió a hablar.

—¿Tenías algo que decirme?

— Ella sabe — murmuré.

Snaut frunció el ceño, pero me pareció que no estaba realmente sorprendido. Entonces ¿por qué esa comedia? Perdí todo deseo de confiarme en él. Sin embargo, me creí obligado a hablar.

— Empezó a sospechar luego de nuestra charla en la biblioteca. Me espió, ató cabos, y luego encontró el grabador de Gibarían y escuchó la cinta…

De espaldas contra el armario, Snaut no se movía. Yo estaba de pie junto al pupitre y la puerta entreabierta no me dejaba ver el corredor.

Bajé la voz todavía más.

— Anoche trató de matarse, mientras yo dormía. Bebió oxígeno líquido…

Se oyó un susurro, como de papeles movidos por el viento. Dejé de hablar, y escuché; pero el ruido no venía del corredor. ¿Una rata? No había ratas en la Estación. Le eché una ojeada a Snaut.

— Adelante — dijo tranquilamente.

— Por supuesto, no lo consiguió. En todo caso, sabe quién es ella.

—¿Por qué me lo cuentas?

Durante un momento no supe qué contestar. Luego farfullé:

— Para informarte; ponerte al tanto.

— Yo te lo había advertido.

Alcé involuntariamente la voz.

— Quieres decir que tú sabías…

—¿Lo que me acabas de contar? Desde luego que no. Pero ya te expliqué la situación. Cuando llega, el visitante está casi en blanco, es sólo un fantasma nutrido de recuerdos e imágenes confusos, extraídos de un… Adán. Cuanto más tiempo pasa contigo, más se humaniza. Y se vuelve más independiente, hasta cierto punto. Y cuanto más se prolonga la situación, más difícil es… — Snaut hizo una pausa, me miró de arriba abajo, y agregó a regañadientes — ¿Lo sabe todo?

— Sí, ya te lo dije.

—¿Todo? Sabe que vino antes y que tú…

—¡No!

— Escucha, Kelvin. — dijo Snaut con una sonrisa—, ¿qué quieres hacer, abandonar la Estación?

— Sí.

—¿Con ella?

— Sí.

Snaut se quedó callado, como meditando en lo que iba a decirme, pero atento a la vez a otra cosa. Oí de nuevo un susurro débil y cercano, como a través de una pared delgada.

Snaut se endureció en el taburete.

— Muy bien — dijo—. ¿Por qué me miras? ¿Pensabas que te pondría trabas? Mi querido Kelvin, puedes hacer lo que quieras. No agravaremos nuestros problemas luchando unos contra otros. No espero convencerte, pero pretendes observar un comportamiento humano en una situación inhumana. Muy noble, quizá, pero no te llevará a ninguna parte. Además, no estoy tan seguro de que sea noble. ¿Cómo puede ser noble e idiota al mismo tiempo? Pero volvamos al asunto. Renuncias a continuar con el experimento, deseas partir y llevarla contigo, ¿no es así? ¿Has pensado que eso sería también un experimento?

—¿Qué quieres decir? ¿Te preguntas si ella podrá?… Estará siempre conmigo, de modo que…, Se me apagó la voz.

— Todos imitamos aquí al avestruz, mi querido Kelvin — dijo Snaut con un suspiro— y todos lo sabemos. No es momento de dárselas de caballero andante.

— No me las doy de nada.

— Discúlpame, no quería ofenderte. Pero sigo pensando que actúas como el avestruz de un modo

particularmente peligroso. Te mientes a ti mismo, le mientes a ella, y tratas de morderte la cola. ¿Sabes cómo se estabiliza una estructura de neutrinos?

— No, y tú tampoco. Nadie lo sabe.

— En efecto. Sólo sabemos que esa estructura es básicamente inestable y que sólo puede subsistir mediante un constante aflujo de energía. Sartorius me lo dijo. Esa energía crea un campo de estabilización rotatorio. Bien, ese campo magnético, ¿es exterior al « visitante » o es generado por él mismo? ¿Entiendes la diferencia?

— Sí. Si es exterior, ella…

Snaut concluyó por mí.

— Alejada de Solaris, la estructura se desintegra. Mera hipótesis, desde luego, pero que tú podrías verificar, como ya sabes. Ese cohete que pusiste en órbita no hace mucho. En mis ratos perdidos hasta calculé las trayectorias. Tú podrías subir, interceptar el cohete, y ver qué ha sido de la pasajera…

— Estás loco — le dije.

—¿Te parece?… ¿y si hiciéramos volver ese cohete? No hay ninguna dificultad: comandos teledirigidos… Lo desviaremos de la órbita y…

—¡Cállate!

—¿No, tampoco quieres eso? Hay otro método, muy sencillo. No es necesario hacerla regresar; basta que la llamemos por la radio. Si vive, responderá y…

— El oxígeno se le acabó hace tiempo.

— Quizá no necesita oxígeno. ¿Probamos?

— Snaut… Snaut…

Snaut me remedó, colérico:

— Kelvin… Kelvin… ¡Reflexiona un instante! ¿Eres un hombre, sí o no? ¿A quién tratas de complacer? ¿A quién quieres salvar? ¿A ti? ¿A ella? ¿Y cuál de las dos versiones? ¿A ésta o a aquélla? Te faltan agallas para enfrentarlas a las dos. Ya ves que no lo pensaste a fondo. Te lo repito por última vez: nos encontramos en una situación donde no cabe la moral.

Oí de nuevo aquel susurro, y esta vez me pareció que unas uñas raspaban una pared. De pronto sentí que ya nada me importaba. Me veía, nos veía a los dos desde muy lejos, como en el fondo de un remoto escenario, y todo me pareció insignificante, trivial, un poco ridículo.

— Bueno, ¿tú qué sugieres? — pregunté—. ¿Enviarla al espacio? Mañana volvería ¿no es cierto? Y pasado mañana, y todos los días. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Para qué desembarazarse de ella, entonces? ¿Qué ventaja obtendría yo, o tú, o Sartorius, o la Estación misma?

— No, te sugiero otra cosa: vete con ella. Asistirás a la transformación. Al cabo de unos pocos minutos verás…

—¿Qué? ¿Un monstruo, un demonio?

— No, verás que se muere, simplemente. ¿Crees de veras que es inmortal? Te aseguro que se mueren. ¿Qué harás, entonces? ¿Volverás aquí, a buscar otra copia?

Apreté los puños.

—¡Cállate!

Snaut entornó los ojos y me observó con una ironía condescendiente.

— Ah, ¿soy yo quien ha de callar? ¡Sin embargo, no fui yo el que inició esta charla, y creo que ha durado bastante! Te aconsejo otras diversiones. Podrías vengarte azotando al océano con una vara, por ejemplo. ¿Qué imaginas? ¿Que eres un canalla si la despachas? — Sacudió la mano en un gesto de adiós y miró hacia arriba como siguiendo el vuelo de una nave que se aleja. — ¿Y que eres un buen hombre si la guardas contigo? Sonreír cuando tienes ganas de llorar, y mostrarte animado y feliz cuando quisieras golpearte la cabeza contra las paredes? ¿No es eso ser un canalla? ¿Y si aquí fuera imposible no serlo? ¿Qué harías? ¿Enfurecerte contra este crápula de Snaut, que es el responsable de todo? En ese caso, mi querido Kelvin, y para colmo de males, ¡eres en verdad un idiota redomado!

— Hablas desde tu punto de vista. Yo la amo.

—¿A quién? ¿Los recuerdos que ella tiene?

— No, a ella misma. Ya te dije lo que quiso hacer. ¿Cuántos seres humanos « auténticos » hubieran tenido ese coraje?

— Reconoces entonces…

— No eludas el problema.

— Está bien. Por lo tanto, te ama. Y tú quieres amarla. No es lo mismo.

— Te equivocas.

— Lo siento, Kelvin, pero fuiste tú quien sacó a luz todo esto. No la amas. La amas. Ella está dispuesta a

sacrificarse. Tú también. Muy conmovedor, magnífico, sublime, lo que tú quieras, pero completamente fuera de lugar. No tiene sentido. ¿Entiendes? No; te niegas a entender. Fuerzas desconocidas, ajenas a nosotros, te arrastran en un círculo vicioso; ella es un aspecto, una manifestación periódica de ese poder. Si ella fuese… si te vieras perseguido por una vieja engreída, la mandarías en seguida a paseo, ¿no es verdad?

— Creo que sí.

—¡Pues bien, por esa misma razón ella no es una vieja engreída! ¿Tienes las manos atadas? ¡De eso se trata: de que tengas las manos atadas!

— Sólo propones una nueva hipótesis que viene a sumarse a millones de hipótesis recopiladas en la biblioteca. Déjame tranquilo, Snaut, ella… No, no diré más.

— Como tú quieras. Recuerda sólo que ella es un espejo, y que refleja una parte de tu mente. Si es maravillosa, es porque tienes recuerdos maravillosos. Tú mismo proporcionaste la receta. Estás atrapado en un círculo vicioso, no lo olvides.

—¿Qué esperas de mí? ¿Que la aleje? Te he preguntado por qué, y no me contestaste.

— Te contestaré ahora. No fui yo quien propuso esta conversación. No me he mezclado en tus asuntos. No te ordeno nada, no te prohibo nada. Aunque tuviese algún derecho, tampoco lo haría. Viniste aquí por tu propia voluntad, y hablaste. ¿Sabes por qué? ¿No? Para sacarte un peso de encima. Ah, mi querido Kelvin, conozco esa carga, y no me interrumpas. Te dejo en libertad de decidir, cuando tú querrías que yo me opusiera. Si yo me interpusiera en tu camino, podrías luchar conmigo, algo tangible, un hombre como tú, hecho del mismo barro. Lucharías y tú también te sentirías un hombre. Como no te doy oportunidad de pelear, discutes conmigo; o mejor dicho, contigo mismo. Sólo falta que me digas que morirías de pena, si ella desapareciera… ¡No, por favor, ya oí bastante!

Reaccioné torpemente.

— Pensé en llevármela fuera de la Estación, y que era mi deber informarte.

— No das el brazo a torcer. — Snaut se encogió de hombros. — Te dije lo que pensaba porque te veo un poco en las nubes. Y cuanto más alto subas, más dura será la caída. Ven mañana a eso de las nueve, y veremos a Sartorius.

—¿A Sartorius? Creía que no dejaba entrar a nadie. Me dijiste que ni siquiera se le podía telefonear.

— Parece que se las ha arreglado de algún modo. Nunca hablamos de nuestros problemas domésticos. Contigo es distinto. ¿Vendrás mañana a la mañana?

— Bueno — gruñí.

Yo miraba a Snaut. Había metido la mano izquierda dentro del armario. ¿Desde cuando estaba entornada la puerta? Desde hacía mucho, probablemente, pero en el calor de la charla yo no había advertido que la posición de aquella mano no era natural. Se hubiera dicho que escondía algo, o que sostenía la mano de alguien.

Me humedecí los labios.

— Snaut, qué te…

— Mejor que te vayas ahora — me dijo Snaut en voz baja.

Salí y cerré la puerta sobre los últimos resplandores del crepúsculo rojo. Harey esperaba a diez pasos de la puerta, sentada en el suelo, pegada a la pared.

Se levantó de un salto.

—¿Ves? — dijo mirándome con ojos brillantes—. Lo conseguí, Kris… ¡Estoy contenta! Tal vez me resulte cada vez más fácil…

Respondí distraídamente:

— Oh, sí, por supuesto…

Volvimos a mi habitación. Yo no dejaba de devanarme los sesos a propósito de ese armario. ¿Era allí entonces donde escondía?… ¿Y toda nuestra conversación?… Me ardían tanto las mejillas que me las acaricié involuntariamente con el dorso de la mano. ¡Qué conversación estúpida! ¿Y para llegar a qué? A nada. Ah, sí, mañana a la mañana…

De pronto sentí miedo, un miedo semejante al de la noche anterior. Mi encefalograma. Un registro completo de mis procesos mentales sería proyectado en el océano, como radiación. ¿Qué había dicho Snaut? ¿Que si ella desapareciera, yo sufriría de un modo terrible? Un encefalograma es un registro de todos los procesos, conscientes e inconscientes. Si yo deseaba que ella desapareciese, quizá ocurriera así, pero eso no me libraba de la angustia. ¿Yo era responsable de mi inconsciente? ¿Quién otro sería responsable? ¡Qué estupidez! ¿Por qué habría accedido a entregarles mi encefalograma? Podría, naturalmente, estudiar el registro antes que ellos lo usaran, pero no sabría descifrarlo. Nadie sabría descifrarlo. Los especialistas dirían, por ejemplo, que el sujeto buscaba la solución de un problema matemático, pero no podrían identificar el problema mismo. Están obligados a atenerse a generalidades, afirman, pues el encefalograma no discrimina entre los distintos procesos simultáneos, que no siempre

tienen una « contraparte » psíquica. En cuanto al inconsciente, ¿cómo podría yo descifrar un recuerdo reprimido? ¿Pero por qué tenía tanto miedo? Esa misma mañana le había dicho a Harey que la experiencia no conduciría a nada. Si nuestros neurofisiólogos no eran capaces de descifrar un encefalograma, ¿cómo podría hacerlo esa extraña y gigantesca criatura?

Y sin embargo, había entrado en mí, sin que yo lo advirtiera, había sondeado mi memoria, descubriendo mi punto más sensible. Sin ningún auxilio, sin ninguna « onda » atravesó el casco hermético de la Estación, me encontró, y se llevó su botín…

—¿Kris? — susurró Harey.

De pie delante de la ventana, la mirada fija, yo no había advertido la llegada de la noche. Una delgada techumbre de nubes plateadas reflejaba débilmente el sol desvanecido, velando las estrellas.

Si ella desaparecía después del experimento, eso significaría que yo deseaba que desapareciera. Que yo la había matado. No, no subiría a ver a Sartorius. No estaba obligado a obedecerles. ¿Qué les diría? ¿La verdad? No, tendría que fingir, mentir, ahora y siempre… Tal vez hubiera en mí pensamientos, intenciones, esperanzas crueles de los que yo nada sabía, pues era un asesino que se ignoraba a sí mismo. El hombre se había lanzado al descubrimiento de otros mundos y otras civilizaciones, sin haber explorado íntegramente sus propios abismos, ese laberinto de oscuros pasadizos y cámaras secretas, sin haber penetrado en el misterio de las puertas que él mismo ha condenado. ¿Abandonar a Harey por falsa vergüenza, o sólo porque me faltaba coraje?

—¿Kris? — dijo Harey en voz todavía más baja.

Se había acercado a mí. Simulé no haberla oído. En ese instante yo quería estar solo. Aún no había decidido nada. Inmóvil, contemplaba el cielo negro, las estrellas frías, pálidos fantasmas de las estrellas que brillaban en el cielo terrestre. De pronto sentí la cabeza vacía. Sólo me quedaba la lúgubre certeza de haber iniciado un viaje sin retorno. Me negaba a admitir que avanzaba hacia algo inalcanzable, y no rae quedaban fuerzas ni para despreciarme a mí mismo.

Los Pensadores

— Kris ¿es por ese experimento?

El sonido de la voz de Harey me sobresaltó. Yo estaba acostado en la oscuridad desde hacía horas, con los ojos abiertos, incapaz de dormir. No oía más la respiración de Harey, y la había olvidado, dejándome llevar por una corriente de pensamientos oscuros, perdiendo de vista la medida y el significado de la realidad.

—¿Cómo sabes que no duermo?

— Cuando duermes respiras de otro modo — me dijo ella con dulzura, como para hacerse perdonar la observación—. No quería importunarte… Si no puedes hablar, no me contestes.

—¿Por qué no podría hablar? Sí, lo has adivinado, es ese experimento.

—¿Qué esperan ellos?

— Ni ellos mismos lo saben. Algo. Cualquier cosa. No es la « Operación Pensamiento », es la « Operación Desesperación ». A decir verdad, sería necesaria que uno de nosotros tuviese el coraje de anular el experimento y de asumir la responsabilidad de la decisión. Pero la mayoría piensa que ese coraje sería una señal de cobardía, el primer paso atrás, una retirada indigna del hombre. Como si fuese digno del hombre meterse de cabeza en algo que no entiende ni entenderá jamás. — Hice una pausa, pero tuve de pronto otro acceso de cólera. — Naturalmente, no les faltan argumentos. Pretenden que aunque no establezcamos algún contacto no habremos perdido el tiempo estudiando ese plasma, esas ciudades vivientes que aparecen y desaparecen a lo largo del día, y que al fin descubriremos el secreto de la materia. Saben bien que se engañan a sí mismos, es como si se pasearan por una biblioteca donde todos los libros están escritos en una lengua incomprensible. ¡Lo único familiar es el color de las encuadernaciones!

—¿No hay otros planetas como éste?

— Tal vez. No hemos tropezado con ningún otro. En todo caso, es de una clase extremadamente rara. No como la Tierra. La Tierra es de un tipo común: ¡la hierba del universo! Y nos vanagloriamos de esa universalidad. No imaginamos que pueda haber algo muy distinto, y con esta idea partimos hacia otros mundos. ¿Y qué haremos con esos otros mundos? Dominarlos o que ellos nos dominen: ¡no hay otra idea en nuestros patéticos cerebros! Ah, cuánto esfuerzo inútil.

Me levanté. Revolví a tientas el botiquín. Mis dedos reconocieron el frasco ancho y chato de las pastillas para dormir.

Me volví en la oscuridad.

— Voy a dormir, querida. — Bajo el cielo raso zumbaba el ventilador. — Tengo que dormir.

Me senté en la cama. Harey me tocó la mano. Me dejé caer hacia adelante, arrastrando a Harey, y así nos quedamos, inmóviles, abrazados. Me dormí.

A la mañana desperté descansado y fresco. El experimento me parecía un asunto insignificante; no entendía cómo había podido dar tanta importancia a mi encefalograma. Tampoco me preocupaba ya tener que llevar a Harey al laboratorio. Ella trataba de dominarse, pero no podía pasar más de cinco minutos sin verme y oírme, aunque fuera de lejos, y yo había renunciado a insistir con las pruebas. Ella hasta estaba dispuesta a dejarse encerrar en alguna parte. Le pedí que me acompañara, y le aconsejé que llevara un libro.

Me interesaba sobre todo saber qué encontraríamos en aquel laboratorio. El aspecto de la sala grande, pintada de azul y blanco, no tenía nada de particular, pero los estantes y los armarios destinados a los instrumentos de vidrio parecían vacíos. El vidrio de un armario estaba rajado, y algunas puertas no tenían paneles. Parecía como si poco antes hubiese habido allí una lucha, y alguien hubiera intentado borrar todos los rastros.

Snaut, atareado junto a un aparato, se comportó bastante correctamente; no se mostró asombrado cuando vio entrar a Harey y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

Yo ya me había acostado y Snaut me humedecía las sienes y la frente con suero fisiológico, cuando se abrió una puerta estrecha y Sartorius salió de una habitación a oscuras. Llevaba una túnica blanca y un delantal negro que le llegaba a los tobillos. Me saludó con autoridad, con un aire muy profesional, como si estuviésemos en un gran instituto de la Tierra — dos investigadores entre centenares de otros sabios— y como si prosiguiéramos con el trabajo de la víspera. No tenía puestos los anteojos negros, pero noté que llevaba lentes de contacto; pensé que eso explicaba aquella mirada inexpresiva.

Cruzado de brazos, Sartorius observaba a Snaut, que había conectado los electrodos y ahora me ponía una venda blanca alrededor de la cabeza. De cuando en cuando miraba alrededor, ignorando a Harey. Encaramada en un taburete, de espaldas contra la pared, Harey fingía leer un libro.

Snaut dio un paso atrás, y moví la cabeza cargada de discos metálicos y cables. Esperé a que Snaut encendiera el aparato pero Sartorius alzó una mano, e inició un florido discurso.

— Doctor Kelvin, un instante de atención y de concentración, por favor. No es mi intención dictarle a usted una cierta secuencia de pensamientos, pues eso falsearía la experiencia. Pero le aconsejo que deje de pensar en sí mismo, en mí, en nuestro colega Snaut. Trate de eliminar cualquier referencia a algún individuo, y concéntrese en el asunto que nos ha traído aquí. La Tierra y Solaris; el cuerpo de los sabios considerado como un todo único, aun cuando las generaciones se hayan sucedido, y el hombre, en tanto que individuo, tenga una existencia limitada; nuestras aspiraciones y nuestros repetidos intentos de establecer algún contacto intelectual; el largo devenir histórico de los hombres; la certidumbre de que somos los continuadores de ese progreso; nuestra determinación de renunciar a todo sentimiento personal y llevar adelante la misión que nos fue encomendada; los sacrificios que no eludiremos; las dificultades que intentaremos superar… Estos son los temas que le convendría tener en mente. La asociación de ideas no depende enteramente de la voluntad de usted.

« Sin embargo, el hecho mismo de que se encuentre aquí, garantiza la autenticidad de la serie que acabo de presentarle. Si no está seguro de haber llevado a cabo la tarea en las mejores condiciones posibles, dígalo, se lo ruego, y nuestro colega Snaut recomenzará el registro. Nos sobra tiempo…

Junto con estas últimas palabras, Sartorius había esbozado una sonrisita seca, pero conservando aquella mirada inexpresiva. Yo trataba de desembrollar la fraseología pomposa que él había emitido con la mayor seriedad.

Snaut rompió al fin el silencio.

—¿Listo, Kris?

Snaut apoyaba el codo en el tablero de comando del electroencefalógrafo como en el respaldo de una silla, y parecía muy tranquilo. Me sentí mejor, y le agradecí que me hubiese llamado por mi nombre de pila.

Cerré los ojos.

— Listo.

Cuando luego de fijar los electrodos, Snaut se había acercado al tablero de comando, me había acometido una angustia súbita; ahora esa angustia se disipaba también con rapidez. Entornando los párpados alcancé a ver las luces rojas que titilaban en el tablero negro. Ya no sentía el contacto húmedo y desagradable de los electrodos metálicos, esa corona de frías medallas que me circundaba la cabeza. Mi mente era una arena gris y vacía, bordeada por una muchedumbre de espectadores invisibles, amontonados en graderías, atentos, silenciosos; y de ese silencio emanaba un desprecio irónico por Sartorius y la Misión. ¿Qué improvisaría yo para aquellos espectadores interiores? Harey… pronuncié el nombre con inquietud, listo para retirarlo en seguida. Pero no hubo protestas. Insistí, embriagado en ternura y dolor, dispuesto a soportar largos sacrificios… Harey me colmaba totalmente; ella no tenía cuerpo, no tenía rostro; respiraba

en mí, real e imperceptible. De pronto, a la luz gris, inscrita en esa presencia desesperada, vi la cara docta y profesoral de Giese, el padre de la solarística y de los solaristas. No veía yo la erupción de fango, la vorágine nauseabunda que había engullido unos lentes de oro y un bigote pulcramente cepillado; yo veía el grabado en la portada de la monografía, los concisos trazos de lápiz con que el dibujante le había aureolado la cabeza, una cabeza que se parecía tanto a la de mi padre (no en las facciones sino en la expresión de prudencia y honestidad anticuadas), que al fin yo no sabía cuál de los dos me estaba mirando: mi padre o Giese. Los dos habían muerto, y ninguno había recibido sepultura; pero en nuestra época los muertos sin sepultura no son raros.

La imagen de Giese desapareció y durante un rato me olvidé de la Estación, de la experiencia, de Harey, del océano negro; los recuerdos inmediatos se desvanecieron ante la certeza abrumadora de que esos dos hombres, mi padre y Giese, vueltos ahora al polvo, habían enfrentado en otro tiempo todos los azares de la existencia, y esa certidumbre me procuró una paz profunda que desplazó a la muchedumbre apiñada alrededor de la arena gris a la espera de mi derrota.

Oí el chasquido de los interruptores; la luz de las lámparas me atravesó los párpados. Pestañeé. Sartorius no se había movido; me observaba. Snaut, vuelto de espaldas, operaba el aparato; me pareció que se complacía en hacer restallar las sandalias, que se le salían de los pies.

—¿Piensa usted que la primera etapa ha tenido éxito, doctor Kelvin? — preguntó Sartorius con esa voz nasal que yo detestaba.

— Sí.

—¿Está seguro? — insistió bastante sorprendido, y tal vez con cierta desconfianza.

— Sí.

Mi seguridad y el tono cortante de mi respuesta triunfaron brevemente sobre el empaque de Sartorius.

— Ah… bueno — farfulló.

Snaut se me acercó y comenzó a desenrollar el vendaje que me ceñía la cabeza. Sartorius retrocedió, titubeó, y desapareció en el cuarto oscuro.

Me desentumecía las piernas, cuando Sartorius reapareció trayendo en la mano la película ya revelada y seca. A lo largo de unos quince metros de cinta negra y brillante, unas líneas temblorosas dibujaban un encaje blanco.

Ya no me necesitaban, pero me quedé. Snaut metió la película en la cabeza del modulador. Sartorius, la mirada sombría y desconfiada, examinó una vez más el extremo de la cinta, como si intentase descifrar aquellas líneas ondulantes.

El experimento prosiguió sin sobresaltos. Snaut y Sartorius se habían instalado en los tableros de control y oprimían botones. A través del suelo blindado oí el ronroneo sordo de la corriente en las bobinas; los haces luminosos se movieron en los indicadores, junto con el proyector de rayos X que descendió al fondo de la casamata. Los haces luminosos se detuvieron en el nivel mínimo.

Snaut elevó la tensión, y la aguja blanca del voltímetro describió un semicírculo de izquierda a derecha. El zumbido de la corriente apenas se oía ahora. La película se desenrollaba, invisible bajo las dos cápsulas esféricas; las cifras saltaron con un leve tintineo en el cuadrante del medidor.

Me acerqué a Harey, que nos observaba por encima del libro. Me echó una mirada inquisitiva. El experimento había concluido. Sartorius se acercó a la pesada cabeza cónica del aparato.

Los labios de Harey dibujaron una pregunta muda: « ¿Nos vamos? »

Asentí con un movimiento de cabeza. Harey se incorporó y dejamos la sala sin despedirnos.

Un crepúsculo admirable iluminaba las ventanas del corredor del piso alto. El horizonte no era rojizo y lúgubre, como de costumbre a esa hora, sino de un rosa tornasolado, recamado de plata. Las ondulaciones sombrías del océano reflejaban una luz violácea. El cielo era rojo sólo en el cénit.

Cuando llegamos al pie de la escalera, me detuve de pronto. No podía soportar la idea de que nos encerráramos de nuevo en mi cabina, como en la celda de una cárcel.

— Harey… quisiera ver una cosa en la biblioteca… ¿no te aburre?

—¡Oh, no! — exclamó Harey con una animación un poco forzada—. Encontraré algo para leer…

Desde la víspera, me daba cuenta, se había abierto un foso entre nosotros. Hubiera tenido que mostrarme más cordial, vencer aquella apatía. Pero ¿de dónde sacar fuerzas?

Bajamos por la rampa que llevaba a la biblioteca; en el pequeño vestíbulo había tres puertas, unos globos de cristal que contenían flores se alineaban a lo largo de las paredes.

Abrí la puerta del centro, recubierta con cuero sintético en las dos caras. Cuando entraba en la biblioteca yo siempre evitaba tocar ese tapizado. Nos recibió una agradable bocanada de aire fresco. A pesar del sol estilizado pintado en el cielo raso, la vasta sala circular no se había recalentado.

Acariciando distraídamente los lomos de los libros, estaba a punto de elegir, entre todos los clásicos de Solaris, el primer volumen de Giese, deseando mirar una vez más el retrato que adornaba la portada,

cuando descubrí al azar la obra de Gravinsky, un in octavo de tapas resquebrajadas, que no había visto antes.

Me instalé en una butaca mullida. Harey, sentada a mi lado, hojeaba un libro; yo oía cómo volvía las páginas. El *Compendio*de Gravinsky, que los estudiantes consultaban como ayuda-memoria, era una clasificación alfabética de las hipótesis solaristas. El compilador, que nunca había puesto el pie en Solaris, había examinado todas las monografías, todos los anales de expedición, las crónicas fragmentarias y las hipótesis de trabajo; incluyendo aun los comentarios ocasionales que podían leerse en las obras de planetólogos dedicadas a otros globos celestes. Había redactado un inventario donde abundaban las formulaciones simplistas, que desvirtuaban las sutilezas del pensamiento original. La obra, concebida como un proyecto enciclopédico, hoy sólo era una simple curiosidad sin importancia. El compendio de Gravinsky había aparecido veinte años antes, pero desde entonces se habían acumulado tantas hipótesis novedosas, que un solo libro no hubiera bastado para contenerlas.

Recorrí el índice, casi una lista necrológica, pues sólo unos pocos de los autores citados vivían aún. Entre los sobrevivientes, ninguno participaba de modo activo en los estudios solaristas. Leyendo todos aquellos nombres, sumando tantos esfuerzos intelectuales, en todos los campos, uno no podía dejar de pensar que entre esos miles de hipótesis, una al menos tenía que ser justa, y que en todas ellas había sin duda un grano de verdad; la realidad no podía ser enteramente distinta.

En la introducción, Gravinsky dividía en períodos los sesenta primeros años de estudios solaristas. Durante el primer período, que se había iniciado con una nave de reconocimiento en órbita, nadie había formulado una verdadera hipótesis. El « sentido común » aceptaba a la sazón que el océano era un conglomerado químico sin vida propia, una masa gelatinosa que por medio de una actividad « casi volcánica » producía maravillosas creaciones y estabilizaba una órbita excéntrica mediante un proceso mecánico autógeno, así como un péndulo se mantiene en un cierto plano una vez puesto en movimiento. A decir verdad, tres años después de la primera expedición, Ma-genon había insinuado que la « máquina coloidal » estaba dotada de vida; para Gravinsky, empero, el período de las hipótesis biológicas comenzaba sólo nueve años más tarde, cuando la opinión de Magenon, anteriormente descartada, había conquistado ya numerosos adeptos. Los años siguientes abundaron en descripciones teóricas del océano vivo, descripciones en extremo complejas, apoyadas en análisis biomatemáticos. En el transcurso del tercer período, la opinión de los sabios, hasta entonces bastante unánime, empezó a dividirse.

Lo que siguió fue un combate furioso entre una multitud de escuelas rivales. Fue la época de Panma-ller, Strobel, Freyhouss, Le Greuille, Osipowicz; todo el legado de Giese fue sometido a una crítica implacable. Aparecieron los primeros atlas y los primeros inventarios; y nuevas técnicas de control remoto permitieron que los aparatos transmitieran estereofotografías desde el interior de las asimetrladas, que hasta hacía poco no parecía posible explorar. En el ir y venir de las discusiones, se desecharon con desdén las hipótesis « mínimas »: aunque no se lograra el ansiado « contacto » con el « monstruo racional », sostenían algunos, valía la pena estudiar las ciudades cartilaginosas de los mimoides y las montañas que se levantaban en la superficie del océano, y obtener así valiosa información química y fisioquímica, y conocer mejor la estructura de las moléculas gigantes. Nadie se molestó en refutar a los partidarios de estas tesis derrotistas. Los hombres de ciencia se dedicaron a catalogar las metamorfosis típicas, en obras todavía clásicas. Frank desarrolló mientras tanto la teoría bioplasmática de los mimoides, que aunque inexacta, como se demostró luego, sigue siendo un ejemplo admirable de audacia intelectual y de construcción lógica.

Esos tres primeros « períodos de Gravinsky » — treinta y tantos años de seguridad candida, de romanticismo irresistiblemente optimista— fueron la juventud de la solarística. Un creciente escepticismo anunciaba ya la edad madura. Hacia fines del primer cuarto de siglo de las viejas hipótesis coloido-mecánicas, apareció un descendiente lejano: la teoría del océano apsíquico, una nueva y casi unánime ortodoxia que tiró por la borda las ideas de toda una generación de observadores que habían creído observar en el océano las manifestaciones de una voluntad consciente, procesos teleológicos, una actividad motivada por alguna necesidad interior. Este punto de vista era ahora repudiado de modo abrumador, dejando dueño del campo al equipo Holden, Eonides y Stoliwa, cuyas especulaciones lúcidas, analíticamente fundamentadas, se apoyaban en un examen minucioso de los datos que continuaban acumulándose. Fue la edad de oro de los archivistas; las microfilmotecas rebosaban de documentos; las expediciones, que contaban a veces con más de mil miembros, fueron equiparadas con los aparatos más perfectos que la Tierra podía proveer: registradores automáticos, sondas, detectores. Sin embargo, el espíritu mismo de la investigación estaba flaqueando, y en el transcurso de ese período todavía optimista se gestaba ya una declinación.

Hombres audaces como Giese, Strobel, Sevada, que no vacilaban jamás cuando se trataba de defender o atacar una concepción teórica, habían dado forma a esta primera fase de la solarística. Sevada, el último de los grandes solaristas, desapareció de modo inexplicable en las cercanías del polo sur del planeta.

Aparentemente, había sido víctima de una imprudencia, que ni siquiera un novicio hubiese podido cometer. Planeando a escasa altura por encima del océano, a la vista de un centenar de observadores, había precipitado el aparato al interior de un agilus, que sin embargo no le cerraba el paso. Se había hablado de una debilidad súbita, de un desvanecimiento, de una falla mecánica; pero yo siempre había creído que éste era el primer suicidio, una primera y repentina crisis de desesperación.

Hubo otras « crisis », que la obra de Gravinsky no menciona, y que yo iba recordando mientras volvía las páginas amarillentas, de caracteres menudos.

Pasó el tiempo, y las reacciones de desesperación se hicieron menos violentas, y las personalidades descollantes fueron también más raras entre los sabios. El problema del reclutamiento de sabios especializados nunca ha sido investigado a fondo. Toda generación cuenta con un número aproximadamente constante de hombres inteligentes y decididos, y que se distinguen sólo porque toman caminos diferentes. La presencia o la ausencia de esos hombres en un determinado campo de estudio se explica sin duda por las perspectivas que ofrece dicho sector. Los investigadores de la época clásica de la solarística pueden ser valorados de distinto modo, pero nadie niega la grandeza, y aun el genio de casi todos ellos. Durante decenas de años, el misterioso océano había atraído a los mejores matemáticos y físicos, especialistas eminentes en biofísica, teoría de la información, y electrofisiología. Y de pronto, el ejército de investigadores descubrió su propia acefalía. Sólo quedaba una multitud gris y anónima de « coleccionistas » pacientes, de compiladores, capaces a veces de idear un experimento original; pero las vastas expediciones concebidas en escala planetaria fueron haciéndose más escasas, y ya no hubo hipótesis audaces y estimulantes que conmovieran al mundo científico.

El monumento de la solarística decaía, corroído por hipótesis que se diferenciaban sólo en cuestiones menores, y coincidían en el tema de la degeneración, la regresión, la involución del océano. De cuando en cuando asomaba una concepción más audaz y más interesante, pero siempre se trataba de algún modo de una condenación del océano, producto terminal de un desarrollo que mucho tiempo atrás — miles de años antes— había pasado por una fase de organización superior, y que ahora era una mera unidad física. Las múltiples creaciones, inútiles, absurdas, eran sobresaltos de agonía, agonía fantástica por cierto, que se perpetuaba desde hacía siglos. Por consiguiente, los tensores y los mimoides eran tumores: todos los procesos observados en la superficie del enorme cuerpo fluido expresaban el caos y la anarquía… Esta forma de encarar el problema se convirtió en obsesión. Durante siete u ocho años la literatura científica derramó, en términos corteses, aseveraciones que no eran en verdad sino una colección de insultos: la venganza de una multitud de solaristas desorientados ante la indiferencia de aquel objeto que se obstinaba en ignorar los más asiduos desvelos.

Un equipo de psicólogos europeos había estudiado las variaciones de la opinión pública durante un período de varios años. El informe, indirectamente vinculado a la solarística, no figuraba en la biblioteca de la Estación, pero yo lo había leído y lo recordaba perfectamente. Los investigadores habían llegado a demostrar que los cambios en la opinión general correspondían de cerca a las fluctuaciones de las hipótesis científicas.

En el seno del comité coordinador del Instituto Pla-netológico el cambio se manifestaba en una reducción progresiva del presupuesto de los institutos y de los puestos consagrados a la solarística, así como en restricciones que afectaban a los equipos de exploración.

Algunos hombres de ciencia habían adoptado sin embargo la actitud opuesta, y reclamaban medios de acción más enérgicos. El director administrativo del Instituto Cosmológico Universal se obstinó en afirmar que el océano vivo no desdeñaba en modo alguno a los hombres, pero que no había notado que estaban allí, así como un elefante no ve ni siente a las hormigas que se le pasean por el lomo. Para atraer y retener la atención del océano era preciso poner en actividad estímulos poderosos y máquinas gigantescas, concebidas de acuerdo con las dimensiones de Solaris. La prensa no dejó de subrayar maliciosamente que el director del Instituto Cosmológico buscaba recursos en arcas ajenas, puesto que la financiación de estas costosas expediciones hubiera correspondido al Instituto Planetológico.

El diluvio de hipótesis proseguía — viejas hipótesis « refaccionadas », superficialmente modificadas, simplificadas o complicadas al máximo— y la solarística, disciplina relativamente clara no obstante la vastedad de los temas, era un laberinto cada vez más intrincado, en el que toda posible solución terminaba indefectiblemente en un callejón sin salida. En un clima de indiferencia general, de estancamiento y desmoralización, el océano de Solaris desaparecía bajo un océano de papel impreso.

Dos años antes de ingresar en el laboratorio de Gibarían — donde obtuve el diploma del Instituto— la fundación Mett-Irving prometió una elevada recompensa a quien encontrara el modo de aprovechar la energía del océano. La idea no era nueva; las naves cósmicas ya habían traído a la Tierra cargamentos de jalea plasmática. Pacientemente, se habían ensayado distintos métodos de conservación: altas y bajas temperaturas, microatmósfera y microclimas artificiales que reproducían las condiciones atmosféricas y

climáticas de Solaris, irradiación prolongada… Se había recurrido a todo un arsenal de procedimientos físicos y químicos para observar en definitiva un proceso de descomposición más o menos lento que pasaba por estadios bien definidos: consunción, maceración, licuefacción en primer grado (primaria), y licuefacción tardía (secundaria). Las muestras extraídas de las aflo-rescencias y creaciones plasmáticas corrían siempre la misma suerte, con algunas variantes en el proceso de descomposición. El producto final era invariablemente una tenue ceniza metálica.

Una vez que los hombres de ciencia reconocieron la imposibilidad de conservar con vida, aún en estado vegetativo, cualquier fragmento extraído del océano, pequeño o grande, se llegó a la convicción (bajo la influencia de la escuela de Meunier y Proroch) de que este problema era la clave del misterio. Se trataba sólo de encontrar la interpretación correcta.

La búsqueda de esa clave, la piedra filosofal de los estudios solaristas, habían absorbido el tiempo y las energías de todo un ejército de investigadores que carecían en general de la preparación adecuada. Durante el cuarto decenio de la solarística, se desarrolló una verdadera epidemia que llegó a desconcertar a los psicólogos: un número incalculable de maníacos y de fanáticos ignorantes se consagraron a una búsqueda ciega, más obstinados aún que los antiguos profetas del movimiento perpetuo o de la cuadratura del círculo. Sin embargo, esta pasión se extinguió al cabo de pocos años. En la época en que yo me preparaba para viajar a Solaris hacía tiempo que la famosa epidemia había dejado de ser tema obligado en los periódicos y las conversaciones, y el océano mismo ya había sido prácticamente olvidado.

Devolví el compendio de Gravinsky al anaquel, respetando el orden alfabético, y vi de pronto el delgado folleto de Grattenstrom, uno de los autores más excéntricos de la literatura solarística. Yo conocía el folleto; era un ensayo dictado por la necesidad de comprender aquello que supera al hombre, y específicamente dirigido contra el individuo, el hombre, y la especie humana; la obra abstracta y acida de un autodidacto, que había publicado antes una serie de insólitas observaciones sobre algunos temas marginales y rarificados de la física cuántica. Ese opúsculo de unas quince páginas —¡la obra capital del autor! — trataba de demostrar que los logros más abstractos de la ciencia, las teorías más altaneras, las más altas conquistas matemáticas, no eran sino un progreso irrisorio, uno o dos pasos adelante, respecto de nuestra comprensión prehistórica, grosera, antropomórfica del mundo de alrededor. Señalando ciertas correspondencias entre el cuerpo humano — las proyecciones de nuestros sentidos, la estructura orgánica, las limitaciones fisiológicas del hombre— y las ecuaciones de la teoría de la relatividad, el teorema de los campos magnéticos, y las hipótesis del campo unificado, Grattenstrom llegaba a la conclusión de que nunca sería posible ninguna clase de « contacto » entre el hombre y alguna civilización extrahumana. En esa diatriba contra la humanidad, no se mencionaba el océano vivo; sin embargo, la presencia constante, el silencio triunfante y desdeñoso del mar aparecía siempre entre líneas. Tal fue al menos mi impresión al leer a Grattenstrom. Había sido Gibarían quien me había señalado la existencia del folleto, y, seguramente él mismo lo había incorporado a la colección de obras clásicas de la Estación, pues el opúsculo de Grattenstrom era considerado una mera curiosidad, y no un auténtico solarianum.

Con un sentimiento extraño, casi de respeto, metí cuidadosamente el delgado folleto en el estante, en la apretada hilera de libros. Acaricié con las yemas de los dedos la encuademación verde-bronce del *Anuario de Solaris.*Era ahora evidente que en unos pocos días habíamos obtenido información cierta respecto a cuestiones fundamentales que en otro tiempo hicieron correr ríos de tinta y alimentaron demasiadas disputas, estériles al fin por falta de argumentos. Hoy, aunque el misterio nos cercaba aún por todas partes, nos sobraban argumentos de peso.

¿Era el océano una criatura viviente? Sólo un empecinado o un enamorado de las paradojas se atrevería ahora a ponerlo en duda. Imposible negar las « funciones psíquicas » del océano; poco importaba lo que el término significara exactamente. Era demasiado obvio, en todo caso, que el océano nos había « visto ». Esta sola comprobación invalidaba las teorías solaristas que definían el océano como un « mundo introvertido », una « entidad reclusa », privada por un proceso degenerativo de los órganos de pensamiento, que había poseído una vez, que ignoraba la existencia de objetos y fenómenos exteriores, inmerso en un torbellino gigantesco de corrientes mentales creadas y confinadas en los abismos de ese planeta monstruoso que giraba entre dos soles.

Más aún, habíamos descubierto que el océano podía reproducir lo que ninguna síntesis artificial había conseguido nunca: un cuerpo humano perfeccionado, donde la estructura subatómica había sido modificada para que sirviera a propósitos que desconocíamos.

El océano vivía, pensaba, actuaba. El « problema Solaris » no podía desecharse como absurdo. Nos encontrábamos al fin con una Criatura. La partida « perdida » ya no estaba perdida… Ya nadie podía dudarlo. De buena o mala gana los hombres tendrían que prestar atención a ese vecino a años luz de distancia, situado no obstante dentro de nuestra esfera de expansión, y más inquietante que todo el resto del universo.

Acaso habíamos llegado a un hito histórico. ¿Qué decidirían los gobernantes? ¿Nos ordenarían renunciar y volver a la Tierra, inmediatamente o en un futuro cercano? ¿Era posible que quisieran anular la Estación? No era inverosímil al menos. Yo no creía, sin embargo, en la retirada como solución. La existencia del coloso pensante no dejaría de atormentar a los hombres. Aun cuando el hombre hubiese explorado todos los rincones del cosmos, aun cuando hubiese encontrado otras civilizaciones, fundadas por criaturas semejantes a nosotros, Solaris seguiría siendo un eterno desafío.

Descubrí, perdido entre los gruesos volúmenes del *Anuario,* un librito pequeño encuadernado en piel. Miré un instante la gastada cubierta; era un libro viejo, la *Introducción a la Solaristica,* de Muntius. Lo había leído en una noche; Gibarían, con una sonrisa, me había prestado el ejemplar, y cuando volví la última página, la aurora de un nuevo día terrestre entraba en mi cuarto. La solarística, escribía Muntius, es la religión de la era cósmica; una fe disfrazada de ciencia. El Contacto, la meta de la solarística, no es menos vago y oscuro que la comunión de los santos o la vuelta del Mesías. La exploración de una liturgia que se sirve de un lenguaje metodológico; los sabios trabajan humildemente esperando una consumación, una Anunciación. No hay ni puede haber ningún puente entre Solaris y la Tierra. La comparación es subrayada con paralelismos obvios: los solaristas rechazan ciertos argumentos — no hay experiencias comunes, no hay nociones transmisibles— así como los creyentes rechazaban los argumentos contra la fe. Por lo demás ¿qué pueden esperar los hombres de una « vía de información » con el océano vivo? ¿Un catálogo de vicisitudes que se extienden indefinidamente en el tiempo asociados a una existencia tan antigua que ya no recuerda lo que fue en un principio? ¿Una descripción de las aspiraciones, pasiones, esperanzas y sufrimientos que el océano expresa creando montañas vivientes? ¿La promoción de la matemática a existencia encarnada, la revelación de la plenitud en la soledad y el renunciamiento? Pero todo esto sería incomunicable: traspuestos a un lenguaje humano cualquiera, los valores y significaciones complicados pierden toda sustancia; no pueden cruzar la frontera. Los « adeptos » no esperan por lo demás tales revelaciones — más del orden de la poesía que de la ciencia— pues lo que ellos buscan es la Revelación misma, una revelación que les explique el sentido del destino del hombre. La solarística resucita mitos desaparecidos hace tiempo; expresa una nostalgia mística que los hombres ya no se atreven a confesar abiertamente; la piedra angular, profundamente enterrada en los cimientos del edificio, es la esperanza de la Redención.

Incapaces de reconocer esta verdad, los solaristas evitaban prudentemente toda descripción del Contacto, presentado siempre como un resultado último, aunque en los primeros tiempos se lo consideraba un comienzo, una apertura, una nueva vía, entre muchas otras posibles. Pasaron los años y el Contacto fue santificado, convirtiéndose en el cielo de la eternidad.

Muntius analizaba muy sencillamente, y con amargura, esta « herejía » de la planetología, desmantelando el mito solarista, o más bien el mito de la Misión del Hombre.

Primera voz discordante, la obra de Muntius había tropezado con el silencio desdeñoso de los hombres de ciencia, que confiaban aún en el desarrollo de la sola-rística. ¿Cómo, en efecto, hubieran podido aprobar una tesis que socavaba las bases mismas de toda posible investigación?

La solarística continuó a la espera del hombre capaz de levantarla sobre sólidos cimientos y de trazar con rigor las nuevas fronteras. Cinco años después de la muerte de Muntius, cuando su libro era el mirlo blanco de los bibliófilos — casi inencontrable, tanto en las colecciones de solariana como en las bibliotecas de obras filosóficas— un grupo de investigadores noruegos fundó una escuela que llevaba su nombre; en contacto con la personalidad de diversos herederos espirituales, el pensamiento sereno del maestro se transformó de muchos modos: derivó en la ironía corrosiva de Erle Ennesson, y en un plano menos elevado en la « solarística utilitaria » o « pragmática » de Phaeleng, quien recomendaba aprovechar las ventajas inmediatas obtenidas en las exploraciones, sin preocuparse por una posible comunión intelectual de dos mundos, algún contacto utópico. Comparadas con el análisis implacable y límpido de Muntius, las obras de estos discípulos son simples compilaciones, obras de vulgarización, con excepción de los tratados de Ennesson y tal vez los estudios de Takata. Muntius mismo había expuesto ya el desarrollo completo de las concepciones solaristas; llamaba a la primera fase de la solarística la era de los « profetas »: Giese, Holden y Sevada; la segunda fase era el « gran cisma »: fragmentación de la iglesia única en una multitud de camarulas antagónicas. Muntius preveía una tercera fase, que sobrevendría cuando todo hubiese sido explorado, y que se manifestaría por una dogmática escolástica y esclerosada. Sin embargo, esta predicción demostró ser inexacta. A mi criterio, Gibarían tenía razón cuando calificaba el ataque encabezado por Muntius como « simplificación monumental ». Muntius dejaba de lado aquello que en la solarística no tenía ninguna relación con un credo; la continuada investigación sólo tenía en cuenta la realidad material de un globo que giraba alrededor de dos soles.

En el libro de Muntius encontré una separata de la revista trimestral *Parerga Salariaría,* un pliego de dos hojas amarillentas, uno de los primeros artículos escritos por Gibarían antes que lo nombraran director del Instituto. El artículo, titulado *Por qué soy solarista*, comenzaba enumerando sucintamente todos los

fenómenos materiales que justificaban las posibilidades de un contacto. Gibarían pertenecía a esa generación de investigadores que se atrevió a revivir el optimismo de la época de oro, sin renegar de una fe que trascendía sin duda las fronteras impuestas por la ciencia, pero que se mantenía de algún modo en el dominio de lo correcto, pues implicaba la necesidad de esfuerzos perseverantes.

Gibarían había sufrido la influencia de las obras clásicas de la bioelectrónica eurasiática: Cho En-Min, Ngyalla, Kawakadze. En esos famosos estudios se establecía una analogía entre el diagrama de la actividad eléctrica del cerebro y ciertas descargas que se producían en el seno del plasma antes de la aparición, por ejemplo, de polimorfos elementales o de soláridos gemelos. Gibarían rechazaba las interpretaciones demasiado antropomórficas, las mistificaciones de las escuelas psicoanalíticas, psiquiátricas y neurofisiológicas que se esforzaban por descubrir en el océano síntomas de enfermedades humanas, entre otras la epilepsia (a la que atribuían las erupciones espasmódicas de las asimetríadas). Entre los defensores del Contacto, Gibarían era uno de los más prudentes y lúcidos, y condenaba las declaraciones extravagantes, en verdad cada vez más raras. Mi propia tesis de doctorado había despertado un cierto interés, y muchas resistencias. Fundándome en los descubrimientos de Bergmann y Reynolds, quienes habían conseguido aislar y « filtrar » los componentes de las emociones mas poderosas: desesperación, dolor, voluptuosidad, comparando sistemáticamente estos registros con las descargas eléctricas del océano, yo había observado ciertas oscilaciones en partes de las simetríadas y en la base de mimoides en formación que parecían curiosamente análogas. Los periodistas se habían adueñado prontamente de mi nombre, aderezándolo a veces con títulos grotescos: « La jalea desesperada » o « El orgasmo del planeta ». Esta dudosa fama tuvo no obstante una afortunada consecuencia (tal había sido mi opinión hasta pocos días antes): atrajo la atención de Gibarían (quien, como es lógico, no podía leer todas las obras que se referían a Solaris) y me envió una carta. Esa carta cerró un capítulo de mi vida, y abrió otro…

Los sueños

Transcurridos seis días, y no habiéndose producido ninguna reacción, decidimos repetir la experiencia. Inmovilizada hasta entonces en la intersección del paralelo 42 y el meridiano 116, la Estación se desplazó hacia el sur, planeando a una altitud constante de cuatrocientos metros sobre el nivel del océano. En efecto, nuestros radares confirmaban las observaciones automáticas del sateloide: había un incremento de actividad plasmática en el hemisferio austral.

Durante cuarenta y ocho horas, un invisible haz de rayos X modulados por mi propio encefalograma bombardeó a intervalos regulares la superficie casi lisa del océano.

Al cabo de esas cuarenta y ocho horas de viaje habíamos llegado a las inmediaciones de la región polar. El disco del sol azul descendía de un lado del horizonte y ya del lado opuesto las aureolas purpúreas de las nubes anunciaban la salida del sol encarnado. En el cielo, unas llamas enceguecedoras y una lluvia de chispas verdes luchaban con atenuados resplandores bermejos; el océano mismo participaba de ese combate de dos astros, abrasándose aquí de reflejos mercuriales y allá de reflejos escarlatas; la más pequeña nube que surcara el firmamento embellecía con destellos irisados la espuma de las olas. El sol acababa de desaparecer cuando en los confines del cielo y el océano asomó de pronto, apenas visible, ahogada entre brumas de color sangre (pero instantáneamente señalada por los detectores) una gigantesca flor de vidrio, una simetríada. La Estación no cambió de rumbo; al cabo de un cuarto de hora, el colosal rubí palpitante de resplandores mortecinos se escondió una vez más detrás del horizonte. Pocos minutos después, una esbelta columna — la curvatura del planeta ocultaba la base— se elevó a miles de metros en la atmósfera. Ese árbol fantástico que crecía derramando sangre y mercurio era el fin de la simetríada; el ramaje profuso, el capitel de la columna, se fundió en un hongo gigante, e iluminado simultáneamente por ambos soles voló con el viento; la parte inferior, en plena tumescencia, se fragmentó en pesados racimos y se hundió lentamente. La agonía de la simetríada duró toda una hora.

Transcurrieron otras cuarenta y ocho horas. Nuestros rayos habían barrido una vasta extensión del océano; una última vez, repetimos el experimento. Desde nuestro puesto de observación veíamos con relativa nitidez, a trescientos kilómetros al sur, una cadena de islotes, tres cumbres rocosas, cubiertas de una sustancia parecida a la nieve y que era en realidad un sedimento de origen orgánico, demostrando que esa formación montañosa había sido en otra época el fondo del océano.

Fuimos luego hacia el sudoeste. Costeamos por un tiempo una cordillera, coronada de nubes que se acumulaban durante el día rojo y luego desaparecían. Desde la primera experiencia habían transcurrido diez días.

En la Estación, al parecer, no ocurría gran cosa. Sar-torius había programado los experimentos, que se repetían automáticamente a intervalos regulares.. Yo ignoraba incluso si alguien verificaba el buen

funcionamiento de las instalaciones. En realidad, la calma no era tan completa como parecía, pero no a causa de actividades humanas.

Yo temía que Sartorius no pensara seriamente en abandonar la construcción del disruptor. ¿Y cómo reaccionaría Snaut cuando se enterase de que yo lo había engañado de algún modo, que había exagerado los peligros a que nos exponíamos si intentábamos aniquilar la materia neutrínica? Ninguno de los dos, empero, había vuelto a hablarme del asunto, y yo me interrogaba sobre las razones de ese silencio. Sospechaba vagamente que me escondían algo, y que trabajaban en secreto.

Todos los días yo iba a echar un vistazo al cuarto del disruptor, un recinto sin ventanas situado exactamente debajo del laboratorio principal. Nunca encontré allí a nadie; una capa de polvo cubría el armazón y los cables del aparato, como si nadie lo hubiera tocado en las últimas semanas.

En verdad, no encontraba a nadie en ninguna parte, y no conseguía localizar a Snaut; lo llamaba a la cabina de radio, y no había respuesta. Alguien, ciertamente, vigilaba los movimientos de la Estación ¿pero quién? Yo lo ignoraba, y aunque parezca extraño, opinaba que la cuestión no me concernía. Que el océano no reaccionara, también me dejaba indiferente; a tal punto que luego de dos o tres días ya no esperaba nada, ni sentía miedo; había olvidado por completo el experimento y las posibles reacciones. Me pasaba el día sentado, ya en la biblioteca, ya en la cabina. Harey, sombra discreta, me acompañaba siempre. Yo sentía con claridad que había un cierto malestar entre nosotros, y que mi apatía, esa tregua del pensamiento, no podía prolongarse mucho más. Por supuesto, de mí dependía que hubiera un cambio en nuestras relaciones, pero yo rechazaba la idea misma de cambio; era incapaz de tomar una decisión. Todo lo que había en la Estación, y en particular mis relaciones con Harey, me parecía frágil e insustancial: la más mínima modificación podía romper ese peligroso equilibrio y precipitar un desastre. ¿De dónde me venían tales impresiones? Yo no lo sabía. Y lo más extraño era que Harey estaba pasando también por una experiencia semejante. Cuando hoy evoco aquellos días, pienso que esa impresión de incertidumbre, de prórroga, ese presentimiento de un cataclismo inminente eran provocados por una presencia invisible, que se había aposentado en la Estación, y que se manifestaba también en los sueños. No habiendo tenido nunca ni antes ni después, visiones semejantes, decidí anotarlas, transcribirlas aproximadamente, dentro de los límites de mi vocabulario, advirtiendo que sólo se trataba de ideas generales y apenas fragmentarias, casi por completo despojadas de un horror inenarrable.

En una región indistinta, en el corazón de la inmensidad, lejos del cielo y de la tierra, sin suelo bajo mis pies, sin una bóveda por encima de mi cabeza, sin paredes, sin nada, estoy encerrado en una materia desconocida; mi cuerpo se ha impregnado de una sustancia muerta, informe; o mejor dicho, no tengo cuerpo, soy esa materia extraña a mí mismo. Manchas nebulosas, de un rosa muy pálido, me circundan, suspendidas en un medio más opaco que el aire, pues sólo alcanzo a distinguir los objetos en el momento en que ya están muy cerca de mí; pero entonces, cuando los objetos se acercan, tienen una nitidez extraordinaria, se me imponen con una precisión sobrenatural; la realidad de todo cuanto me rodea tiene a partir de ese instante un incomparable poder de evidencia física. (Al despertar pienso que acabo de abandonar el mundo de la vigilia, y todo cuanto veo me parece entonces difuso e irreal.)

Así pues comienza el sueño. A mi alrededor, algo espera mi consentimiento, mi conformidad, una aquiescencia interior, y sé, o más bien algo sabe en mí, que no me conviene ceder a esa tentación desconocida, pues cuanto más promisorio parezca el silencio, más terrible será el fin. O más exactamente, no sé nada de todo eso, porque si lo supiera estaría asustado, y yo nunca estaba asustado. Espero. De la bruma rosada que me envuelve, emerge un objeto invisible, y me toca. Inerte, prisionero de una materia extraña, no puedo retroceder ni darme vuelta, y ese objeto invisible me sigue tocando, auscultando mi prisión, como si fuera una mano; y esa mano me recrea. Hasta ahora yo creía ver, pero no tenía ojos y ¡he aquí que tengo ojos! Bajo los dedos que me acarician con un movimiento vacilante, mis labios, mis mejillas emergen de la nada; la caricia se extiende y tengo un rostro; el aire me dilata el pecho, existo. Y recreado, yo creo a mi vez, y ante mí aparece un rostro que nunca he visto antes, a la vez ignoto y conocido. Me esfuerzo por encontrar los ojos frente a mí, pero me es imposible, pues no puedo dar ninguna dirección a mi mirada, y nos descubrimos mutuamente, más allá de toda voluntad, en un silencio absorto. Estoy vivo otra vez, siento en mí una fuerza ilimitada, y esta criatura —¿una mujer? — sigue a mi lado, y no nos movemos. Nuestros corazones laten, confundidos, y de pronto en el vacío que nos rodea, donde nada existe ni puede existir, se insinúa una' presencia de indefinible, inconcebible crueldad. La caricia que nos ha creado, que nos ha envuelto en un manto de oro, es ahora el hormigueo de muchos dedos. Nuestros cuerpos, blancos y desnudos, se disuelven, se transforman en un hervidero de larvas negras, y soy — somos los dos— una masa confusa de gusanos viscosos, una masa infinita, y en ese infinito (no, yo soy el infinito) grito en silencio, imploro la muerte, imploro un final. Pero simultáneamente me derramo en todas direcciones, y el dolor sube en mí, un sufrimiento más vivo que los sufrimientos de la vigilia, un sufrimiento concentrado, una espada que traspasa las lejanías negras y rojas, un sufrimiento duro como la roca, y que crece, montaña de

dolor visible a la luz resplandeciente de otro mundo.

Un sueño entre los más simples; no puedo narrar los otros, me faltan las palabras para expresar ese horror. En esos sueños, yo ignoraba la existencia de Harey, y no encontraba ningún rastro de otros sucesos recientes o antiguos.

Había también sueños sin « imágenes ». En una oscuridad inmóvil, una sombra « coagulada »; siento que me auscultan, lentamente, minuciosamente, pero sin ningún instrumento; ninguna mano me toca. Me siento sin embargo penetrado de lado a lado, me desmenuzo, me disgrego, ya sólo queda el vacío, y a la nada total sucede el terror; este solo recuerdo precipita aún hoy los latidos de mi corazón.

Y los días se sucedían, opacos, siempre semejantes; yo era indiferente a todo; sólo temía la noche, y no sabía cómo escapar a los sueños. Harey no dormía; tendido junto a ella, yo huía del sueño; la estrechaba en mis brazos, la besaba. La ternura no era más que un pretexto, un modo de postergar el momento de dormirme… No le había hablado a Harey de esas horribles pesadillas; sin embargo, Harey algo adivinó, pues yo creía ver en ella un sentimiento involuntario de profunda humillación.

Como he dicho, hacía tiempo que yo no veía a Snaut ni a Sartorius. Snaut, no obstante, daba a veces señales de vida:, dejaba una esquela junto a mi puerta o me llamaba por teléfono. Me preguntaba entonces si no había observado ningún fenómeno nuevo, ningún cambio, cualquiera que fuese, que pudiera interpretarse como una reacción a la experiencia tantas veces repetida. Yo le decía que no y le devolvía la pregunta; en el fondo de la pequeña pantalla, Snaut se limitaba a menear la cabeza.

Quince días después de haber suspendido los experimentos, me desperté más temprano que de costumbre; la pesadilla de la noche me había agotado y sentía un entumecimiento de todos los miembros, como si me hubiera pasado largas horas bajo los efectos de un poderoso narcótico. Los primeros rayos del sol rojo iluminaban la ventana; un río de llamas purpúreas bañaba la superficie del océano, y observé que esa inmensa extensión, que ningún movimiento perturbara en los días anteriores, comenzaba a agitarse. Y de pronto un tenue velo de bruma cubrió el océano negro; pero esa bruma pálida parecía tener una consistencia tangible. Aquí y allá, un temblor agitaba la bruma; luego, poco a poco, la vibración se extendió en todas direcciones hasta el horizonte. El océano negro desapareció del todo bajo espesas membranas onduladas, con excrecencias de color rosa y depresiones nacaradas. Esas extrañas olas, suspendidas por encima del océano, se confundieron bruscamente y no hubo nada más que una masa de espuma burbujeante y glauca, que una furiosa tempestad levantaba hasta la altura de la Estación, y todo alrededor unas inmensas alas membranosas se precipitaron hacia el cielo rojizo. Algunas de esas alas de espuma, que velaban completamente al sol, eran negras como el carbón; otras sesgadamente expuestas a la luz tenían tonalidades cereza o amaranto. Y el fenómeno proseguía, como si el océano estuviese mutando o despojándose de una vieja piel escamada; por momentos la superficie negra del carbón del océano brillaba fugazmente en una grieta, al instante recubierta de espuma. Alas de espuma planeaban muy cerca de mí, a pocos metros de la ventana; una de ellas rozó el cristal como una bufanda de seda. Y mientras el océano continuaba engendrando esos pájaros extraños, los primeros enjambres se disipaban en el alto cielo y se descomponían en el cenit en filamentos transparentes.

La Estación no se movió mientras duró el espectáculo; alrededor de tres horas, hasta la caída de la noche. Y cuando el sol hubo desaparecido, y la sombra envolvió las aguas, miríadas de jirones de alas enrojecían aún elevándose en el cielo, planeando en apretadas filas, subiendo sin esfuerzo hacia la luz.

El fenómeno había aterrorizado a Harey, pero no era menos desconcertante para mí; sin embargo, la novedad no hubiera debido turbarme, puesto que los so-laristas observaban dos o tres veces por año — y hasta más a menudo cuando los favorecía la suerte— formas y creaciones que ningún repertorio había descrito hasta entonces.

A la noche siguiente, una hora antes de la salida del sol azul, asistimos a otros fenómenos: el océano brillaba con una luz fosforescente. Unas manchas de color gris danzaban acompañando a olas invisibles. Las manchas, aisladas al principio, se esparcieron rápidamente, se unieron entre sí, y un tapiz de luz espectral se desplegó hasta perderse de vista. La intensidad de la luz fue aumentando durante unos quince minutos; luego el fenómeno concluyó en forma sorprendente. Del oeste llegó una capa de sombra, avanzando sobre una superficie de varios centenares de kilómetros de ancho; cuando esa sombra móvil dejó atrás la Estación, la zona fosforescente del océano retrocedió hacia el este, como huyendo de un gigantesco extinguidor; hubo una aurora fugitiva, perseguida hasta el horizonte, iluminada por un halo postrero, y luego triunfó la noche. Un poco más tarde, el sol se elevó sobre el océano desierto, rizado por algunas olas coaguladas de reflejos mercuriales que golpeaban mi ventana.

La fosforescencia del océano era un fenómeno ya registrado, que se observaba a veces antes de la erupción de una asimetríada, y que de todos modos indicaba una amplificación local en la actividad del plasma oceánico. Sin embargo, nada ocurrió en las dos semanas siguientes, ni dentro ni fuera de la Estación. Una vez, empero, en mitad de la noche, oí un grito lacerante, un grito sobrehumano agudo y prolongado.

Despertando de una pesadilla, creí al principio que había entrado en un nuevo sueño. Antes de dormirme había escuchado unos ruidos sordos que venían del laboratorio, situado en parte sobre mi cabina; me había parecido que desplazaban objetos pesados, grandes aparatos. Y cuando supe que no soñaba, supuse que también ese grito venía de arriba, pero ¿cómo un grito estridente hubiese podido atravesar aquella cámara? El alarido atroz duró casi media hora. Sudando a mares, los nervios a flor de piel, estaba a punto de subir al laboratorio cuando el grito cesó, y otra vez oí el ruido distante, apagado, de unos objetos pesados que arrastraban por el suelo.

Dos días más tarde, yo cenaba con Harey, cuando Snaut entró en la pequeña cocina. Estaba vestido como uno se viste en la Tierra luego de una jornada de trabajo, y ese nuevo atuendo lo transformaba. Parecía más alto y también más viejo. Sin mirarnos, se acercó a la mesa; no se sentó, abrió una lata de carne y se puso a comer, tragando un bocado de pan entre dos bocados de carne fría. La manga de la chaqueta rozó el borde de la lata y se manchó de grasa.

— Tu manga, ten cuidado — le dije.

Snaut refunfuñó algo con la boca llena.

Y siguió engullendo como si no hubiese comido nada desde hacía días. Llenó un vaso de vino, lo vació de un trago, suspiró y se pasó la mano por la boca.

Me miró con unos ojos inyectados en sangre y farfulló:

—¿No te afeitas más? Aja…

Harey apiló la vajilla en el fregadero. Snaut se hamacaba sobre sus talones; hacía muecas y se chupaba ruidosamente los dientes. Tuve la impresión de que exageraba a propósito el ruido.

Me miró con insistencia.

—¿Has decidido no afeitarte? — No le contesté.— Créeme — agregó—, haces mal. El también empezó por no afeitarse.

— Vete a dormir.

—¿Por qué? Tengo ganas de charlar un rato. Escucha, Kelvin, a lo mejor nos quiere bien… Tal vez quiera complacernos, pero no sabe cómo arreglárselas. Descifra deseos en nuestros cerebros, y sólo el dos por ciento de los procesos nerviosos son conscientes. Nosotros mismos no nos conocemos. Habrá que entenderse con él. ¿Me escuchas? ¿No quieres? ¿Por qué —lagrimeó—, por qué no te afeitas?

— Cállate, estás borracho.

—¿Borracho, yo? ¿Y qué? ¿Sólo porque llevo mis huesos a cuestas por todos los rincones del espacio y meto las narices en el cosmos no tengo derecho a emborracharme? ¿Por qué? Tú crees en la. misión del hombre ¿eh, Kelvin? Gibarían me hablaba de ti antes de dejarse crecer la barba… Te describió muy bien… Y sobre todo, no vayas al laboratorio, perderías tu fe. El laboratorio es el feudo de Sartorius, nuestro Fausto *au rebours*…¡Busca un remedio contra la inmortalidad! Es el último caballero del Santo Contacto, el hombre que nos hacía falta… Recientemente ha descubierto la agonía prolongada. No del todo mal ¿eh? *Agonía perpetua*…de la paja… de los sombreros de paja… ¿Y tú no bebes, Kelvin?

Levantó los párpados hinchados y miró a Harey, que se apoyaba inmóvil contra la pared.

Snaut se puso a declamar:

— »Oh, blanca Afrodita, nacida del Océano, tu gesto divino… » — Se ahogó de risa. — Rima, ¿eh? Kelvin, Kel… vino…

Un acceso de tos le impidió continuar.

Tranquilo, con una cólera fría, le grité:

—¡Cállate! ¡Cállate y vete!

—¿Me echas? ¿Tú también? No te afeitas más y me echas. Ya no te interesan mis advertencias, no quieres mis consejos, j Entre compañeros interestelares, hay que ayudarse! ¡Óyeme, Kelvin, podemos bajar, abrir los ojos de buey y llamarlo! Quizá nos oiga. Pero ¿cómo se llama? Le hemos puesto nombre a todas las estrellas, a todos los planetas, cuando probablemente ya tenían nombre… ¡Qué insolencia la nuestra! Ven, bajemos. Le explicaremos a gritos que nos ha jugado una mala pasada, y conseguiremos conmoverlo.. Construirá para nosotros simetríadas de plata, nos rezará unas plegarias aritméticas, nos enviará ángeles teñidos de sangre. Compartirá nuestras penas y terrores, nos pedirá que le ayudemos a morir. Ya nos pide ahora, nos suplica… que le ayudemos a morir, cada vez que se manifiesta. ¿No sonríes? Pero sabes que bromeo. Si el hombre tuviese más sentido del humor, quizá las cosas hubieran tomado otro cariz. ¿Sabes qué pretende Sartorius? Un castigo, que todas las montañas del océano griten a la vez… ¿Piensas que no se atreverá a someter ese plan a la aeronave esclerosada que nos ha enviado aquí, como redentores de pecados que nos son ajenos? Tienes razón… Tiene miedo. Pero sólo le tiene miedo al sombrerito. No le mostrará a nadie el sombrerito, no tendrá ese coraje, nuestro Fausto…

Yo callaba. Snaut se balanceaba cada vez con más violencia. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y le caían en la ropa.

—¿Quién es responsable? — continuó—. ¿Quién es responsable de ésta situación? ¿Gibarían? ¿Giese? ¿Einstein? ¿Platón? Todos criminales… Piensa un poco, en un cohete el hombre puede estallar como una burbuja; o petrificarse, o consumirse, o perder de golpe toda la sangre, sin haber tenido tiempo de gritar, y ser sólo un montoncito de huesos que gira entre paredes blindadas, según las leyes de Newton corregidas por Einstein, esos mojones del progreso. Altas las cabezas, emprendimos el viaje sublime, y henos aquí, hemos llegado. Mira nuestro triunfo, Kelvin, mira nuestras celdas, esos platos irrompibles, esos fregaderos inmortales, esta cohorte de fieles alacenas, de armarios abnegados. Si yo no estuviera borracho, no hablaría así, pero un día u otro alguien lo haría, Kelvin. Y tú te quedas ahí sentado, como un niño en un matadero y te dejas crecer la barba… ¿Quién tiene la culpa? Busca tú mismo la respuesta.

Snaut se volvió lentamente y salió apoyándose en el marco de la puerta para no caer. El eco de los pasos se perdió luego en el corredor.

Yo evitaba mirar a Harey; pero de pronto, y contra mi voluntad, tropecé con los ojos de ella. Hubiera querido levantarme, tomarla en mis brazos, acariciarle el cabello. No me moví.

Victoria

Pasaron tres semanas. Los postigos se bajaban y se cerraban puntualmente. Las pesadillas seguían acosándome, y cada mañana recomenzaba la comedia. ¿Pero era una comedia? Yo me mostraba sereno, y Harey me imitaba. Nos engañábamos mutuamente, con conocimiento de causa, y ese acuerdo tácito facilitaba la evasión última: hablábamos del futuro, nuestra vida en la Tierra, en los alrededores de una gran ciudad. Ya nunca más dejaríamos la Tierra; nos pasaríamos el resto de los días bajo el cielo azul y entre árboles verdes. Imaginábamos juntos la disposición de la casa, el trazado del jardín; discutíamos los detalles: la ubicación de un seto o de un banco… ¿Era yo sincero en algún momento? No. Nuestros proyectos eran imposibles, y yo lo sabía. Pues aunque Harey pudiera abandonar la Estación y sobrevivir al viaje ¿cómo atravesaría yo las barreras inmigratorias con mi pasajero clandestino? La Tierra sólo recibe a los seres humanos, y sólo cuando tienen los papeles en regla. Detendrían a Harey para saber quién era, nos separarían, y Harey se delataría en seguida. La Estación era el único sitio donde podíamos vivir juntos. Quizá Harey ya lo sabía, o podía averiguarlo.

Una noche oí que Harey se levantaba con cuidado, como tratando de no despertarme. Quise retenerla; librarnos un rato de la desesperación, refugiándonos en el olvido. Harey no había notado que yo estaba despierto. Cuando estiré el brazo, ella ya estaba de pie, y se encaminaba descalza hacia la puerta. La llame, sin atreverme a alzar la voz, y me senté en la cama. Pero Harey ya estaba fuera y un panel de luz cortaba oblicuamente la habitación. Me pareció oír cuchicheos. Harey hablaba con alguien… ¿Con quién? Quise ponerme de pie, aterrado, pero las piernas no me obedecieron. Escuché; ya no se oía nada.

Me acosté otra vez. La sangre me martillaba las sienes. Empecé a contar. Estaba llegando a mil cuando la puerta se movió y Harey entró de nuevo en el cuarto. Se quedó allí un instante, inmóvil. Yo trataba de respirar con regularidad.

—¿Kris? — susurró Harey.

No respondí.

Ella se deslizó rápidamente en la cama y se acostó a mi lado, evitando tocarme. Yo no me movía. Las preguntas me bullían en la cabeza, pero me resistía a hablar. Pasó así una hora. Luego me dormí.

La mañana fue semejante a tantas otras mañanas; yo observaba a Harey de reojo; no noté en ella ningún cambio. Después del desayuno, nos sentamos frente a la ventana panorámica. La Estación bogaba entre nubes purpúreas. Harey leía un libro, y mientras yo miraba afuera, noté de pronto que inclinando la cabeza según cierto ángulo, veía nuestras imágenes en el cristal. Retiré mi mano de la barandilla. Harey no sospechaba que yo estaba observándola. Me echó una mirada fugaz, dedujo obviamente que yo estaba mirando el océano, y se inclinó a besar la barandilla, el sitio donde había estado mi mano. En seguida, ya estaba leyendo otra vez.

— Harey — le pregunté con dulzura—, ¿a dónde fuiste anoche?

—¿Anoche?

— Sí.

— Tienes que haber soñado, Kris, no fui a ninguna parte.

—¿No saliste?

— No… tienes que haber soñado.

Esa misma noche, empecé a hablar de nuestro viaje, del regreso a la Tierra. Harey me interrumpió:

— No me hables de ese viaje, Kris. No quiero oír más de eso, ya lo sabes…

—¿Qué dices?

— No, nada.

Al fin nos acostamos, y ella me dijo que tenía sed.

— Hay un vaso de jugo de frutas allí, sobre la mesa. ¿Puedes dármelo, por favor?

Bebió la mitad del vaso, y luego me lo alcanzó.

— No tengo sed — le dije.

— Bebe entonces a mi salud — sonrió Harey.

El jugo me pareció un poco salado, pero yo tenía el pensamiento en otra parte. Harey apagó la lámpara.

— Harey.. si no quieres hablar del viaje, hablemos de alguna otra cosa.

— Si yo no existiera, ¿te casarías?

— No.

—¿Nunca?

— Nunca.

—¿Por qué?

— No lo sé. Estuve solo diez años, y no me volví a casar. No hablemos de eso.

La cabeza me daba vueltas como si hubiese bebido demasiado vino.

— No, hablemos. ¿Y si yo te lo pidiera?

—¿Que me casara? Qué tontería, Harey. No necesito a ninguna persona.

El aliento de ella me rozó la cara.

— Dilo de otro modo — dijo, abrazándome.

— Te amo.

Harey apoyó la cabeza en mi hombro, estaba llorando.

— Harey ¿qué ocurre?

— Nada… nada… nada…

Se le fue apagando la voz y cerré los ojos.

El alba roja me despertó. Me pesaba la cabeza, y no podía mover el cuello, como si me hubiesen soldado las vértebras; sentía la lengua pastosa, y un gusto amargo en la boca. ¿Qué podía haberme envenenado? Estiré el brazo buscando a Harey, y mi mano tocó una sábana fría.

Me incorporé de un salto.

Estaba solo, solo en la cama y en la cabina. E1 ventanal combado reflejaba una hilera de soles rojos. Tambaleándome como un borracho, aterrándome a los muebles, llegué al armario de puerta corrediza; el cuarto de baño estaba desierto.

—¡Harey!

Corrí de un lado a otro por el pasillo, llamándola.

—¡Harey! — grité una última vez, y se me apagó la voz. Ya conocía la verdad.

No recuerdo con precisión lo que ocurrió entonces. Corrí tropezando de un extremo a otro de la Estación. Creo recordar que hasta entré en la central de refrigeración, que exploré los depósitos, golpeando con mis puños las puertas aherrojadas, y que me fui y luego regresé a echarme otra vez contra esas puertas que antes se me habían resistido. Rodaba por las escaleras, me caía, me levantaba, me precipitaba a no sé donde, hacia adelante… Un muro de vidrio corredizo: había llegado a la doble puerta blindada que se abría al océano. Yo todavía la llamaba, todavía esperaba que todo fuera un sueño. Un momento después, alguien estaba a mi lado: unas manos me sostuvieron, y me arrastraron.

Me desperté tendido sobre una mesa metálica, en el pequeño taller. Me faltaba el aliento. Un vapor alcohólico me quemaba la nariz y la garganta. Tenía la camisa empapada en agua helada, el cabello pegoteado al cráneo.

Snaut trabajaba ante un armario; agitaba instrumentos y tubos de vidrios, que se entrechocaban con un estrépito insoportable.

De pronto, lo vi junto a mí; me miraba gravemente a los ojos.

—¿Dónde está ella?

— No está aquí.

— Pero… Harey…

Snaut se inclinó, me miró de cerca, y dijo lenta, claramente:

— Harey ha muerto.

Cerré los ojos.

— Volverá —murmuré.

No temía que volviera, lo deseaba. No entendía por qué yo había intentado echarla un día, por qué había tenido entonces tanto miedo de que ella volviera.

Snaut me tendió un vaso.

— Toma, bebe.

Le arrojé el líquido a la cara. Snaut retrocedió, frotándose los ojos. Cuando volvió a abrirlos, yo estaba de pie, lo miraba desde arriba. Qué pequeño era…

— Fuiste tú.

—¿De qué hablas?

— No te hagas el tonto, sabes de qué hablo. Eras tú con quien se reunió ella, la otra noche… Y tú le dijiste que me diera un somnífero… ¿Qué le pasó a ella? ¡Habla!

Snaut hurgó en el bolsillo de la camisa y sacó un sobre. Se lo arranqué de las manos; estaba cerrado y no llevaba ninguna inscripción. Rompí el sobre; dentro había una hoja de papel doblada en cuatro, y reconocí la letra: grande, irregular, un poco infantil:

Querido mío: yo se lo pedí. El es un buen hombre. Siento haber tenido que mentirte. Concédeme este único favor, te lo ruego: escúchalo, y sobre todo no te atormentes. Fuiste maravilloso.

Había una última palabra, tachada, pero alcancé a ver que ella había firmado: *Harey.*Leí y releí la carta. Me sentía ahora completamente lúcido; no me pondría a gritar. Por otra parte, no tenía voz; las fuerzas no me alcanzaban, ni siquiera para un sollozo.

—¿Cómo… cómo? — murmuré al fin.

— Más tarde, Kelvin. Tranquilízate.

— Estoy tranquilo, dime cómo.

— Desintegración.

— Pero… ¿y el aparato?

— El aparato de Roche no era adecuado. Sartorius construyó otro, un nuevo desestabilizador. Un aparato en miniatura, de un alcance de pocos metros.

— Y ella…

— Ella desapareció. Un resplandor y un soplo. Nada más.

— Un aparato de alcance limitado…

— Sí, nuestros recursos no alcanzaban para más.

Las paredes se inclinaban hacia mí; cerré los ojos.

— Ella volverá.

— No.

—¿Tú qué sabes?

— No, Kelvin, no volverá. ¿Recuerdas las alas de espuma? No han vuelto desde ese día.

— Tú la mataste — murmuré.

— Sí… ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

Le volví la espalda y me puse a caminar por el cuarto.

Nueve pasos rápidos desde el ángulo a la otra pared.

Vuelta. Nueve pasos más, cada vez más rápidos, y enfrenté de nuevo a Snaut.

— Escucha, redactaremos un informe. Pediremos comunicación inmediata con el Consejo. No es imposible. Aceptarán. Tienen que aceptar. El Tratado de los Cuatro no será aplicado en Solaris. Todos los medios serán lícitos. Haremos traer generadores de antimateria. Nada resiste a la antimateria, nada…

Yo estaba gritando ahora y las lágrimas me enceguecían.

—¿Quieres destruirlo? ¿Por qué?

—¡Vete, déjame en paz!

— No, no me iré.

—¡Snaut! — Lo miré a los ojos; él sacudió la cabeza. — ¿Qué quieres? ¿Qué pides de mí?

Snaut retrocedió hacia la mesa.

— Está bien, redactaremos un informe.

Eché de nuevo a caminar.

—¡Siéntate! — me ordenó.

—¡Haré lo que me plazca!

— Hay dos cuestiones, bien distintas. Primero, los hechos; segundo, nuestras inclinaciones.

—¿Y es imprescindible que hablemos ahora?

— Sí, ahora.

— No quiero oír nada ¿entiendes? Tus especulaciones no me interesan.

— Enviamos el último comunicado hace dos meses, antes de la muerte de Gibarían. Habría que establecer exactamente cómo es la función fenoménica que llamamos « visitante ».

Lo tomé por el brazo.

—¿Vas a callarte, sí?

— Pégame si quieres, no me callaré.

— Oh, habla lo que te dé la gana…

— Bien, escucha. Sartorius tratará de ocultar ciertos hechos… estoy casi seguro.

—¿Y tú, tú no ocultarás nada?

— No. Ya no. Nuestra responsabilidad no llega en este caso muy lejos. Lo sabes tan bien como yo… Nos ha dado una muestra de actividad reflexiva. Es capaz de operar una síntesis orgánica en el más alto nivel, una síntesis que nosotros mismos nunca hemos logrado. Conoce la estructura, la microestructura, el metabolismo de nuestros cuerpos…

— Es cierto… ¿Por qué te interrumpes? Ha llevado a cabo con nosotros una serie… de experimentos. Vivisección psíquica. Ha utilizado conocimientos que nos ha sonsacado, sin pedirnos permiso.

— Esos no son hechos, Kelvin, ni siquiera son proposiciones. Son meras hipótesis. En cierto sentido, ha tenido en cuenta deseos escondidos en algún rincón secreto de nuestras mentes. Quizá estaba enviando-nos… regalos.

—¡Regalos! ¡Santo Dios!

Una carcajada incontenible me sacudió; aullaba de risa.

—¡Cálmate!

Snaut me tomó la mano, y yo apreté hasta oír un crujido de huesos. Impasible, entornando los párpados, Snaut desafiaba mi mirada. Me aparté y fui a refugiarme en un rincón del taller.

— Trataré de dominarme — dije.

— Sí, claro… comprendo. ¿Qué les pedimos?

— Decídelo tú… Yo no puedo concentrarme ahora… Dijiste algo antes de…

— No, nada. Si quieres conocer mi opinión, ahora tenemos una posibilidad.

—¿Una posibilidad? ¿Qué posibilidad? — Lo miré un rato y de súbito comprendí.— ¿El contacto? Entonces ¿no estás harto de este manicomio? ¿Qué más te hace falta? No, de ningún modo, no cuentes conmigo.

—¿Por qué no? — dijo Snaut con calma—. Tú mismo, instintivamente, lo tratas como a un ser humano, y ahora más que nunca. Lo odias.

—¿Y tú no?

— No, Kelvin. Es ciego…

—¿Ciego? — repetí; no estaba seguro de haber oído bien.

— O mejor dicho, no « ve » como nosotros. Yo no existo para él como para ti. Nosotros nos reconocemos por el aspecto de la cara y el cuerpo. Para el océano, esa apariencia es un cristal traslúcido. Se mete directamente dentro del cerebro.

— Bueno ¿y entonces? ¿A dónde quieres llegar? Si ha logrado recrear a un ser humano que sólo existe en mis recuerdos, y de modo tal que los ojos, los gestos, la voz…

— Continúa. Habla.

— Estoy hablando… La voz… Bien, es capaz de leer en nosotros como en un libro… ¿Comprendes lo que quiero decir?

— Sí, que podría entenderse con nosotros.

—¿No es evidente?

— No. No es evidente. Quizá empleó una fórmula que no puede expresarse en palabras. Quizá la tomó de una huella registrada en la memoria, pero en el cerebro no hay palabras, no hay sentimientos; la memoria del hombre es un repertorio de ácidos nucleicos grabado en cristales asincronos macromoleculares. El océano tomó la huella más profunda, la más aislada, la más « asimilada », y no tiene por qué saber lo que significa para nosotros. Admitamos que yo pueda reproducir la arquitectura de una simetríada, que conozca los materiales que la componen, y disponga de los recursos tecnológicos necesarios. Creo una simetríada y la arrojo al océano. Pero no sé por qué lo hago, no sé para qué sirve, no sé qué significa esa forma para el océano…

— Sí —dije—. Quizá tengas razón. En ese caso, no quería hacernos daño, no trataba de destruirnos… Sí, es posible. Y sin ninguna intención…

Sentí que me temblaban los labios.

—¡Kelvin!

— Sí, sí, no te preocupes. Tú eres bueno, el océano es bueno. Todo el mundo es bueno. Pero ¿por qué?… ¡Explícame! ¿Por qué, por qué lo hizo? ¿Qué le dijiste.. a ella?

— La verdad.

—¿La verdad? ¿Cuál verdad?

— Tú lo sabes. Ven a mi cabina, redactaremos el informe.

— Espera. ¿Qué buscas exactamente? No querrás quedarte en la Estación.

— Sí, quiero quedarme.

El viejo mímoide

Sentado a la ventana, yo miraba el océano. No tenía nada que hacer. El informe, redactado en cinco días, era ahora un haz de ondas que atravesaba el vacío, más allá de la constelación de Orion. Cuando se aproximara a la nébula oscura que absorbe todas las señales y rayos luminosos en una masa de cinco trillones de kilómetros al cubo, una primera antena recogería el informe. Luego, describiendo un arco gigantesco, pasando de una radiobaliza a otra en saltos de miles de millones de kilómetros, llegaría por fin a la terminal, bloque metálico atiborrado de instrumentos de precisión; y el pico alargado de la antena de retransmisión captaría el haz de ondas, concentrándolo para lanzarlo de nuevo al espacio, hacia la Tierra. Transcurrirían meses antes que otro haz de energía partiera de la Tierra, perturbando el campo de gravitación de la galaxia, eludiendo la nube cósmica, en camino hacia los dos soles de Solaris.

Bajo el sol rojo, el océano estaba más negro que nunca. Una bruma escarlata velaba el horizonte. El aire, excepcionalmente pesado, parecía anunciar uno de esos terribles huracanes que se desencadenaban dos o tres veces al año en el planeta, cuyo único habitante — cabe suponerlo— gobernaba el clima y ordenaba las tempestades.

Pasarían meses antes que yo pudiera irme. Desde lo alto de mi observatorio contemplaba el nacimiento de los días: un disco de oro blanco o púrpura apagada. De vez en cuando veía la luz del alba que se movía entre las formas fluidas de algún edificio brotado del océano, descubría el reflejo del sol en la burbuja plateada de una simetríada, seguía con los ojos las oscilaciones de los graciosos agilus que se curvaban en el viento, me entretenía en observar unos viejos y polvorientos mimoides.

Y un día, en las pantallas de los videófonos aparecería un parpadeo; el equipo de comunicaciones volvería a vivir, reanimado por un impulso que había recorrido miles de millones de kilómetros y anunciaría la llegada de un coloso metálico. El *Ulises,*o quizá el *Prometeo*descendería acompañado por el chillido ensordecedor de los gravitadores. Yo subiría a la plataforma, y vería batallones de autómatas macizos, de blanco caparazón, criaturas inocentes que no vacilaban en destruirse a sí mismas o en destruir el obstáculo imprevisto, cumpliendo las órdenes registradas en los cristales de la memoria. Luego, más veloz que el sonido, la nave se elevaría silenciosa, dejando atrás, en la lejanía, una salva de detonaciones; y la idea del regreso iluminaría los rostros de todos los pasajeros.

El regreso… ¿Qué significado tenía para mí? ¿La Tierra? Recordé las enormes ciudades bulliciosas, donde iría de un lado a otro, y me perdería, y pensé en esas ciudades como.había pensado en el océano la segunda o la tercera noche, cuando quise precipitarme en las olas tenebrosas. Me ahogaré entre los hombres, me dije. Seré taciturno y atento, un compañero apreciado. Tendré muchos amigos, hombres y mujeres, y tal vez incluso una mujer. Durante un tiempo tendré que esforzarme en sonreír, saludar con una pequeña inclinación, enderezarme, ejecutar los miles de pequeños gestos que componen la vida en la Tierra, hasta el día en que esos gestos vuelvan a convertirse en hábitos. Encontraré nuevos intereses y ocupaciones, a los que no me daré por entero. No, nunca más me daré por entero a nada ni a nadie. Y quizá de noche miraré allá arriba la nebulosa oscura, cortina negra que vela el resplandor de dos soles. Y recordaré todo, hasta lo que pienso en este momento; con una sonrisa condescendiente, un poco pesarosa, rememoraré mis locuras y mis esperanzas. Y ese Kelvin del porvenir no valdrá menos que el otro Kelvin, aquél que estaba dispuesto a todo en nombre de un proyecto ambicioso llamado Contacto. Y nadie se atreverá a juzgarme.

Snaut entró en la cabina. Miró alrededor y luego se volvió hacia mí. Yo me levanté y me acerqué a la mesa.

—¿Me necesitas?

—¿No tienes nada que hacer? — dijo Snaut—. Podría darte trabajo… cálculos. Oh, no un trabajo muy urgente…

Sonreí.

— Gracias, pero no vale la pena.

Snaut miraba por la ventana.

—¿Estás seguro?

— Sí… Pensaba en algunas cosas y…

— Preferiría que pensaras un poco menos.

—¡Pero no sabes en qué estaba pensando! Dime, ¿tú crees en Dios?

Snaut me echó una mirada inquieta.

—¿Qué?… ¿Quién cree todavía?…

Yo adopté un tono desenvuelto.

— No es tan sencillo. No se trata del Dios tradicional de las religiones de la Tierra. No soy especialista en historia de las religiones y tal vez no haya inventado nada. ¿Sabes, por casualidad, si existió alguna vez una fe en un dios… imperfecto?

Snaut frunció las cejas.

—¿Imperfecto? ¿Qué quieres decir? En cierto sentido, todos los dioses eran imperfectos, una suma de atributos humanos magnificados. El Dios del Antiguo Testamento, por ejemplo, exigía sumisión y sacrificios, y tenía celos de los otros dioses… Los dioses griegos, de humor belicoso, enredados en disputas de familia, eran tan imperfectos como los hombres.

Lo interrumpí.

— No, no pienso en dioses nacidos del candor de los seres humanos, sino en dioses de una imperfección fundamental, inmanente. Un dios limitado, falible, incapaz de prever las consecuencias de un acto, creador de fenómenos que provocan horror. Es un dios… enfermo, de una ambición superior a sus propias fuerzas, y él no lo sabe. Un dios que ha creado relojes, pero no el tiempo que ellos miden. Ha creado sistemas o mecanismos, con fines específicos, que han sido traicionados. Ha creado la eternidad, que sería la medida de un poder infinito, y que mide sólo una infinita derrota.

Snaut titubeó, pero ya no me mostraba esa desconfiada reserva de los últimos tiempos.

— El maniqueísmo, antaño…

Lo interrumpí.

— Ninguna relación con el principio del Bien y del Mal. Este dios no existe fuera de la materia, quisiera librarse de la materia, pero no puede…

Snaut reflexionó un instante.

— No conozco ninguna religión de ese tipo. Esta especie de religión nunca fue… necesaria. Si te comprendo, y temo haberte comprendido, piensas en un dios evolutivo, que se desarrolla en el tiempo, crece, y es cada vez más poderoso, aunque sabe también que no tiene bastante poder. Para tu dios, la condición divina no tiene salida; y habiendo comprendido esa situación, se desespera. Sí, pero el dios desesperado ¿no es el hombre, mi querido Kelvin? Es del hombre de quien me hablas.. Tu dios no es sólo una falacia filosófica, sino también una falacia mística.

— No, no se trata del hombre — insistí—. Es posible que en ciertos aspectos el hombre se acomode a esta definición provisional, y también deficiente. El hombre, a pesar de las apariencias, no inventa metas. El tiempo, la época, se las imponen. El hombre puede someterse a una época o sublevarse; pero el objeto aceptado o rechazado le viene siempre del exterior. Si sólo hubiese un hombre, quizá pudiera tratar de inventarse una meta; sin embargo, el hombre que no ha sido educado entre otros seres humanos no llega a convertirse en hombre. Y el ser que yo… que yo concibo… no puede existir en plural ¿comprendes?

Snaut señaló la ventana.

— Ah — dijo—, entonces…

— No, él tampoco. En el proceso de desarrollo, habrá rozado sin duda el estado divino, pero se encerró en sí mismo demasiado pronto. Es más bien un anacoreta, un eremita del cosmos, no un dios… El océano se repite, Snaut, y mi dios hipotético no se repetiría jamás. Tal vez esté ya en alguna parte, en algún recoveco de la Galaxia, y muy pronto, en un arrebato juvenil, apagará algunas estrellas y encenderá otras… Nos daremos cuenta al cabo de un tiempo.

— Ya nos hemos dado cuenta — dijo Snaut con acritud—. ¿Las novas y las supernovas serían entonces los cirios de un altar?

— Si tomas lo que digo al pie de la letra…

— Y Solaris es quizá la cuna de tu divino infante — continuó Snaut, con una sonrisa que le multiplicó las arrugas alrededor de los ojos—. Solaris es tal vez la primera fase de ese dios desesperado… Quizá esta inteligencia pueda desarrollarse inmensamente… Todas nuestras bibliotecas de solarística pueden no ser otra cosa que un repertorio de vagidos infantiles…

— Y durante un tiempo — proseguí— habremos sido los juguetes de ese bebé. Es posible. ¿Tú sabes lo que acabas de hacer? Has ideado una hipótesis enteramente nueva sobre el tema de Solaris. Felicitaciones. De pronto, todo se explica, la imposibilidad de establecer un contacto, la ausencia de respuestas, el comportamiento extravagante; todo corresponde a la conducta de un niño pequeño…

De pie frente a la ventana, Snaut refunfuñó:

— Renuncio a la paternidad de la hipótesis…

Contemplamos un rato las olas tenebrosas; una mancha pálida, oblonga, se dibujaba al este, en la bruma que velaba el horizonte.

Sin apartar los ojos del desierto centelleante, Snaut preguntó de pronto:

—¿De dónde sacaste esa idea de un dios imperfecto?

— No sé. Me parece muy verosímil. Es el único dios en el que yo podría creer, un dios cuya pasión no es una redención, un dios que no salva nada, que no sirve para nada: un dios que simplemente es.

— Un mimoide — apuntó Snaut.

—¿Qué dices? Ah, sí, lo había observado. Un mimoide muy viejo.

Los dos contemplábamos el horizonte brumoso.

— Voy a salir — dije de pronto—. Nunca estuve fuera de la Estación, y ésta es una buena oportunidad. Vuelvo dentro de una media hora…

Snaut alzó las cejas.

—¿Cómo? ¿Sales? ¿A. dónde vas?

Le señalé la mancha color carne oculta a medias en la bruma.

— Allá. ¿Algún impedimento? Tomaré un helicóptero pequeño. No quisiera tener que presentarme un día como un solarista que nunca puso los pies en Solaris.

Abrí el ropero y empecé a buscar entre los trajes del espacio. Snaut me observaba en silencio. Al fin dijo:

— Esto no me gusta.

Yo había elegido un traje; di media vuelta.

—¿Qué hay? — Hacía tiempo que no me sentía tan excitado. — ¿Qué te preocupa? ¡Muestra tus cartas! Temes que yo… ¡Qué ideal Te juro que no tengo la menor intención. Ni siquiera lo he pensado.

— Iré contigo.

— Te lo agradezco, pero prefiero ir solo. — Me metí en el traje. — ¿Te das cuenta?… Mi primer vuelo sobre el océano…

Snaut masculló algo, pero no entendí lo que me decía; me puse de prisa el resto del equipo.

Snaut me acompañó a la plataforma, y me ayudó a sacar el aparato y a ponerlo en el disco de lanzamiento. En el momento en que yo iba a ajustar la escafandra, me preguntó bruscamente:

—¿Puedo confiar en tu palabra?

—¡Santo Dios, Snaut! Sí, puedes confiar en mi palabra. ¿Dónde están los tanques de oxígeno?

Snaut no dijo nada más. Cerré la cúpula transparente, y le hice una señal con la mano. Snaut puso en marcha el ascensor y yo emergí sobre el techo de la Estación. El motor despertó, zumbó; la hélice de tres palas empezó a girar. Extrañamente liviano, el aparato se elevó y la Estación quedó en seguida atrás.

A solas, volando a escasa altura — entre cuarenta y sesenta metros— yo veía el océano con ojos muy distintos. Por primera vez tenía esa impresión, tantas veces descrita por los exploradores, y que yo nunca había sentido allá arriba. Ese movimiento alternado de las olas brillantes no evocaba las ondulaciones del mar ni el desplazamiento de las nubes; parecía la piel reptante de un animal: las contracciones incesantes, y muy lentas, de una carne musculosa que segregaba una espuma carmesí.

Cuando empecé a virar, con el propósito de acercarme al mimoide que flotaba a la deriva, el sol me hirió en los ojos, y unos relámpagos de color sangre golpearon la cúpula transparente; el océano negro, erizado de llamas sombrías, me tino de azul.

Describí una curva demasiado amplia y el viento desvió el aparato, alejándolo del mimoide: una larga silueta irregular que asomaba en el océano. Fuera de la bruma, el mimoide no tenía ya una tonalidad rosada sino un color gris amarillento; por un instante lo perdí de vista, y vislumbré la Estación, que parecía posada en el horizonte, y cuya forma recordaba un antiguo zepelín. Cambié de dirección: la escarpada mole del mimoide, escultura barroca, creció ante mis ojos. Temí estrellarme contra las protuberancias bulbosas, y enderecé bruscamente el helicóptero, que perdió velocidad, y empezó a cabecear. Mis precauciones habían sido inútiles, pues las cimas redondeadas de aquellas torres fantásticas eran más bajas ahora. Volé sobre la isla y lentamente, palmo a palmo, bajé otra vez hasta rozar las cimas erosionadas. El mimoide no era grande; medía, de uno a otro extremo, poco más de un kilómetro, y doscientos a trescientos metros de ancho; unos repliegues superficiales anunciaban de tanto en tanto una ruptura inminente. El mimoide, obviamente, era sólo un fragmento desprendido de una forma más grande; apenas un segmento ínfimo en la escala solarista, un viejo despojo de quién sabe cuántas semanas o meses de edad.

Entre las rocas veteadas que dominaban el océano, descubrí una especie de playa, una superficie inclinada relativamente plana, apenas unas pocas decenas de metros cuadrados. Me posé allí no sin dificultades; la hélice había estado a punto de chocar con un acantilado que brotó bruscamente delante de mí. Detuve el motor y levanté la cúpula. De pie sobre el alerón, comprobé que el aparato no corría peligro de deslizarse hacia el océano. A quince metros, las olas lamían la orilla dentada, pero el helicóptero descansaba firmemente sobre las muletas circunflejas. El acantilado que yo casi me había llevado por delante era una enorme membrana ósea atravesada de agujeros, y revestida de engrasamientos nudosos. Una brecha de varios metros hendía al sesgo esa pared y permitía examinar el interior de la isla, ya entrevisto a través de los orificios del acantilado. Me encaramé prudentemente a la saliente más próxima, pisando con firmeza, sintiendo que la escafandra no impedía mis movimientos. Seguí trepando hasta llegar a una altura de unos cuatro pisos por encima del océano, y desde allí pude contemplar una ancha franja del paisaje que se perdía en los abismos del mimoide.

Creí ver las ruinas de una ciudad arcaica, una ciudad marroquí, desquiciada por un terremoto o algún otro cataclismo. Divisé una intrincada red de callejuelas sinuosas, obstruidas por escombros, callejones que

descendían bruscamente hacia la orilla bañada de espumas viscosas; más lejos, se perfilaban almenas intactas, bastiones de contrafuertes desconchados; en los muros combados, derruidos, había orificios negros, vestigios de ventanas o troneras. Toda esta ciudad flotante, peligrosamente inclinada hacia un lado, como un navío a punto de zozobrar, se deslizaba a la deriva, girando lentamente sobre sí misma. Las sombras se movían perezosas « entre las callejas de la ciudad en ruinas, y de vez en cuando una superficie pulida me devolvía el resplandor de un rayo luminoso. Me atreví a trepar más arriba y luego me detuve: hilos de arena fina se desprendían de las rocas por encima de mi cabeza, y las cascadas de arena caían en barrancos y callejones, rebotando en torbellinos de polvo. El mimoide, por supuesto, no está hecho de piedras, y basta levantar una Bastilla « rocosa » para destruir toda posible ilusión; la materia del mimoide es porosa, más liviana que la piedra pómez.

Me encontraba a bastante altura, y Alcanzaba a sentir el movimiento del mimoide. No sólo avanzaba, impulsado por los músculos negros del océano hacia un destino ignoto; se inclinaba también, ya hacia un lado, ya hacia el otro, y los susurros de la espuma verde y gris que bañaba la orilla acompañaban ese balanceo lánguido. La oscilación pendular del mimoide se había iniciado mucho tiempo antes, quizá en el momento de nacer, y la isla flotante había crecido y se había fragmentado conservando ese movimiento. Y entonces, sólo entonces, cosa extraña, comprobé que el mimoide no me interesaba en absoluto, que había volado hasta

aquí no para explorar el mimoide, sino para conocer

el océano.

Con el helicóptero a algunos pasos detrás de mi, me senté sobre la playa rugosa y resquebrajada. Una pesada ola negra cubrió la parte inferior de la orilla y se desplegó, no ya negra, sino de un color verde sucio; refluyendo, la ola dejó unos riachos viscosos y trémulos que vagaban hacia el océano. Me acerqué más a la orilla, y cuando llegó la ola siguiente, extendí el brazo. Un fenómeno experimentado ya por el hombre un siglo atrás se repitió entonces fielmente: la ola titubeó, retrocedió, me envolvió la mano, aunque sin tocarla, de modo que una fina capa de « aire » separaba mi guante de aquella cavidad, fluida un instante antes, y ahora de una consistencia carnosa. Lentamente levanté la mano, y la ola, o más bien esa excrecencia de la ola, se levantó al mismo tiempo, envolviendo siempre mi mano en un quiste translúcido de reflejos verdosos. Me incorporé, y alcé todavía más la mano; la sustancia gelatinosa subió junto con mi mano y se tendió como una cuerda, pero no se rompió. La masa misma de la ola, ahora desplegada, se adhería a la orilla y me envolvía los pies (sin tocarlos), como un animal extraño que esperase pacientemente el final de la experiencia. Del océano había brotado una flor, y el cáliz me ceñía los dedos. Retrocedí. El tallo vibró, vaciló, indeciso, y volvió a caer; la ola lo recogió y se retiró. Repetí varias veces el juego; y entonces — como lo había comprobado cien años antes el primer experimentador— llegó otra ola y me evitó, indiferente, como cansada de una impresión demasiado conocida. Yo sabía que para reavivar la « curiosidad » del océano tendría que esperar algunas horas. Volví a sentarme; turbado por ese fenómeno que yo había provocado, y del que había leído numerosas descripciones, yo ya no era el mismo; ninguna descripción podía transmitir esa experiencia.

Todos aquellos movimientos, considerados en conjunto o aisladamente, todas aquellas ramazones que afloraban fuera del océano parecían revelar una especie de candor prudente, pero de ningún modo huraño; las formas inesperadas y nuevas despiertan en él una ávida curiosidad, y la pena de tener que retirarse, de no poder trasponer unos límites impuestos por una ley misteriosa. ¡Qué raro contraste entre esa curiosidad alerta y la inmensidad centelleante del océano que se desplegaba hasta perderse de vista! Nunca hasta entonces había sentido yo como ahora esa gigantesca presencia, ese silencio poderoso e intransigente, esa fuerza secreta que animaba regularmente las olas. Inmóvil, la mirada fija, me perdía en un universo de inercia hasta entonces desconocido, me deslizaba por una pendiente irresistible, me identificaba con ese coloso fluido, y mudo, como si le hubiese perdonado todo, sin el menor esfuerzo, sin una palabra, sin un pensamiento.

Durante esta última semana.mi conducta había tranquilizado a Snaut, que ya no me perseguía con aquella mirada recelosa. En apariencia yo estaba tranquilo; en secreto, y sin admitirlo claramente, esperaba algo. ¿Qué? ¿El retorno de Harey? ¿Cómo hubiera podido esperar ese retorno? Todos sabemos que somos seres materiales, sujetos a las leyes de la fisiología y de la física, y toda la fuerza de nuestros sentimientos no puede contra esas leyes; no podemos menos que detestarlas. La fe inmemorial de los amantes y los poetas en el poder del amor, más fuerte que la muerte, el secular *finís vitae sed non amoris*es una mentira. Una mentira inútil y hasta tonta. ¿Resignarse entonces.a la idea de ser un reloj que mide el transcurso del tiempo, ya descompuesto, ya reparado, y cuyo mecanismo tan pronto como el constructor lo pone en marcha, engendra desesperación y amor? ¿Resignarse a la idea de que en todos los hombres reviven antiguos tormentos, tanto más profundos cuanto más se repiten, volviéndose cada vez más cómicos? Que la existencia humana se repita, bien, ¿pero que se repita como una canción trillada, como el disco que un

borracho toca una y otra vez echando una moneda en una ranura? Ese coloso fluido había causado la muerte de centenares de hombres. Toda la especie humana había intentado en vano durante años tener al menos la sombra de una relación con ese océano, que ahora me sostenía como si yo fuese una simple partícula de polvo. No, no creía que la tragedia de dos seres humanos pudiera conmoverlo. Sin embargo, todas aquellas actividades tenían cierto propósito… A decir verdad, yo no estaba absolutamente seguro; pero irse era renunciar a una posibilidad, acaso ínfima, tal vez sólo imaginaria… ¿Entonces tenía que seguir viviendo aquí, entre los muebles, las cosas que los dos habíamos tocado, en el aire que ella había respirado una vez? ¿En nombre de qué? ¿Esperando que ella volviera? Yo no tenía ninguna esperanza, y sin embargo vivía de esperanzas; desde que ella había desaparecido, no me quedaba otra cosa. No sabía qué descubrimientos, qué burlas, qué torturas me aguardaban aún. No sabía nada, y me empecinaba en creer que el tiempo de los milagros crueles aún no había terminado.

Comentarios y Biografia

En la literatura de nuestro tiempo, los dos grandes maestros de la ironía y la imaginación son Stanislav Lem y Jorge Luis Borges.

Úrsula K. Le Guin

Solaris tiene varios niveles, y es a la vez un rompecabezas psicobiológico, una parábola acerca de las relaciones y emociones humanas, y una demostración de que los criterios antro-pocéntricos son inaplicables en el mundo moderno… Las estrellas son para Lem de algún modo lo que Utopía fue para Moro o Brobdingng para Swift; un espejo parabólico para nosotros miamos.

Darko Suvin

Stanislav Lem nació en 1921 en la ciudad de Lvov; en 1944 se trasladó a Cracovia, donde vive desde entonces. Ha escrito entre otros libros: *Astronautas*(1951), *La Nébula Magallánica*(1955), *La investigación*(1959), *Solaris*(1961), *Memorias encontradas en una bañera*(1961), *El Invencible*(1964), *La Ciberiada*(1965), *La filosofía de la causar lidad*(1968),*Magnitud Imaginaria*(1973).